



Fingelo

Autora de Best Seller en USA

MIA FORD

Fingelo

Autora de Best Seller en USA

MIA FORD



1º Edición Agosto 2021

©Mia Ford

FÍNGELO

Título original: Fake It

©2021 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

©Editora: Teresa Cabañas

tcgromance@gmail.com

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, algunos lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Sophia

Me recojo los largos rizos oscuros y me preparo para ir a trabajar. El parloteo que me rodea se mezcla en una cacofonía de murmullos. Todo el mundo está ya borracho y gritan unos sobre otros, por encima de la música y del zumbido de sus propios oídos. Dios no quiera que te duela la cabeza cuando tienes que trabajar.

Llevo casi tres años trabajando en bares y la escena es siempre la misma. Hay grupos que entran y se relacionan entre sí a distancia. Casi puedes adivinar qué chico va a hablar con qué chica por el grupo de personas con el que han entrado en el bar. Uno de mis juegos favoritos es «¿Lo harán o no lo harán?»

Me doy cuenta de que alguien intenta hablar con otra persona, le hace ojitos o le paga una copa. Entonces, los otros camareros y yo nos inventamos las cosas que se están diciendo y cuáles pueden ser los posibles motivos de ruptura. Las razones por las que no saldrán del bar y seguirán su camino hacia la ciudad del amor se vuelven completamente ridículas. Como si él tuviera una serpiente en la bañera y quisiera que ella la alimentara con ratas.

Me espera otra larga noche y respiro profundamente antes de salir para comenzar mi turno. Me sitúo justo en el almacén, desde donde puedo ver a todo el mundo pero ellos no pueden verme y además puedo oírlos. Los televisores de pantalla plana de alta definición se alinean en las paredes reproduciendo el último partido. Nunca hay sonido en los televisores porque no tendría sentido, nadie oiría nada. El bar está repleto y con todos los empujones que se producen, sabía que era cuestión de tiempo que esto sucediera.

—Te voy a matar —grita una marimacho rubia teñida. Es enorme y, a medida que me acerco, pienso en retroceder un poco. Tal vez no sea justo llamarla así, pero debe medir al menos 1,80 metros y es más flaca que un palillo. Definitivamente podría acabar conmigo o al menos partirme en dos, sin ponerle demasiado empeño.

—Solo tienes que intentarlo —dice una morena bajita, con unos pendientes colgando de sus orejas que deberían hacerla caer. Sé que es una famosa de segunda porque está en el bar todo el tiempo y la he escuchado hablar sin parar de su supuesta fama. La marimacho, efectivamente, la matará si no intervengo. Lo último que quiero es entrometerme en el camino de la marimacho o hacerme notar, pero la más bajita no me estaba dando muchas opciones. El cuerpo de la mujer alta está rígido como si pudiera salir vapor de sus orejas y se mezcla de tal forma con todo el vapor y la colonia cara que hay en el aire, que hace que mis ojos lloren.

Como se preveía, comienzan los empujones y la gente se aleja de ellas, dispersándose como ratones lejos de la pareja de gatas salvajes. Los transeúntes agravan la situación dándose la vuelta para mirar, bloqueando mi vista. Después de dar la vuelta a la barra, me meto en la refriega para intentar separar a las dos mujeres extremadamente borrachas. Sacudo la cabeza hacia Gary, decepcionada. El portero no quiere separar las peleas de chicas. Le preocupa violentar a las mujeres y que le demanden. Debería preocuparse de que demanden a nuestra jefa. Por eso intervengo. A pesar de todo, me gusta mi trabajo.

Eso me permite ser la heroína. No estoy baja de forma, pero tampoco soy la mujer más fuerte. Con un metro y medio, me mantengo en forma. Ir a yoga un par de veces a la semana vale la pena, al igual que correr, cuando puedo. Quizás eso me ha hecho ser más atrevida de lo que debería, porque una vez que me pongo en medio de las mujeres me doy cuenta de que es un error. La marimacho parece medir unos dos metros y la famosilla se gira justo cuando me pongo delante de ella y me mira a los ojos.

Las estrellas estallan en torno a mi visión mientras comienza una palpitación. No es el más duro de los golpes, pero es suficiente para aturdirme durante un par de segundos. La fuerza de la sacudida me hace salir de la refriega durante un segundo llevándome la mano a la cara. La rubia lanza varios improperios más típicos de borrachos. Estoy empezando a cabrearme. Me repongo saltando de nuevo y estirando la mano. La agarro por la cola de caballo y le doy un fuerte tirón.

Vale, puede que no esté luchando de forma justa, pero a estas alturas me importa una mierda. No puedo permitir que haya un derramamiento de sangre durante mi turno, y a juzgar por la rabia que colorea la cara de la marimacho, existe la posibilidad de que haya uno. Es el tipo de chica que probablemente escribiría REDRUM en el espejo de su baño después de la ducha. Tiene una mirada en sus ojos que definitivamente me daría miedo si yo fuera la otra chica.

Le agarro el pelo y la alejo de la chica alta antes de que las dos acabemos colgadas encima de su enorme cuerpo. Esto sería más fácil si ella cooperara conmigo en lugar de ir en contra, pero dudo que se dé cuenta de que estoy tratando de terminar esto lo más rápido posible.

—Regina —le grito a la otra camarera—, ayúdame a sacarlas de aquí.

Regina me mira con la mirada perdida. Le hago un gesto brusco con la cabeza que parece hacer que se mueva.

Con Regina agarrando tímidamente a la más grande, sacamos a las dos mujeres del bar. Nos empujan y tiran de nosotras, pero si lo que necesitan es pelear, pueden resolverlo en la calle.

—Mierda —dice Regina—, te ha dado bien en ese ojo.

—Desde luego —digo, y toco con un dedo el punto sensible. Me estremezco. Me sorprende que ya se haya hinchado. La adrenalina disminuye dejando pasar al dolor. Por suerte no he sentido el agotamiento antes de mi turno.

—¿La rubia teñida tiene destreza? —dice riendo. Regina es rubia natural y no es alta como la marimacho, pero definitivamente es varios centímetros más alta que yo.

Pongo los ojos en blanco y hago una mueca de dolor.

—No, fue un golpe de suerte. —No me sorprende que Regina encuentre un chiste en medio del desastre. Con suerte o sin ella, duele mucho. Espero que esta noche se tropiece con algo de camino a la cama o que se golpee el dedo del pie con una cómoda.

Regina se ríe.

—Con suerte o sin ella, vas a tener un ojo morado. —Regina intenta tocarlo y yo retrocedo, no necesito una presión extra justo en el moratón.

Gimoteo.

—Perfecto. Déjame ver si puedo tapanlo —le digo y entro en el baño. Ya está empezando a ponerse negro y tengo la sensación de que se me va a hinchar el ojo.

Me dirijo a las taquillas de detrás de la barra para buscar algo de maquillaje y ver si puedo salvar mi aspecto. Dependo de las propinas que consigo cada noche para sobrevivir. Va a ser muy difícil atender el bar como una pirata tuerta. Una vez me prestaron dinero para el alquiler, y ese fue un error que me ha perseguido desde entonces. El alquiler se acercaba de nuevo y necesitaba poder ligar con los mejores, no parecer una extra de una película de terror. Por suerte,

siempre llevo conmigo suficiente maquillaje para cubrir la cara de seis chicas.

Regina volvió para ver cómo estaba.

—El segundo turno está aquí. George está entreteniendo al público un minuto.

Me miro en el espejo y aplico un poco de tapa ojeras alrededor de la parte más oscura del hematoma. Decido aprovechar al máximo un ojo ahumado antes de que se hinche. A este paso, tendré suerte si no me apuñalo accidentalmente con el rímel.

—Bien, creo que puedo tapar el moratón por esta noche. No te sé decir cómo estará mañana.

—¿Te visitará cierto pretendiente rico esta noche? —pregunta Regina mordiéndose una uña y apoyándose en las taquillas. Es una manía que tiene, y estoy segura de que ni siquiera sabe que lo está haciendo. Me estremezco pensando en la piel desgarrada de su cutícula que debe arder cuando pone limones en los chupitos.

—Deja de hacer eso —la regaña, y entonces una leve sonrisa se dibuja en mi cara—. Y, no estoy segura.

Thomas es la mejor parte de mis tardes. Literalmente, lo mejor de mi día y, sobre todo, cuando tengo que trabajar. Le gusta hacerlo en público y venir al bar es su cita favorita. Hacía poco que había descubierto quién era realmente Thomas. Pensaba que solo era un tipo bien vestido que coqueteaba conmigo en el bar. No fue hasta que lo vi en *Entertainment Tonight* cuando me di cuenta de que era una figura pública. Él avergüenza a la morena famosilla y hace que mi núcleo tiemble de expectación.

Todavía no entendía muy bien por qué era famoso. Había sido el novio en un reality show. La chica seguía en el programa, pero desde que habían roto, los paparazzi continuaban siguiéndolo a él. Tal vez esperaban que volvieran a estar juntos y que se enamoraran en la televisión. Yo, en fin, no podía soportar ver los antiguos episodios y la mirada en su cara o la forma en que ella lo trató durante ese tiempo. Puede que sea el pasado, pero aun así me dejaba quemada cuando lo veía, aunque él no fuera mío y todo esto sea por diversión. Diversión es lo que me recuerdo una y otra vez al mirar mi reflejo en el espejo. Ni siquiera suelo ver la televisión, y me había enganchado.

Regina sigue hablando pero ignoro la mayor parte de lo que dice.

—Está demasiado bueno. No puedo creer que hayas conseguido al ex novio de Rosa Díaz.

—Dudo que quiera que se refieran a él como el ex novio de alguien —le digo, y termino los últimos retoques con mi tapa ojeras. Giro la cabeza de izquierda a derecha. He conseguido disimular parte de las rojeces y, por suerte, no se me ha puesto negro... todavía. Vuelvo a meter el maquillaje en la taquilla y la cierro de golpe.

Regina canturrea, alejando mi atención de la puerta metálica de la taquilla y de mis actuales problemas de alquiler.

Miro a Regina y siento que el color me llena las mejillas.

—Sin embargo, espero que se pase por aquí esta noche, se acerca mi descanso. —Me abanico rápidamente porque el rubor de mi cara irrita el dolor de mi ojo hinchado.

Nunca he conocido a alguien como Thomas. Conoce mis necesidades antes que yo y las satisface de tal manera que nunca me siento insatisfecha después de estar juntos. Es fantástico siempre. Cada vez es mejor. Es tan caliente y está tan fuerte que es lo único en lo que puedo pensar durante horas y horas después de estar juntos.

Cuando volvemos al bar, George está haciendo sus habituales trucos de exhibición, lanzando botellas al aire y dando vueltas. Las mujeres se lo comen, aunque él es cien por cien gay. Les muestra su galardonada sonrisa, guiñando un ojo a algunas y soplando besos a otras. Se pasea

por el bar haciéndome reír. Es un provocador, pero mientras den buenas propinas, ¿quién soy yo para quejarme?

Una vez le pregunté si le molestaba que las mujeres pensaran que era como un enorme bistec al que les encantaría hincarle el diente. «Cariño, por las propinas seré lo que ellas quieran que sea», fue su respuesta.

Las mujeres pueden ser absolutamente intrépidas cuando beben. Apenas puedo creer algunas de las cosas que les he visto hacer. Una señora mayor se tomó unos tres martinis y se quitó las bragas para dárselas a él. Otra intentó hacerle un baile erótico pero se cayó y se torció la muñeca al subir a la barra. Realmente ya no hay nada que me sorprenda.

Comprendo el punto de vista de George cuando vuelvo a salir a la barra para sonreír a los clientes y llamarles con nombres de cachorros como «cariño», «tesoro», «caramelo» o algún otro nombre asquerosamente dulce. Un día, tal vez, tendré una carrera de verdad y no tendré que trabajar tanto. No me malinterpretes, ser una perra de bar, como nos llamamos cariñosamente Regina y yo, tiene sus ventajas. He conocido a gente increíble, pero mezclar bebidas y lidiar con mierdas como recibir un golpe en el ojo, cansa muy, muy rápido. Mezclar bebidas no es tan fácil como mucha gente cree. Hace falta mucha habilidad y concentración para mezclar la bebida perfecta. A veces se trata de una propina barata al final de la cuenta del bar o de varios billetes de veinte que sirven para comprar el almuerzo para el resto de la semana. Personalmente, me gusta almorzar y hago lo posible por ganarme esos veinte.

Thomas no se acercará a pedir una bebida. Entrará por la parte de atrás y me mandará un mensaje. Sabe que le reconocerán y no quiere que yo salga en las cámaras, ya que solo nos estamos divirtiendo. Alguien que fuera una cazafortunas se ofendería, pero estoy de acuerdo, solo nos estamos divirtiendo, realmente no hay necesidad de llamar la atención innecesariamente sobre lo que sea que estemos haciendo. Me gusta mi vida tal y como es, muchas gracias. Bueno, en su mayor parte. Puede que nunca sea mío, no en la forma en que funcionan las relaciones convencionales, pero por ahora, cogeré lo que me ofrece y lo disfrutaré.

—He oído un rumor, gota de amor —me dice uno de los habituales. Sé que trabaja para una de las cadenas de entretenimiento que se ocupan de los cotilleos de los famosos. Lo había escuchado tratando de impresionar a una chica con sus historias de persecución de famosos. No recordaba cuál, ni me importaba, mientras no nos pusiera a Thomas y a mí en la misma columna de cotilleos.

—Oh, en serio, ¿un rumor sobre qué? —pregunté sonriendo mientras me encogía por dentro. ¿Gota de amor? ¿De verdad? Esta comadreja me eriza la piel y, más que nada, me encantaría darle un puñetazo en el ojo. Mi mano se mueve sosteniendo el vaso alto para un Tom Collins y arreglando mi bandeja para salir corriendo. Sigue parlotando y yo le escucho a medias. Sin embargo, las siguientes palabras que salen de su boca me hacen reflexionar, pero solo brevemente.

—Que estás lamiendo algunos de los descuidos de Díaz.

Me quedo paralizada. No puedo negar ni reconocer nada sin parecer culpable de algo. No soy una actriz. No dejo que mi cara delate nada, pero mi sangre se convierte en hielo en mis venas. Si se huele una historia, me seguirá hasta que la pille. Lo he visto antes cuando hemos dejado entrar a famosos en la zona VIP. La prensa es despiadada. Aunque estoy segura de que la prensa no haría más que dar publicidad gratuita a *The Spot*, prefiero no tenerlos en mi vida.

Me niego a participar. Este hombre es tan baboso como su pelo. Apesta a desesperación por una historia y lleva demasiado aftershave. Bueno, él no obtendrá una historia de mí. El

anonimato es donde planeo residir, es el único lugar donde puedo estar y mantener a Thomas en mi vida.

Con cuidado de que mi cara no traicione mi irritación, le enseño la sonrisa falsa que he perfeccionado.

—Debe ser otra persona. No sé quién es Díaz. No conozco a nadie con ese nombre. —Le sirvo un trago y le guiño un ojo—. Me halaga que pienses que parezco alguien tan importante como para acosar, pero solo soy una perra de bar. —Le muestro una sonrisa conteniendo la bilis que me sube a la garganta—. Yo invito al trago.

Me doy la vuelta y me alejo, le dejo mirándome. Uf. Si alguien como ese canalla ya sospecha que algo está pasando, ¿cuánto tiempo pasará antes de que otros capten el olor?

The Spot se llamaba antes *The D-Spot*. D significa exactamente lo que uno pensaría al nombrar un club de striptease masculino. Por eso, de vez en cuando venían mujeres de mediana edad en busca de un buen rato. Cuando María, nuestra jefa, compró el club de striptease, quiso mantener el nombre para que las anteriores clientas siguieran viniendo. Solo que se decepcionarían al no haber hombres desnudos, una vez que entraran. Su proceso de pensamiento era que estarían decepcionadas, pero se quedarían para tomar una copa.

Muchas de ellas se quedaban por George, que no era de extrañar, trabajaba en *The D-Spot*. Estoy segura de que María lo contrató solo por esa razón y luego se emocionó al descubrir que era un camarero increíble. También era mi vecino en el complejo de apartamentos. Vivía un piso por encima de mí y solía venir a ver películas malas y a comer palomitas.

Sigo llenando bebidas, riendo y, de vez en cuando, tomando un chupito pagado por los clientes. Me río de sus estúpidas bromas y coqueteo como si mi vida dependiera de ello. Porque, en realidad, así es. Tengo que tener cuidado con los chupitos, me entumescen la cara, pero también me sueltan la lengua.

Me doy la vuelta, miro por encima del hombro y me encuentro con el tipo de la prensa rosa observando mi estado de ánimo. Es implacable y obviamente no se da por vencido.

Aunque me siento acalorada por dentro, intento ignorar la irritación y le doy a George un jugueteón golpe en el culo.

—¿Cómo lo llevas amigo?

—Cansado, yo también tengo un trabajo de día. No sé cuánto tiempo más voy a poder servir bebidas. —Se limpia el sudor de la frente y acepta una propina de una guapa pelirroja de avanzada edad.

Finjo hacer pucheros, pero la verdad es que la idea de que George se vaya me entristece. Es divertido estar con él y es un buen amigo. ¿Con quién iba a hablar de nuestros objetivos y sueños si se fuera y no tuviera tiempo para mí, mientras vemos películas románticas fantásticas una y otra vez?

—Oh, no puedes irte. Nos echarías demasiado de menos —le digo, guiñándole un ojo.

—Si me voy, ya no tendrás mucha competencia por las propinas —replica juguetonamente.

—He oído eso —dice Regina volviendo.

—Seguiré siendo tu vecina Soph, no te preocupes —George me guiña un ojo y me da un suave golpe en el hombro.

La banda en el escenario empieza a tocar una canción que el público conoce bien.

Me tapo la boca con las manos y grito por encima de la música:

—¿Quién está aquí de fiesta?

Es cierto que es cursi, pero no me importa porque mi energía anima al público y hace que la

gente se dirija a la barra y a la pista de baile. Nos da un minuto para respirar y me doy cuenta de que el tipo sórdido de antes ha desaparecido por fin en algún lugar entre la multitud. Cuando la banda se toma un descanso, todo el mundo ataca la barra a la vez.

Tomo una nota mental para mencionarle a María que quizás sería inteligente coger un par de camareras para ayudar a controlar a la gente. Al menos en las noches en las que estamos al máximo de capacidad y tenemos una banda. Porque, sinceramente, no puedo soportar meterme en medio de otra pelea con un solo ojo bueno y tener una banda.

Antes de que tenga tiempo de pensar hay una señora gritando a Regina pidiendo otra cerveza. En su opinión, no se está moviendo lo suficientemente rápido. Otro día más en la oficina.

Capítulo 2

Thomas

Los paparazzi no me siguen como lo hacían después de la gran ruptura, pero aunque no es tanto como antes, continúan siguiéndome. La mayoría de las veces se limitan a gritar cosas inapropiadas sobre Rosa para conseguir mi reacción. Trato de no darles importancia porque sé que solo añadiría más leña a un fuego que preferiría que se apagara ya.

Sé que hacen lo mismo con ella. Estuvimos juntos durante casi tres años y aparecí como un Romeo enamorado en innumerables episodios de su reality show. El tiempo que pasé en el programa no fue la época de la que estuve más orgulloso de mi vida, pero podría haber sido mucho peor. Los constantes recordatorios y llamadas de atención no ayudan, desde luego. El público parece atrapado en una realidad que no puede tener y no me deja vivir la vida que quiero.

Nunca fue nada cuando empezamos a salir. Su hermana tuvo un gran escándalo con un deportista importante y puso a toda su familia en el mapa. De la noche a la mañana, pasamos de las noches en casa con una pizza a las noches en los clubes haciendo bolos. Su agenda se volvió imposible de cumplir y me resultaba difícil seguir su ritmo.

Mirando hacia atrás, desearía que hubiéramos mantenido nuestras vidas mucho más privadas. Así, cuando se produjo la ruptura, no habría sido tan difícil ver a un periódico sensacionalista hablando de lo que podría haber sido, o poner accidentalmente el programa y vernos juntos. Cada vez que eso ocurre escuece un poco, aunque ya no tanto como al principio.

La chica con la que he estado saliendo no sabía quién era yo al principio. Incluso le solté el nombre del reality para ver si lo había visto. Ella me dijo que no veía esa mierda falsa y luego alargó la mano para coger la hebilla de mi cinturón y me bajó la cremallera haciéndome la mejor mamada de mi vida. El hecho de que ella pensara que yo era un tipo común y corriente me excitó mucho.

No entré a discutir con ella que gran parte de eso es real y que solo está montado para ser lo más entretenido posible. Los productores lo montan de tal manera que algunas personas quedan mejor paradas que otras. Me alegré de que no supiera quién era yo. Fue un cambio de ritmo refrescante y facilitó mucho las cosas. También me quitó estrés. Realmente odio hablar de toda esa mierda.

No fue hasta este último mes cuando se enteró. Estaba zapeando y me vio por casualidad. Era casi increíble que hubiera tardado tanto.

—¿Nunca pensaste que el tipo de la portada de algunos periódicos sensacionalistas se parecía a mí? —le había preguntado mientras nos vestíamos. Acabábamos de tener un pequeño y loco encuentro en el aparcamiento del bar en el que ella trabajaba, después de que cerraran. Nos gustaban mucho los lugares públicos y arriesgados para tener sexo.

Hay algo en el riesgo de ser pillado que intensifica las sensaciones. Como si, en cualquier momento, alguien pudiera pasar junto a nosotros y ver mi culo desnudo o a ella mientras está inclinada sobre el maletero del coche gritando su orgasmo. Es excitante y se me pone dura solo de pensarlo.

Cuando le pregunté, se lo pensó un momento:

—No sé, supongo que nunca me fijé en lo que ponían. Son periódicos de cotilleo. No son una buena fuente de noticias. No tengo ninguna intención de leerlos, así que no suelo ni siquiera hojearlos. Tal vez no me doy cuenta de lo que me rodea.

Había observado cuidadosamente su rostro, intentando decidir si estaba tratando de tomarme el pelo o si estaba siendo sincera. Cuanto más la miraba a los ojos, más me daba cuenta de que estaba siendo sincera. Ella es un cambio refrescante, ya que no está interesada en mi dinero o en la notoriedad. Sé que no está nadando en fondos fiduciarios o coches rápidos y ni una sola vez en todo este tiempo ha sugerido nada por el estilo. Una parte de mí no está seguro de cómo estar con una mujer que no está suspirando por algo mío.

—Bueno, tal vez simplemente no querías ver —le sugiero.

Ella se encoge de hombros.

—En absoluto. Creo que esas cosas son una invasión de la privacidad de las personas. Quiero decir, está claro, estabas en un reality show, y eso te expone a ese tipo de cosas. Pero aun así, tengo mi propia vida de la que preocuparme y realmente no tengo el tiempo que se necesita para preocuparme por alguien que quizás nunca conozca.

—No te pongas nerviosa, muñeca.

Ella levantó el hombro y se lamió esos hermosos labios carnosos y tuve que recolocarme. Ella me sonrió, dejándose caer lentamente en sus rodillas.

—¿Por qué habría de hacerlo? Solo estamos pasando un buen rato.

Sonríó pensando en ello. Volvimos a pasar un buen rato después de esa conversación, una y otra vez.

Ahora que la veo con más frecuencia, tomo más precauciones. Primero, conduzco mi coche hasta un aparcamiento del centro y llamo a un Uber para que me recoja en la calle donde aparco. Parece un poco como un movimiento de James Bond e intensifica la experiencia. Siempre he pensado que sería un buen espía.

Una vez que me subo al coche, le digo al conductor que me lleve a una licorería que está cerca de *The Spot*. Salgo del coche y miro a mi alrededor después de pagar para ver si alguien me ha seguido. Lo sé. Parece que estoy intentando hacer algo ilegal. Simplemente no quiero traer la locura a la vida de Sophia, y ella ha estado en mi mente mucho más de lo que realmente me importa admitir. Me gusta que sea una chica normal y agradable, con un lado pervertido. Que no tiene expectativas de desayunar en la cama a la mañana siguiente, o de viajes a Venecia y a la semana de la moda.

Hasta ahora, todo bien. Realmente soy noticia pasada. Mientras no haga nada que llame su atención, es de esperar que hayan decidido que ya no vale la pena seguirme. Agachando la cabeza, cruzo corriendo la calle y camino por la parte trasera de la licorería. Desde allí, me dirijo por los aparcamientos vacíos hasta la parte trasera del bar.

Llego a la parte trasera sin incidentes. Desde fuera oigo la música que suena, y apoyo la espalda en la áspera pared de ladrillo. La iluminación aquí atrás es tenue, casi criminal, y por un segundo me pregunto hasta qué punto es seguro para ella caminar hacia su coche por la noche. Me lo quito de la cabeza y rápidamente vuelvo a pensar en el motivo por el que estoy aquí. Un encuentro y ya está.

Algo cruje cerca del contenedor y me quedo helado. Es posible que alguien me haya visto. Me ha sorprendido mucho lo lejos que llegan algunas personas para conseguir una foto. Sobre todo cuando Rosa y yo aún estábamos juntos, era habitual verlos salir de los contenedores, saltar

a nuestro taxi o cruzar la calle a toda prisa entre el tráfico. Era un poco desconcertante.

«Caliente y listo», es lo que le envié por mensaje de texto para avisarle de que estaba fuera. Lo único que puedo hacer es esperar a que me deje entrar y rezar para que no pase nadie y piense que estoy intentando conseguir drogas. Resoplo. ¿No sería un titular increíble? «El ex-novio de una estrella de reality está tan perturbado que se rebaja a comprar drogas en un bar de mala muerte». No es que el bar sea tan malo. Es que nunca es bueno ser visto detrás de uno a estas horas de la noche. Para mis relaciones públicas sería tarea complicada limpiar ese tipo de prensa y solo la ruptura ya les da bastante trabajo.

Me resulta increíble la mierda que la gente escribe sobre mí. No me conocen. Ven pequeños destellos de mi vida aquí y allá. Me molesta que se inventen cosas para vender sus pequeñas revistas. Cuando se encuentran con algo tangible que pueden fotografiar, se frotan las manos.

Miro mi teléfono. Solo han pasado unos minutos, pero me preocupa que esté demasiado ocupada y no pueda dejarme entrar. La puerta se abre de repente, haciéndome gritar como una niña de doce años.

Ella asoma la cabeza.

—¿Acabas de gritar? —dice riéndose de mí.

Sí.

—No —resoplo tras aclararme la garganta. Su sonrisa me atrae al igual que el movimiento de su dedo que me llama a entrar.

Se ríe y luego pone los ojos en blanco. La mata de pelo salvaje que vuela alrededor de su cabeza como un halo la hace parecer etérea a la luz de la farola.

—Date prisa, Hollywood —dice—. Entra aquí antes de que alguien nos vea y nos rompa el culo a los dos.

El toque latino en el tono de su voz me revuelve la sangre y me despierta la polla. No hay nada más sexy que cuando pronuncia esas erres. Retiro lo dicho, oírla ronronear y hablar mientras tenemos sexo es más sexy, pero no se lo he dicho. Todavía.

Nuestra relación ha sido estrictamente sexual. Las conversaciones que tenemos son superficiales y vulgares y corrientes, del tipo: «¿Qué tal el tiempo?». No puedo evitar que mis dedos se muevan queriendo agarrar sus caderas y sujetarla con fuerza mientras golpeo su centro húmedo y apretado desde atrás.

Ahora sabe quién soy, pero eso es todo. Ninguno de los dos se ha aventurado a profundizar en nada. Está bien, porque cuanto menos sé, menos cariño le cojo. Es una situación en la que todos ganamos.

A ninguno de los dos parece molestarle esto. Habiéndola conocido aquí, en el bar, rodeada de gente que se emborracha para escapar de lo que realmente es, me pareció natural. Una relación sin ataduras suele ser deseada por la gente, pero difícil de conseguir. Demasiados sentimientos se involucran en el sexo. Pero no entre Sophia y yo. Todo era puro, caliente, pasión animal y dejar los sentimientos en la puerta. No hay sentimientos aquí. No señor. Y, si tengo algo que decir al respecto, así es como va a seguir siendo.

Los camareros de *The Spot* llevan vaqueros y camisetas cortadas con el nombre del bar. Esta noche, Sophia se ha puesto una faldita vaquera ajustada, y estoy haciendo toda la fuerza que tengo para no alargar la mano y agarrar ese dulce culo. Apuesto a que podría rasgar el encaje de su tanga mejor que la banda de versiones que está en el escenario ahora mismo. Gimoteo cuando se pone delante de mí. Mis ojos bailan sobre el natural y seductor movimiento de sus caderas. Me muero de ganas de levantarla y follarla contra una pared en algún lugar. Casi puedo sentir su

apretado cuerpo envolviéndome. Cuando estoy con Sophia, es uno de los únicos momentos en los que puedo despejar mi mente sin ahogarla en un montón de alcohol. Ella es el bálsamo que necesito, y no me doy cuenta del impacto que tiene sobre mí.

Es emocionante y no se toma todo tan en serio como lo hacía Rosa. Rosa era una chica muy puritana, ese tipo de chica que quiere el sexo con las luces apagadas. El sexo no era malo, solo era... bueno, aburrido. Hasta que conocí a Sophia, el sexo nunca había sido tan bueno.

Me sacudo la comparación que mi cerebro ha conjurado. Tengo que dejar de pensar en Rosa cuando me encuentro con Sophia, las dos son completamente diferentes. Tampoco es justo para ellas. Hace tiempo amé a Rosa y lo que tengo con Sophia no es amor. Es lujuria, como un choque frontal, de la que no puedo mantenerme alejado. Claro que, mirándola, no querría alejarme.

Sigo a Sophia hacia el interior del bar, observando cómo mira por encima del hombro y se muerde el labio. Su cabello oscuro se balancea desde su cola de caballo, suplicando ser agarrado y envuelto alrededor de mi puño. Sí, creo que ya es hora de que me olvide de Rosa. Definitivamente.

La música retumba con tanta fuerza que puedo sentirla a través de las paredes y en mi pecho. Incluso mi polla siente el pulso y ansía enfundarse dentro de Sophia. Tenemos que apresurarnos, antes de que pierda el control y la tome aquí y ahora.

Capítulo 3

Sophia

—Date prisa —digo, tratando de disimular lo excitada que estoy por verlo. Por mucho que quiera actuar con calma, él sabe lo mucho que lo deseo. No sirve de nada intentar ocultarlo. Así que no me molesto en intentarlo.

Lo meto en el baño de empleados y cierro la puerta. Es un buen baño, la jefa hizo todo lo posible. Incluso hay un sofá y una pequeña zona separada para el aseo en la parte de dentro. Incluso tenemos una ducha por si necesitamos usarla y, para ser sincera, es una fantasía secreta que he tenido, tenerlo en la ducha, con su cuerpo mojado y brillando bajo las luces del techo.

Thomas me acerca a él y mi cuerpo reacciona al instante. La sangre se me calienta y un dolor sordo comienza en mi abdomen. Le rodeo el cuello con los brazos y aprieto mi cuerpo contra el suyo.

—Eres tan sexy, Sophia —gruñe, derritiéndome con su comentario. Mis pies quieren fundirse en el suelo mientras mis pezones se tensan contra mi sujetador. Mientras su cuerpo se aprieta contra el mío, el encaje de mi sujetador no hace más que burlarse de mis pechos. Madre mía, no me había dado cuenta de que estaba tan desesperada. No suelo perseguir el sexo, no soy agresiva por naturaleza, pero con este sexo tan bueno merece la pena la persecución y la anticipación de cada encuentro.

Mueve sus labios hacia mi cuello, provocando un delicioso escalofrío que recorre mi columna vertebral hasta llegar a los dedos de los pies. Las terminaciones nerviosas se vuelven crudas como circuitos eléctricos expuestos. Murmura mi nombre contra mi cuello, provocándome deliciosos escalofríos por todo el cuerpo. En cuanto se aleja, mi cuerpo vuelve a calentarse en un delicioso vaivén que me hace temblar.

Su voz es como la de un rico barítono y es más que suficiente para hacerme llegar al orgasmo con una sola frase. Estoy bastante segura de que, a estas alturas, el chico podría leerme la guía telefónica y yo quedaría reducida a un charco en el suelo. Entonces, para poner las cosas más calientes, se dirige hacia a mí con ese timbre profundo, algo que lo hace mucho más potente. Su tono se convierte en un punto focalizado justo en mi alma, que tiembla esperando su siguiente movimiento.

Ahora me doy cuenta, después de descubrir quién es, que el baño de los empleados probablemente no sea su escenario perfecto. No es el lugar con más clase para traer a Thomas Henry, pero por el deseo escrito en su cara, no parece importarle. Y cumple los requisitos de estar cerca y vacío.

Algunos probablemente juzgarían mi comportamiento como pueril, pero él nunca me ha tratado como tal. Puede que todo esto sea temporal, pero lo que tenemos es picante. ¿Qué diablos importa de todos modos? Además, ¿qué me importa lo que piensen de mí? Solo hay unas pocas personas en mi vida que importan y, o bien me apoyan mucho, o no lo saben.

Thomas se mueve para cerrar la puerta y no puedo evitar soltar una risita.

—El pestillo no funciona. El novio de alguna lo rompió el otro día cuando estaba borracho y

la buscaba. La pobre renunció al trabajo por vergüenza, pero espero que se deshaga de él.

Odiaba cuando los hombres maltrataban a sus novias. El novio de Halie había sido un estúpido, y sabía que ella necesitaba el dinero. No sé por qué siento la necesidad de explicar la situación, pero lo hago.

—La dueña aún no se ha puesto a arreglarlo —añadí encogiéndome de hombros.

Ah, bueno. La idea de que casi me pillen me excita más de lo que me gustaría admitir. Sin embargo, si entra la persona equivocada y mi culo queda al aire para que todos lo vean, más vale que me incline y le dé un beso porque me quedaré sin trabajo. Si alguna vez ocurría algo, si alguna vez nos pillaban, no quería que pensara que era algo que yo había orquestado. Nunca haría eso sabiendo lo que piensa sobre que el público conozca sus asuntos.

Thomas se da la vuelta lentamente, su cuerpo es esbelto y está hecho para el sexo, y los músculos entre mis piernas se tensan haciéndome cambiar ansiosamente de un pie a otro. Si no hace un movimiento pronto, me temo que voy a entrar en combustión espontánea.

Supongo que es hora de avanzar. Lentamente, saco la lengua y la paso por mis labios. Sus ojos se oscurecen y sus pupilas se dilatan. ¡Bingo! Con pasos rápidos, se pone delante de mí, su movimiento es una imagen de pura resistencia masculina. Respiro con fuerza cuando alarga la mano y me acaricia la mejilla.

Su tierno movimiento me pilla desprevenida. Esto no es lo que tenemos. Nada de ternura. Nada de ataduras. Este gesto está lleno de emoción y vuelvo la cabeza hacia otro lado. No tiene sentido esperar lo inútil.

—Mañana vas a tener un bonito ojo morado —dice mientras roza suavemente su pulgar bajo mi ojo dolorido. Hasta ese momento, me había olvidado por completo de ello, envuelta en la energía sexual que desata en mí.

Mi cabeza se gira para mirarme en el espejo y, efectivamente, el principio de un ojo morado es evidente. Ahora que la pelea ha terminado, el dolor empieza a aparecer. Hago una mueca de dolor y eso hace que me duela aún más.

—Mierda, voy a tener que ponerme hielo cuando llegue a casa. Creía que Regina solo me estaba tomando el pelo —murmuro. Antes me molestaba, pero ahora me duele de verdad.

Me inclino sobre el fregadero para ver más de cerca y Thomas me sigue apretando por detrás.

Su erección me roza el culo y mi olvido momentáneo se desvanece. Las fuertes manos de Thomas me agarran por las caderas y tiran de mí contra él. En el espejo, nuestros ojos se fijan y puedo sentir cómo aumenta la temperatura de la habitación. Vale, quizá sea mi temperatura y no la de la habitación. En cualquier caso, puedo sentir el bulto hinchado que se esconde tras la áspera tela vaquera de sus vaqueros frotándose contra mí.

A pesar del calor de la habitación, me hace temblar de nuevo.

—¿Te duele el ojo? —pregunta con una sonrisa diabólica que ilumina su rostro. Con un movimiento enloquecedoramente lento, gira sus caderas contra mí, arrancando un leve gemido de mi garganta. Gimo, me agarro fuertemente al lavabo y me balanceo contra él.

—Sí. —Mi voz se queda sin aliento y su sonrisa aumenta.

—¿Quieres que lo haga mejor? —gruñe mientras se inclina ligeramente sobre mi espalda. Su aliento caliente se dispersa sobre mi cuello. Me tiemblan las rodillas y me agarro al lavabo con tanta fuerza que me empiezan a doler los nudillos. Asiento con la cabeza sin dejar de mirar su hermoso rostro en el espejo.

—Dime. Dime que quieres que te haga olvidar —me ordena apretando con más fuerza.

—Sí, hazme olvidar. Por favor.

Antes de que las palabras salgan por completo de mi boca, oigo el siseo de su cremallera y el crujido de la tela. Los pantalones de Thomas se deslizan hasta los tobillos y aparta mis bragas bruscamente. Tal vez la próxima vez renuncie a las bragas por completo, a estas alturas no me quedan muchas en el armario que él no haya cedido ya.

Estoy mojada y preparada para él cuando entra y lo sabe. Me revuelvo a su alrededor intentando acostumbrarme a la invasión, pero no me da ninguna oportunidad porque me guiña un ojo y empieza a acelerarse dentro de mí. Me agarro con más fuerza al lavabo, ya que lo necesito como apoyo mientras él me penetra repetidamente. Mi respiración se entrecorta y mis caderas se restriegan contra el lavabo con cada embestida.

—Aguanta, no te sueltes —gruñe mientras coge mi cola de caballo con su mano obligándome a arquear el cuello y tira hacia atrás con la fuerza suficiente para hacerme gemir.

Una vez más, nuestras miradas se cruzan mientras nuestros cuerpos se golpean con la intensidad de nuestra necesidad. Empujo hacia atrás mientras él empuja fuertemente, sin querer que se detenga. Estar estirada alrededor de él me hace sentir como en el cielo y yo devuelvo los golpes con avidez.

A medida que nuestra pasión aumenta, también lo hace nuestra urgencia. Me echa la cabeza hacia atrás y nuestras bocas chocan con la pasión que hay entre nosotros. Me meto su labio inferior en la boca y le muerdo el labio, y él gime mientras seguimos chocando el uno con el otro. El sonido de la piel chocando contra la piel resuena en la habitación, y de alguna manera suena más fuerte que la música que se oye al final del pasillo.

Sin soltarme el pelo, su otra mano se introduce entre mis piernas y me acaricia con un dedo. Entra y sale de mí rápidamente mientras sus dedos hacen pequeños círculos. Empiezo a temblar.

— Oh, mierda —jadeo. Mi cabeza quiere caer hacia delante, pero él le da un tirón.

—Mírame —me exige.

Con toda la energía que puedo reunir, levanto mis ojos vidriosos hacia los suyos. Nuestros ojos se fijan en el espejo. Veo el intenso deseo en sus ojos, y él debe haber visto la misma mirada en los míos, porque Thomas lo toma como un estímulo y se abalanza sobre mí con más velocidad. Me muerdo el labio y sus ojos se entrecierran cuanto más rápido bombea. Sus dedos pellizcan el sensible montículo que hay entre mis piernas y me hace caer al vacío. Un grito sube por mi garganta, pero Thomas está ahí para atraparlo. Me besa profundamente, introduce su lengua en mi boca y yo gimo sin parar.

Thomas separa sus labios de los míos y tira de mi cabeza para que sus dientes rocen mi cuello. Se retira pero no mueve la mano. Mis rodillas flaquean mientras él me acaricia sin cesar, empujando sus dedos dentro de mí sin dejar que mi orgasmo disminuya. Intentando no alertar a todo el bar de que me estoy corriendo, me muerdo el labio y arqueo la espalda. Un temblor tras otro se apodera de mí, robándome el aliento.

—Eres muy sexy.

Como si no pesara nada, Thomas me levanta y me sienta en el lavabo.

—¿Qué estás haciendo?

Cubre mi boca con la suya y mi cuerpo se calienta de nuevo. Nadie ha sido capaz de excitarme como él. A veces es solo algo que dice. Otras veces es su boca sobre mí. Es embriagador y una locura cómo me hace sentir.

Mientras nuestros labios luchan entre sí, sé con certeza que estoy arruinada en lo que respecta a los hombres. Nadie podrá acumular la innegable química que existe entre nosotros. Las rodillas de Thomas tocan el suelo y su lengua recorre el exterior de mis muslos. Sus manos separan mis

piernas mientras su lengua toca el punto dulce. ¿De verdad va a chuparme después de que me haya corrido? En el momento en que su lengua pasa por encima de mí, mi cabeza cae hacia atrás y se apoya en el espejo mientras mis manos se hunden en su suave pelo castaño.

Me provoca dejando que su lengua pase por mi endurecido clítoris antes de retirarse y volver a hacerlo. Me excita el hecho de que alguien pueda entrar en cualquier momento con el pestillo roto.

Le tiro del pelo intentando que se quede donde quiero, pero se resiste.

—Sabes tan condenadamente bien. —Su aliento roza mi humedad y le agarro el pelo aún más fuerte.

Sigue torturándome, dejando que su lengua me rodee y se burle de mí, pero no ejerce la suficiente presión para conseguirlo. Una súplica muy poco femenina sale de mis labios. Me tiemblan los muslos y estoy muy cerca.

—Por favor —suplico ronca de necesidad.

Mi súplica lo rompe. Sus labios se cierran sobre mí, y succiona mi clítoris dentro de su boca pasando su lengua por encima. Sus fuertes dedos se introducen en mí y se mueven al mismo ritmo que su lengua.

Retira sus labios de repente y yo grito de frustración.

—No me fastidies —le digo sin aliento.

Vuelve a acercar su boca y chupa con fuerza. Me lanza a un violento orgasmo y me muerdo el labio para no gritar. Mis manos se aferran a su pelo y mis piernas se cierran alrededor de su cabeza para mantenerlo ahí mientras me revuelvo en su cara sin vergüenza. De todos modos, nunca he sido una amante tímida. Empujar su cara donde lo necesito es la norma entre nosotros.

Cuando mis piernas se sueltan, Thomas se levanta del suelo. Tiene una mirada de suficiencia en su rostro. Sus labios se posan en los míos y me saboreo sobre él. El dulce almizcle me emborracha y enhebro mis dedos en su pelo con perezosas caricias.

—Mi turno —dice Thomas, y se me hace la boca agua solo de pensar en darle placer.

Cuando empiezo a apartarme del lavabo para hacerlo, la puerta del baño empieza a abrirse y la mano de Thomas se estrella contra ella.

—¡Eh! —grita alguien.

—Este baño está fuera de servicio —le dice a quienquiera que esté al otro lado de la puerta.

Refunfuñan y escuchamos cómo se marchan.

Mi cuerpo se hunde contra el lavabo intentando controlar mi respiración. La emoción de haber estado a punto de ser pillada y acabar de tener dos orgasmos colosales me tiene jadeando como si hubiera corrido una maratón.

—Sabes que si ha sido uno de los camareros van a buscar al portero, ¿verdad?

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Es el baño de los empleados, aquí no debe entrar ningún cliente —digo riéndome de la cara de confusión que pone.

—Ok, vamos, pero continuaremos con esto pronto —dice subiéndose los pantalones. Lo veo recolocarse y sé que todavía está duro para mí. Eso me hace sentir sexy y poderosa.

—Primero saldré yo —digo—, y luego tú.

Me besa con la promesa de continuar después por la forma en que me abraza, y salgo por la puerta con un aturdimiento inducido por la lujuria, ajustando mi falda.

Capítulo 4

Sophia

Salgo del baño de muy buen humor, pero solo doy unos pasos antes de que mi buen humor tome un vuelo de ida hacia el sur. Regina está intentando retener a un grupo de imbéciles que se acercan a la barra. Cuando veo al cabecilla sé al instante de qué se trata. Son los típicos capullos llamativos que hacen de nuestras tardes de trabajo una pesadilla. Gimo porque sé que esto va a ser un enfrentamiento del que no voy a salir. Enderezo los hombros y avanzo decidida a acabar con esto cuanto antes.

—¿Qué demonios haces echando a mi novia? Básicamente, he sacado a flote este lugar. —El tipo arrogante que lleva un traje caro con la corbata amarilla más fea que he visto en mi vida se abalanza sobre mí. Las irresistibles ganas de vomitar son casi demasiado para mí. Huele como si se hubiera bañado en una colonia de almizcle. Mi nariz ardiente se estremece y me seco las lágrimas que están haciendo que se corra el maquillaje que me había puesto antes.

El novio de la famosilla, que es aún menos conocido, ha encontrado su camino hacia mi cara. Está arrastrando las palabras, así que sé que está increíblemente borracho y no piensa con claridad. El alcohol en su aliento me da arcadas. También estoy segura de que me voy a emborrachar solo por los gases nocivos. Miro a mi alrededor para ver si María está cerca, pero no hay suerte. Normalmente, ella puede calmar estas situaciones llevándolos de vuelta a la sala VIP y descorchando algunas botellas. Tiene ese toque de dueña.

Lanzo un suspiro.

—Se metió en una pelea y me golpeó cuando intenté separarla. —Levanto la mano cuando intenta cortarme para defender a la Barbie de la alta sociedad—. Ya conoces las reglas. Las peleas no se toleran de ninguna manera, y antes de que sigas y me des alguna excusa tonta sobre que ella no tenía intención de hacerlo, déjame detenerte ahí mismo. Ella sabía muy bien lo que estaba haciendo. Hizo contacto visual conmigo antes de golpear. —Puede negarlo hasta que las ranas tengan pelo, pero el imbécil sabe que es cierto y ahora lo que intenta es salvar las apariencias.

—Cómo te atreves, pequeña zorra de bar. Tú sabes quién soy yo. —Gruñe esto como si fuera su evangelio y como si debiera importarme una mierda, cosa que no es así.

Escupe y balbucea, su cara se vuelve de una multitud de colores que van del púrpura al rojo vivo. No es la primera vez que trato con él. Su padre es un diseñador famoso y, por lo tanto, este mocosito andante cree que merece un trato especial. Supongo que ha pasado la velada en la zona VIP, así que no sé por qué la tonta de la Barbie estaba con nosotros, simples campesinos.

—No te he echado, he echado a tu novia y a la persona con la que se estaba peleando. No llamé a la policía, simplemente la saqué fuera.

Sería mucho más fácil si María les prohibiera la entrada, pero el dinero que gasta es demasiado bueno para renunciar a él, supongo.

En un momento dado, estuvo intentando conseguir parte de la propiedad del bar para algún negocio en el que se estaba aventurando. Al final, María le dijo que no, pero le dejó tener el

evento en el bar.

Me agarra del brazo y me atrae hacia él. Me sorprende que me toque. Una mezcla de rabia y sorpresa me atraviesa.

Antes de que tenga la oportunidad de reaccionar, de repente la mano de Thomas me rodea y se cierra alrededor de la muñeca del tipo. Con un movimiento rápido, da un tirón al brazo del tipo y lo empuja hacia el centro de la espalda, en una sujeción que he visto hacer a los policías para someter a sus criminales.

De acuerdo, uno, no tenía ni idea de que Thomas estaba detrás de mí, y dos, eso había sido realmente un poco excitante. Reprimo mis repentinas ganas de abalanzarme sobre él y me concentro en la situación. Hago una nota mental para darle un poco de atención extra más tarde, como un pequeño agradecimiento.

—Tío, ¿qué demonios haces? ¿Quién te crees que eres? —El fondo fiduciario se queja.

En este punto, hemos atraído a una multitud. Hay teléfonos móviles levantados por todas partes y se me revuelve el estómago. Sé que esto va a ir a más. Thomas no ve los teléfonos o si los ve no dice nada. Empuja al tipo con fuerza hacia la multitud y todos sus compañeros empiezan a hincharse como pavos.

¿En serio? Son una panda de gilipollas que no distinguirían su puño de su culo. Si tuviera que adivinar, apostaría las propinas de toda la noche a que ni uno solo de ellos ha estado nunca en una pelea. Todos llevan traje, lo que me hace resoplar. Este no es el tipo de bar en el que te pones un traje, especialmente un Armani. Estos tipos parece que van a llorar si les sale una arruga en la fina lana italiana.

Observo cómo Thomas da un paso lento hacia delante, acercándose a la cara llena de manchas del fondo fiduciario. Los músculos de la mejilla de Thomas se crispan con rabia y, a los lados, sus manos se cierran en puños. Sí, definitivamente va a golpear a alguien. Me lo imagino y veo al tipo caer en mi imaginación. Sería muy dulce, pero nada bueno para Thomas.

Nunca en mi vida nadie ha salido en mi defensa así. Ni mis compañeros de trabajo, ni los porteros, nadie, y no sé cómo manejarlo, y mucho menos la atención que conlleva. Los flashes de los teléfonos me ciegan por un segundo mientras veo a la multitud centrada al cien por cien en nosotros.

—No se agarra así a una dama, ¿me entiendes? —La voz de Thomas es baja y grave, pero no el mismo tipo de gravedad que hace cinco minutos en el baño. Este tono está impregnado de una peligrosidad que conlleva una amenaza, y por primera vez desde que salgo con él, me doy cuenta de lo mucho que no sé de él. Apostaría a que no lo conozco en absoluto.

—Somos seis contra uno, tío, ¿hablas en serio? —dice el borracho, demasiado seguro de sí mismo, mientras mira con desprecio a Thomas. Miro y veo que está sonriendo de oreja a oreja. Nunca había visto esta faceta suya. Bueno, nunca he visto nada más que su lado sexual, que puede ser un poco agresivo. Es lógico que tenga ganas de pelear, pero lo último que quiero es que salga herido o que esto acabe en las noticias de la noche.

Thomas le mira y baja la cabeza un poco.

—¿Qué puedo decir? Me gustan los retos. Aunque algo me dice que no será una gran pelea. —No está fanfarroneando, habla en serio y sé que puede manejarse bien.

Ve la rabia en los ojos del tipo cuando los comentarios llegan a sus oídos. Me contengo una risita. No debería reírme porque esto es serio y, por mucho que se burlen, estos gilipollas borrachos solo van a agravar la situación.

Mientras Thomas y el gilipollas consentido se miran fijamente, los tipos que se habían puesto

en marcha cuando pensaban que este estúpido solo iba a enfrentarse conmigo, han empezado a retroceder. Puede que reconozcan a Thomas, o puede que simplemente no quieran luchar contra él. Es alto, por lo menos 1,80 m y está en buena forma. El novio de la famosilla es pequeño, flaco y solo un poco más alto que yo, lo cual no es decir mucho ya que yo apenas mido 1,65 m.

Veo a mi colega de antes, el chico que trabaja para el periódico sensacionalista, que me sonrío. Nos ha visto y eso me hace gemir. Impresionante. Justo lo que necesito ahora. Sus ojos se cruzan con los míos como si dijera: «Ajá. Te he pillado». Observo cómo sale del bar. Probablemente queda poco tiempo antes de que lleguen los paparazzi. No podemos detenerlos. No es que haya una cinta de terciopelo en nuestro bar. Debería haberla. Decido que esa es otra cosa que debería decirle a María, cuando los flashes de las cámaras vuelven a la carga. No entiendo a alguien que vive su vida para invadir la intimidad de los demás. Eso es exactamente lo que están haciendo.

—Thomas, acabo de ver a un periodista. Tienes que irte —digo mientras le grito desde el caos. Me doy cuenta de que estoy más preocupada por él que por la escena que tengo delante. Mis ojos recorren la multitud. ¿Dónde demonios están los porteros? Los perezosos deben de estar en un descanso para fumar o algo así en la parte de atrás, y yo no soy lo suficientemente alta como para ver por encima de la multitud tratando de encontrar sus inútiles culos.

—Voy a llamar a la policía —grita uno de los maricas.

Thomas mira fijamente al grupo de chicos y, por un momento, pienso que realmente va a enfrentarse a todo el grupo. Quiero agarrarle del brazo y tirar de él, pero no creo que aprecie el gesto.

Finalmente, retrocede y se va hacia la parte trasera del bar. Sale por la puerta antes de que nadie sepa realmente lo que está pasando. Me pregunto qué tipo de imágenes ha grabado el público en sus teléfonos cuando el primer gran flash de una cámara me golpea. Thomas hace tiempo que se ha ido, pero el reportero vuelve a sonreírme, así que sé que al menos está haciendo que el fotógrafo me haga fotos para escribir algo. Aunque la publicidad será estupenda para el club, no lo será tanto para mi trabajo. María es increíble, pero también es toda una mujer de negocios. No acepta ninguna mierda de nadie. En realidad, la admiro un poco, pero no cuando está a punto de estallarme en la cara la noticia en las páginas de sociedad y afectar a mi trabajo.

Mis ojos se posan finalmente en los porteros, que se pavonean hacia nosotros, todo músculo y nada de cuello.

—Lo siento —dice uno de ellos—. Hubo un incidente en el vestíbulo delantero del que había que ocuparse.

—Claro que sí —murmuro. Ese tipo baboso de antes probablemente provocó que eso sucediera para controlar el desastre de aquí.

—¿Qué demonios? ¿Hay luna llena esta noche?

Se ríe y mira al grupo de ricachones que intentan desaparecer lentamente entre la multitud.

Sin embargo, el fondo fiduciario sigue ahí de pie... bueno, quizá se balancea un poco. Bien, espero que esté herido tanto en el ego como en el cuerpo.

—¿Hay algún problema aquí? —pregunta uno de los porteros.

Miro al cabecilla y arqueo la ceja.

—Bueno, ¿lo hay? —Me frunce el ceño, pero parece sopesar sus opciones. Finalmente, niega con la cabeza y yo asiento con la mía.

—Bien. Si causas más problemas esta noche, tú y todo tu séquito seréis arrojados de cabeza por Bruno —digo mientras intento apoyar el brazo en el hombre del tamaño de una montaña que

está a mi lado. En lugar de eso, me conformo con una palmadita en su pecho excesivamente musculoso—. ¿Está claro?

El tipo gruñe algo que suena vagamente a perra antes de escabullirse. Me giro y miro a Bruno.

—Vigílalos y avisa a Gary también.

Asiente con la cabeza y vuelve a ponerse donde puede vigilar al grupo. No debería ser tan dura con los porteros. Tienen mucho que hacer cada noche.

Esta noche se ha convertido en una pesadilla. Me aprieto los dedos en las sienes y me masajeo haciendo pequeños círculos. Esta noche iba tan bien hasta la pelea de gatas, y ahora esto. Regina me rodea con su brazo mientras vuelvo al bar.

—Ahora vas a ser famosa. No puedo creer que ese imbécil de Price te haya puesto las manos encima.

—¿Price? Ese es su nombre. Yo solo lo llamo «el capullo». ¿No es su padre o su madre como un diseñador de relojes o algo así? —pregunto, mientras sonrío a un tipo que levanta un dedo para pedir una cerveza. Me acerco y le doy una.

—No, su madre heredó todo ese dinero de su padre, que era como el rey de las salchichas o algo así. Es de familia rica, nada nuevo. Salió en un anuncio de relojes, quizá sea eso en lo que estás pensando —dice Regina.

Vale, tal vez me equivoqué sobre cómo consiguió su dinero el capullo del fondo fiduciario. Sin embargo, sigue siendo un imbécil y ahora, por su culpa, puede que salga en la sórdida prensa rosa.

—Simplemente fantástico —refunfuño mientras sirvo unos chupitos de tequila. Daría cualquier cosa porque esta noche terminara.

Capítulo 5

Thomas

Pagaré por defenderla, pero no podía dejar que ese imbécil de Price le hablara así. Puede que haga muchas cosas mal, pero sé cómo tratar a una mujer. Ver el ojo morado de Sophia y luego escuchar al tipo hablándole de esa manera tan irrespetuosa había sacado algo de mí. Algo que era parte del viejo Thomas y que no había sentido en mucho tiempo.

De repente me sentí protector hacia ella. Algo en mi cerebro decía: «Defiende a tu chica, imbécil». No era para nada lo que esperaba. Éramos un polvo rápido en el baño de empleados o una mamada en el aparcamiento. No teníamos una relación y no me entusiasmaba la idea de cambiar ese estado, y sin embargo me sentí bien al dar un paso adelante por ella.

En lugar de volver a mi casa y enfrentarme a los fotógrafos que probablemente hayan empezado a llegar allí, decido ir a casa de unos amigos. En los últimos años he aprendido por las malas que si la gente tiene teléfonos móviles en los bares, clubes, supermercados o parques donde estás, los paparazzi se van a enterar. Muchas empresas pagan mucho dinero por una foto buena y clara. Si te metes en una gran pelea con alguien que los paparazzi retratan de vez en cuando, va a ser un gran problema.

—Qué pasa amigo. Te ves como una mierda. —Mi amigo Mason me saluda desde la puerta y me hace pasar.

—Gracias, ¿recibiste mi mensaje? —digo deslizándome en su apartamento de la planta baja de Parker Hills. Tiene una gran seguridad y, como es un gestor de fondos de inversión y no interesa al público, no hay flashes de cámaras.

—Sí, y he estado buscando en todas las redes sociales los hashtags de Henry golpea y Price cae.

—Vale, bueno, tuvimos un pequeño altercado, pero yo no le di un puñetazo.

—Bueno, esto es aburridísimo. ¿Bebemos? —Mason entra en su cocina y me hundo en su sofá.

—Por favor.

No había bebido nada y después de la cantidad de esfuerzo que había hecho tanto con Sophia como huyendo del bar, estaba bastante sediento.

—Entonces, ¿cómo está Sophia? —pregunta Mason, entregándome un Rolling Rock y sentándose frente a mí en un sillón reclinable. Es un buen tipo en el sentido de que no hace un montón de preguntas incómodas que no tengo ganas de responder, pero esta situación tampoco la puedo ignorar.

Es el único al que le he hablado de Sophia. Somos amigos desde siempre, desde que estábamos en la misma escuela primaria privada. No confío en mucha gente, por una buena razón. Mason es uno de los pocos. No le interesan sus quince minutos de fama ni adquirirla a través de mí. Prefiere estar solo.

Miro fijamente el vaso en mis manos, observando cómo el hielo se desliza de un lado a otro.

—Ella es buena. La estaba defendiendo, eso es lo que no incluí en el mensaje.

Mason se sienta en el borde de su asiento.

—¿Defendiéndola? ¿Por qué? —Él estaba conmigo cuando rompí con Rosa. Probablemente nota que hay más en esta historia de lo que estoy dejando ver, y tiene razón. Puede que haya dormido o no en su sofá bajo una manta durante tres días seguidos. Subí a orinar y a tomar licor. Es un gran amigo.

Aprieto tanto las mandíbulas que me duelen los dientes. Solo pensar en cómo le hablé me hace hervir la sangre de nuevo.

Doy un gran trago a mi bebida y me deleito con el lento ardor que se abre paso por mi pecho hasta llegar a mi vientre. Me calienta las venas. Suelto un resoplido de fastidio.

—Eché a la novia de ese imbécil de Price y recibí un puñetazo. —Despego la etiqueta de la botella de cerveza y me pregunto qué habría pasado si hubiera entrado antes en el bar. No era así como operábamos Sophia y yo, pero aun así.

Mason levantó la mano.

—Espera, espera. Price golpeó a Sophia.

Sacudí la cabeza.

—No, la novia de Price estaba empezando una pelea y cuando Sophia fue a separarla, la chica le dio un puñetazo en el ojo. Price estaba indignado porque echaron a su novia a la fuerza. —Creo que la chica se merecía eso y más—. Estaba en su cara. ¿Qué clase de estúpido trata de meterse en una pelea con una tía? —Resoplo mientras una imagen de Sophia destrozando a todos esos mocosos con fondos fiduciarios emerge. Estoy bastante seguro de que me haría pasar un buen rato. La voz de Mason me saca de mi fantasía.

—Por lo que me has dicho, Sophia puede cuidar de sí misma. —Se echa hacia atrás dando un trago a su cerveza y luego apoya las manos en el estómago, observándome con una mirada pensativa. Intento librarme de ella. Está evaluando esto como hace con sus fondos y es molesto estar bajo ese examen.

—Estoy seguro de que puede, pero aun así, no podía dejar que le hablara así. —Vacío mi vaso y me levanto del sofá. Me dirijo a la cocina en busca de algo para comer. Estoy hambriento. Rebusco en la nevera pero no encuentro nada apetecible.

Veo una caja de cereales encima de la nevera y me sirvo. Me vuelvo a sentar y empiezo a comer los cereales. Eso era otra cosa buena de Mason. Me dejaba comer sus cereales y no esperaba nada a cambio, lo que no quiere decir que no los sustituya. No soy tan imbécil. Mis nervios están crispados y masticar me calma. La rabia y la adrenalina de la casi pelea aún no han abandonado mi cuerpo. Me siento ansioso. Debería enviar un mensaje de texto a Sophia para asegurarme de que está bien, pero me obligo a no coger el teléfono.

No quiero parecer demasiado preocupado. Ambos hemos dejado claro que lo nuestro es temporal. Una aventura que acabará consumiéndose. Mientras siga ardiente, la mantendremos. Ella no necesita que le envíe mensajes de texto y la moleste.

Mason termina su bebida y luego me hace un encogimiento de hombros.

—Eres bienvenido a quedarte aquí esta noche. Sabes que no tengo nada que hacer —dice Mason. Coge el mando a distancia y pone *Sports Center*.

«Y ahora la sección favorita de todos, la sección de cotilleos». La mujer de la televisión sonrío a la cámara mientras aparece una gran foto de Rosa. Gimoteo porque ya tengo la sensación de saber a dónde va esto.

—Oh, mierda, hombre. Déjame cambiar esto —empieza Mason.

—No, veamos lo que ha hecho ahora. —Me inclino hacia adelante. No puedo escapar de ella.

No importa dónde vaya, mi ex novia me persigue. Tengo la sensación de que lo que está pasando con ella tiene algo que ver conmigo. Escucho mientras la periodista continúa:

«Rosa Díaz, más conocida por provocar el drama en su reality show, “Díaz dice”, tiene un nuevo pretendiente en su vida».

Me sorprende porque no era lo que esperaba escuchar. Ahora, con los ojos pegados a la pantalla, me inclino hacia delante esperando escuchar quién podría ser ese hombre misterioso.

—De verdad, tío. Puedo apagarlo —dice Mason de nuevo. Le hago un gesto para que se vaya y parece que va a decir algo más.

Le hago callar.

«Travis Leano no ha sido muy conocido por sus habilidades en el baloncesto. Solo es conocido por beber y hacer cosas como esta», continúa la señora de la televisión.

Pasa a un vídeo de un hombre muy borracho con pantalones cortos de baloncesto y una camiseta blanca de tirantes, bailando sobre una mesa. Está gritando obscenidades, por lo que los censores pitan cada dos palabras. La persona que maneja la cámara escanea la multitud y muestra una mesa con docenas de botellas de licor apiladas y una bolsa de hierba sobre una mesa de billar.

Cuando llega al final de la mesa, ésta se vuelca debido a la desigual distribución del peso. Me río al ver que el tonto tiene que ponerse en pie borracho, maldiciendo a cualquiera que se interponga en su camino mientras intenta salir de la habitación. Parece que se trata de una fiesta en una casa, hay música a todo volumen y un montón de gente vitoreando tras su caída.

Empuja bruscamente a una chica para que se aparte de su camino, y la persona que graba la sigue mientras ella cae al suelo y grita. La estrella del baloncesto sale al exterior y orina en el porche. A pesar de la beligerancia y el abuso verbal de Leano, la persona que está grabando persiste. Veo cómo se desarrolla toda la escena mientras el imbécil medio camina, medio tropieza desde la acera hasta su coche. En serio, no puede ponerse al volante borracho con tanta gente mirándole. ¿De verdad? La cámara le sigue, le graban cómo intenta entrar en su coche, mientras algunos de sus amigos salen e intentan arrebatarle las llaves. Es irresponsable y repugnante, y no puedo evitar preguntarme qué vería Rosa en un descerebrado como ese.

Después de un momento de silencio sepulcral, me recuesto en el sofá. ¿Esta es la persona por la que me ha dejado? Hace tiempo que rompimos, pero su hermana me dijo que me había dejado por un jugador de baloncesto. Pensé que teníamos problemas, que ella le calentaba la cama. Ya no la quiero, pero no me gusta la idea de que haya tocado fondo por un tipo como este. Decir que estoy sorprendido es un eufemismo.

Se lo digo a Mason, y cuando lo miro hace un gesto de dolor y evita mi mirada. Frunzo el ceño.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —le pregunto.

Se mueve ansiosamente en su asiento y sé que lo que está a punto de decirme es algo que me ha estado ocultando durante un tiempo, aunque no sé cómo. Mason no es muy conocido por su capacidad de guardar secretos, pero la culpa en su cara es evidente.

—Suéltalo, hombre —le exijo.

Se aclara la garganta.

—Realmente no quería que supieras que ella estaba con él —dice Mason.

—¿Cómo lo sabías? —Frunzo el ceño mientras me esfuerzo por no sentirme traicionado porque no me lo haya dicho.

—Fui a ese evento de caridad con Talía la semana pasada —continúa—. Ellos estaban allí. No es alguien que deba estar en un acto de gala. Hizo el mayor de los ridículos porque está en un equipo de baloncesto profesional. Sinceramente, no puedo creer que esté con él. Está loca si te dejó por eso.

—Me engañó con —corrijo. No sé por qué eso importa, pero importa—. Él es el estúpido con el que me engañó. Yo soy el que la dejó. A pesar de lo que digan todas las malditas revistas. —Gruño y me meto más cereales en la boca masticando para no atragantarme con los pensamientos.

Vuelvo a estar cabreado. A los medios de comunicación siempre les gusta pintar a la mujer como la víctima. Yo la dejé. Le rompí el corazón. Quería ver a otras personas. Ninguna de esas cosas era ni remotamente cierta.

Mi mente se vuelve hacia Sophia, y me encuentro preguntándome si estará viendo a alguien más. No importa si lo está, solo me gustaría saber si estoy en una rotación.

Vale, puede que haya sido un poco duro, pero maldita sea, la mujer está buenísima, mucho más que Rosa. De hecho, ella y Rosa no tienen casi nada en común. Lo único que tienen en común es su origen latino. Tal vez tenga un estereotipo, pero Sophia es diferente.

La televisión sigue hablando de ellos: «El tiempo dirá si la picante Díaz puede domar a este comodín dominicano. A juzgar por estas imágenes de ellos dos juntos, parece que podría».

Arrugo la nariz ante este programa y sus ridículos nombres para esta gente. Continúo mirando mientras la escena pasa de la fiesta nocturna en alguna ciudad no revelada a algún lugar tropical. El agua azul brillante se ve al fondo mientras las olas rompen sobre las playas de arena blanca. Es un lugar al que la habría llevado para una escapada romántica y, en cambio, está con este imbécil. Me planteo llevar a Sophia a un lugar donde nadie nos conozca. Algún lugar que nos dé la oportunidad de ahogarnos el uno en el otro y ver a dónde va esto.

El video muestra a Rosa luciendo hermosa un chal blanco fluido sobre un bikini dorado y al comodín dominicano en la playa. El viento sopla a través de su pelo mientras camina con aspecto pensativo. Se salpican mutuamente en el mar y ella se ríe. Se agarra la polla mientras pasan algunas personas, sacando la lengua y moviéndola rápidamente de arriba abajo. Veo cómo Rosa se ríe y le da una palmada juguetona en el brazo. ¿Qué demonios? ¿Le parece bien ese tipo de comportamiento? Si se me hubiera ocurrido eructar en público, habría recibido un sermón de cuarenta y cinco minutos sobre modales y, básicamente, sobre cómo todo el mundo es grosero y socialmente inaceptable, por mis acciones.

—Encantador —gruño.

Cuando la televisión cambia por fin a otra noticia de última hora, estoy encantado. Miro a Mason y está ocupado mirando su teléfono.

Saco mi teléfono del bolsillo y me planteo llamar a Sophia para ver cómo está. Me pregunto cómo le habrá ido el resto de la noche. ¿Cómo habrá manejado a los paparazzi cuando aparecieron? ¿Les dio un golpe? ¿Cómo estará su ojo morado después de todo esto?

Me río para mis adentros mientras pienso en las diferencias entre Rosa y Sophia. Rosa siempre ha sido sofisticada. Venía de un hogar lleno de dinero. Nunca tuvo que luchar por nada. Su mayor lucha era qué zapatos de Prada ponerse.

Sophia, en cambio, es todo lo contrario. Es una chica que sabe lo que es luchar en la vida. Ha trabajado mucho para conseguir lo poco que tiene. Puedo decir que su trabajo no es su favorito, pero lo hace lo mejor que puede.

Cuanto más pensaba en ella, más me acordaba de nuestra pequeña cita en el baño. Gimo por

dentro, porque aún puedo oír su jadeo salvaje y sentir sus uñas recorriendo mi espalda. De repente, mi ira y mi enfado con Rosa empiezan a desaparecer. Sonrío para mis adentros cuando pienso en su reflejo en el espejo mientras me rodea. Estaba sin aliento, salvaje y despreocupada. Quería dejar mi marca en el arco de su cuello y asegurarme de que todo el mundo supiera que estaba cogida. De nuevo, es solo un momento de diversión, nada serio, ella no está cogida. Necesito controlar mis pensamientos últimamente, de todas formas, ella sigue siendo muy excitante.

Tendré esa imagen en la mente cada vez que Rosa intente colarse.

Capítulo 6

Sophia

Siento la cálida luz del sol que se cuele por la rendija de mis cortinas. Maldigo mentalmente mi pequeño apartamento orientado al este. Cada mañana, el sol asalta mis ventanas con sus alegres rayos. Normalmente, mantengo las pesadas cortinas opacas juntas. Debido a mi horario en el bar, la mayoría de mis días no empiezan antes del mediodía, pero con la luz del sol y el persistente sonido de ping que hace mi teléfono móvil, creo que el mediodía no va a llegar.

Con un gruñido de fastidio, estiro la mano y golpeo la mesilla de noche, con la esperanza de matar el teléfono en el proceso. No lo consigo. Mis dedos rozan el frío cristal, y casi instantáneamente comienza a zumbiar con todos los mensajes de texto y llamadas perdidas. Más vale que quien esté al otro lado de mi teléfono tenga una buena razón para despertarme.

«Esto debería ser bueno», refunfuño mientras abro un ojo y sostengo el teléfono sobre mi cara, dispuesta a centrar mis ojos en la pantalla molesta y odiosamente brillante. Me doy cuenta de que he perdido una serie de mensajes aleatorios en los que se me dice que estas facturas vencen pronto, o que estas facturas ya están vencidas. Otro día, otro dolor de cabeza y otro dólar menos. Tendré que ver si María tiene un turno extra que pueda coger para poder volver a encarrilarme.

Pongo los ojos en blanco y continúo leyendo los siguientes mensajes, todos son de Regina. El primero solo dice que lo has conseguido. Espero que sea una broma, pero sé que no lo es.

Me estremezco esperando que no signifique lo que creo que significa. Ha incluido un enlace en el texto. Hago clic en él y veo mi cara en la portada de la revista *Just So*.

No es mi foto más favorecedora, pero el titular es peor de lo que podría haber imaginado.

«Una camarera se lío con el hijo de un diseñador en un bar de mala muerte». Una cadena de maldiciones violentas sale de mi boca.

Me siento apoyando la espalda en el cabecero. Los dos ojos están abiertos, o al menos el bueno, el otro está hinchado. Tengo una misión.

Mis dedos vuelan mientras le devuelvo el mensaje a Regina, y luego decido llamarla antes de que empiece a escribir de nuevo.

—¿De mala muerte? ¿Cómo pueden llamar a *The Spot* sórdido? —prácticamente chillo cuando coge el teléfono.

Se ríe y yo frunzo el ceño.

—Bueno, solía ser un club de striptease —responde con ligereza.

—Bien, eso ya lo sé —espeto—, pero no puedo creer lo sórdido que lo hacen parecer.

—Si yo fuera tú, me preocuparía más por lo del lío con la camarera —me dice. Sé que tiene razón y me recompongo arrimando las rodillas al pecho, en la cama. Tal vez debería irme a dormir y dejar que todo se calme.

—Créeme, Gina, lo estoy haciendo. El hecho de que mi madre pueda estar leyendo esto ahora mismo me produce una gran ansiedad. —Si mi madre ve esto, la suya será la próxima llamada que tenga que atender antes del almuerzo.

—¿Cómo sabían que te habías enrollado con él? Si sigues leyendo, dice que los clientes pudieron escuchar a los dos haciéndolo en el baño.

Podía sentir el calor subiendo a mis mejillas. Tal vez quien estaba al otro lado de la puerta anoche estaba escuchando. Vale, eso es asqueroso a un nuevo nivel.

—Bueno, eso no es cierto. El baño de los empleados no permite que los clientes estén cerca.

—Lo han adivinado. ¿Crees que Thomas estará flipando?

Vuelvo a apoyar la cabeza en la pared y aprieto los ojos con fuerza. Caen lágrimas de frustración que me arden en los ojos. Empiezo a preguntarme si todo esto no ha sido un error colosal. Quiero decir, liarse con un tipo en tu lugar de trabajo no siempre es el movimiento profesional más inteligente.

—Sinceramente, no lo sé. ¿Por qué no me dijiste que era tan importante antes de que empezara a salir con él? —me quejo.

—¿Cómo iba a saber que estabas viendo a ese Thomas Henry? Ese podría ser el nombre de un gran número de personas.

Lanzo un fuerte suspiro. No es su culpa que estuviera pensando con mis hormonas y no con mi cerebro.

—Bueno, supongo que no hay mucho que pueda hacer al respecto ahora. Imagino que tendré que aguantar.

Recojo una colección de pelusas de mis mantas y las arrojo al suelo. Mi vida no ha sido más que una serie de inevitables arrugas como las sábanas de mi cama. Intento recordar la última vez que las lavé. Mi mente está en cien sitios a la vez.

Oigo a Regina reírse.

—¿Empezar con él no es lo que te metió en este lío? —Entonces suelta una carcajada por el teléfono que me hace sonreír a pesar del mal humor que tengo. Thomas Henry. Debería llamarle «Henry el Cachondo» o algo igual de inapropiado.

—Sí, sí. Necesito un café. Me voy a la cafetería. Con suerte, todo esto se arreglará. —La cafeína es mi droga preferida, y más valía que arreglara esto porque no conocía otra cosa que pudiera hacerlo.

Vuelve a reírse y me dice adiós. Tras colgar la llamada, lo arrojo a las mantas enredadas en mis pies. Luego, inclinándome hacia delante, me aprieto las manos contra los ojos. «En menudo lío me has metido», refunfuño a mi líbido. «A ver si ahora te vuelvo a hacer caso», juro que mi líbido me ha devuelto la carcajada, bruja cruel. No le importa mientras se satisfagan sus necesidades, aunque me fastidie proverbialmente una y otra vez.

Después de otros quince minutos de revolcarme en la autocompasión, me levanto de la cama y rebusco en el armario algo que ponerme. Finalmente me pongo unos pantalones cortos y una camiseta de manga corta. Mi cafetería favorita está a una manzana de mi casa. El paseo hasta allí es un buen ejercicio y me refresca por la mañana. Incluso no me importa gastar un poco de mis duras propinas cada mañana solo por ese placer. Pienso en llamar al piso de arriba para ver si George quiere acompañarme, pero suele estar ocupado a estas horas y no necesito repetir todo esto todavía.

Abro la puerta de mi apartamento y me encuentro con un tipo de pie en el pasillo. Está hablando por teléfono y parece asustado cuando salgo. No parece alguien que haya visto antes en el edificio. Decido que está esperando a la chica que vive en el apartamento de al lado. Cierro la puerta con llave y le hago un gesto cortés con la cabeza y una sonrisa, pero al pasar junto a él le oigo decir en voz baja:

—Prepárate, ya va.

Por favor, díganme que mi deficiencia de cafeína me hace escuchar cosas. Seguramente, no acaba de decirle a alguien que voy a salir de mi apartamento. Eso no tendría sentido. Me encojo de hombros por la paranoia y el estrés y sigo mi camino.

Cuando llego al piso de abajo, empujo las puertas dobles y me ciegan las luces más brillantes que he visto nunca. Asustada, vuelvo a entrar de un salto tratando de adaptarme a los destellos que tengo delante de los ojos, tirando de la puerta para cerrarla. ¿Qué ha sido eso?

Miro por la ventana a un lado de la puerta y veo cámaras. Hay al menos cinco hombres con cámaras fuera de mi apartamento. Mi casero ya me odia porque siempre me retraso con el alquiler. Solo puedo imaginar lo que toda esta atención va a causar. Si no me he quedado sin casa al final de la semana por culpa del retraso en el pago del alquiler, lo estaré por culpa de todos los paparazzi que rondan por la puerta principal. Mi edificio no tiene seguridad de lujo y esto me va a estallar en la cara.

Respirando con dificultad, aprieto mi espalda contra la pared junto a la ventana. Uno de los fotógrafos se acerca mirando hacia dentro, pero no puede verme. Quizá haya alguien más que se aloje en los apartamentos que es famoso. Es una posibilidad, ¿no?

—¿Necesitas un guardaespaldas? —George se acerca a mí y sonrío con su mejor sonrisa—. Pueden sacar mi lado bueno si te protejo. —Sonrío y me agarro a George en un medio abrazo. Nunca había estado tan agradecida de ver a un amigo. Él me devuelve el abrazo y me hace avanzar. No hay otro lugar al que ir que no sea el de seguir adelante.

—¿Pueden entrar en la cafetería? —pregunto completamente ajena a cómo funciona todo esto.

—No, normalmente no lo hacen. —Se revuelve el pelo imaginario y sonrío—. Una vez salí con el doble de Brad Pitt en una de esas películas. Me siguieron un par de veces. —Se me cae la mandíbula y me guiña un ojo para tranquilizarme.

—Ah, vale, entonces acompáñame a *The steam and Press*, por favor.

—¿Vas a la tintorería? —pregunta George.

—No, es una cafetería. Tienen el mejor café. Por favor, acompáñame hasta allí. No puedo ser fotografiada y acosada así.

George asiente y yo respiro profundamente. Empuja la puerta y exige a los fotógrafos que se retiren. Utiliza su cuerpo para bloquearlos y me guía hacia la acera. Nos presionan y persiguen.

—Oye, cariño —grita uno de ellos— ¿vas a ver a Thomas?

—Muñeca, mírame. ¿A dónde te lleva Thomas en las citas?

—Retrocede un poco y deja que la dama camine —dice George mientras me atrae hacia él. Meto la cabeza bajo su brazo deseando tener unas gafas de sol oscuras que ponerme. En esto he decidido que consiste mi pesadilla. No me cabe duda de que en menos de una hora mi madre estará llamando frenéticamente para preguntar qué demonios está pasando.

El paseo hasta la cafetería suele ser mi momento para pensar y relajarme. Esto está lejos de ser relajante. De hecho, estoy valorando mi ardiente necesidad de café. ¿Cuánto necesito realmente la descarga de cafeína? Ahora podría ser el momento de hacer un viaje especial a Target para comprar una cafetera que he estado posponiendo desde que rompí el vaso de la última que tenía.

¿Siempre siguen a Thomas así? Me dijo una vez que esperan en la puerta de la casa de sus padres y van a los clubes en los que está. Dice que ya no se puede hacer nada una vez que captan su rastro.

Estoy pensando que esto es probablemente nuestro final. No puedo imaginarlo queriendo estar conmigo si ya no puede ir a escondidas al bar. Por alguna razón, ese pensamiento me molesta un poco más de lo que probablemente debería. He disfrutado de nuestros encuentros y, aunque sí, una parte secreta de mí quizá esperaba que pudiera ser más, no soy estúpida. No daría por sentado un momento con Thomas Henry y ahora se ha ido. De todos modos, no quiero las cámaras en mi cara todo el tiempo. No importa lo bueno que sea, siento que eso me daría ansiedad.

Ahora lo van a vigilar mucho más de cerca. Van a estar observando cada uno de sus pasos. Intentarán ver a la pobre chica del bar, acostándose desesperadamente con un chico rico mientras intenta abrirse camino hasta la cima.

Frunzo el ceño porque ni siquiera fue así. Nos conocimos por casualidad. No sabía que era rico y, desde luego, no sabía quién era. Creo que eso le gustó. Hasta que lo vi en la televisión y casi se me cae el vaso del que había estado bebiendo.

Si hubiera dejado que alguna de mis amigas lo conociera o que alguien nos viera juntos, lo habría sabido mucho antes, pero me gustaba que fuera mi pequeño y sucio secreto. ¿A quién no le gustaría? Hay algo en ser sigiloso y malo. Bueno, esto es lo más malo que puedo permitirme y ahora voy a pagar por ello, posiblemente pierda mi trabajo, tal vez incluso mi apartamento cuando no pueda pagar el alquiler.

George tiene razón, cuando atravesamos las puertas del café, no nos siguen. Tampoco se van. Siguen rondando fuera como carroñeros. Me informa de que muchos negocios no permiten que los paparazzi atraviesen las puertas porque creen que sus clientes merecen privacidad.

—Mira a los pequeños buitres implacables —dice George, y frunce el ceño ante el menú—. Me gusta más mi cafetería.

Aun así, pide un café justo detrás de mí y nos sentamos en pequeñas sillas de felpa para esperar a que se vayan las cámaras.

—No creo que se muevan —dice George después de que hayamos tomado unos sorbos en silencio durante un rato.

—¿Qué puede tener de interesante que me den un café? —Levanto las manos. Una de las cámaras se cuelga por la ventana.

—Oh, ahora el titular dirá que la camarera cachonda se pelea con un amigo fabuloso por un café asqueroso —dice George sonriendo. Pongo los ojos en blanco, pero sé que tiene razón. Cada uno de mis movimientos será objeto de examen hasta que pasen al siguiente gran escándalo o indiscreción.

—Por favor, probablemente tengas razón —sonrío. Nada de esto me resulta cómodo. Rara vez cuelgo fotos mías en ningún sitio y si puedo librarme de salir en una foto con alguien, lo hago. Ni siquiera publico en las redes sociales a menos que esté obligada.

Una vez terminado nuestro café, miro fuera y veo que solo uno de los cinco fotógrafos se ha disuadido. Cuando me dispongo a salir y desafiar a todos, veo al tipo que había estado parado en mi apartamento pidiendo un café.

Es imposible que sea una coincidencia que esté aquí y voy a enfrentarme a él. Me acerco a él y me cruzo de brazos. Se gira lentamente y me lanza una larga mirada de arriba a abajo que no agradezco.

—¿Por qué me sigues? —pregunto y doy golpecitos con el pie, impaciente.

—Voy donde el jefe dice que vaya, y ahí es donde está el dinero. No te preocupes, cariño, cuando se enrolle con otra persona, serás agua pasada. —Se burla. Si me dedicara a golpear a la

gente con regularidad, él estaría en mi lista de éxitos, justo en la parte superior.

Se aleja y, por mucho que lo intente, no se me ocurre nada inteligente que decirle. Aun así, lo que dice me molesta un poco. Cuando se enrolle con otra persona. Por alguna razón, eso hizo que lo que había estado haciendo con Thomas pareciera sucio y barato. ¿Era yo una más en una larga lista de líos? No me gustaba tener que dudar de mí misma y no me gustaba la etiqueta implícita que este tipo me estaba poniendo.

Intento decirme a mí misma que este tipo de personas dicen estas cosas para hacerte enfadar. Quieren que los insultes para poder denunciarte.

Le oigo coger el teléfono mientras se va.

—¿Estás fuera del apartamento de Rosa? Preciosa, grítale lo de la chica del bar. Consigue una reacción.

No solo nos persiguen a mí y a Thomas, sino que también van a por su ex novia. Esto apesta mucho.

—Esto es una locura —le digo a George mientras se prepara para protegerme una vez más, durante el camino de vuelta a los apartamentos.

—Lo sé, me encanta —grita mientras los fotógrafos empiezan a gritarnos cosas de nuevo. El camino de vuelta parece durar el doble de tiempo y mi estado de ánimo disminuye a medida que la cafeína desaparece.

Capítulo 7

Thomas

Entro en mi casa sobre las diez sintiendo los efectos de la noche anterior. Me he quedado dormido. Mason y yo hemos parado a desayunar en una pequeña cafetería evitando cualquier conversación sobre Rosa o Sophia. Él tenía trabajo que hacer en la oficina, así que volví a casa para afrontar las consecuencias. Aquella mañana, mientras comíamos, vi en mi teléfono la temblorosa grabación de mi pelea. La habían subido a Instagram. Unos diez segundos condenatorios de imágenes que ahora estaban capturadas para siempre, persiguiéndome. Poco después se dispararon las alertas de que Sophia iba a por un café y que la chica a la que había defendido ya estaba con un tipo. Nuevos hashtags aparecían cada pocos minutos porque los trolls no tenían nada mejor que hacer que acosar a mi chica. Vaya. ¿De dónde había salido ese pensamiento? Mi chica. Todavía no estaba acostumbrado a la idea más allá de un lío.

Es una locura lo rápidos que son. Realmente no entiendo cómo pueden sacar las noticias tan rápido como lo hacen. Por eso siempre soy muy cuidadoso. Ahora, por haber tirado esa naturaleza cuidadosa por la borda para ayudar a Sophia, volvía a ser noticia. Gruño dando una palmada en la pared. El movimiento no cambia nada, salvo que me produce un pinchazo en el brazo. Ojalá le hubiera dado un puñetazo a ese imbécil de Price. Al menos así habría descargado parte de esta frustración.

—Solo me pregunto por lo que pasa la gente a la que siguen cada minuto, y que tienen a los paparazzi en la cara mientras sostienen a sus hijos en brazos —le digo a Mason antes de que se vaya—. Yo estaría en la cárcel si uno de estos patanes pusiera la cámara en la cara de mi hijo.

Versiones en miniatura de Sophia con pelo oscuro y sonrisas pícaras inundan mi cerebro y hago una pausa para detenerme. No. No. No.

—Yo también, amigo. Por eso me alegro de que tú seas el famoso. —Nos chocamos los puños y luego le hago una peineta a un fotógrafo que ha venido a hacer una foto. Él está encantado con esto, por supuesto. Cada vez que nos provocan y consiguen que mostremos algún tipo de enfado y emoción, ven el signo del dólar. Los flashes parpadean y me planteo la posibilidad de reventar una cámara para dar espectáculo, pero me contengo. Mis relaciones públicas me advirtieron de esto, y si cedo, les estoy dejando ganar.

He visto a los famosos enloquecer antes. Rompen cámaras, persiguen a los fotógrafos y básicamente acumulan cargos por agresión. Los titulares siempre dicen que están fuera de control, pero en realidad son los paparazzi los que van demasiado lejos.

Me alegro de atravesar las puertas de la casa de mis padres y alejarme de las cámaras. Necesito despejar mi mente.

Mientras atravieso el vestíbulo, huelo los restos del desayuno y me doy cuenta de que mis padres también deben haberse levantado tarde.

—Thomas, ¿eres tú? Ven aquí por favor, tu padre ha perdido la cabeza.

Mi madre llama desde el comedor. Entro y la encuentro jugando al solitario en la mesa a la vieja usanza. Dice que le relaja. Mi padre está de pie junto a la encimera leyendo un periódico.

Cojo un trozo de beicon y me siento a la mesa a masticar tranquilamente esperando a que hable. A pesar de que acabo de tomar un gran desayuno, no puedo dejar pasar el beicon.

Mamá lleva su traje de domingo, una bata de seda y un pañuelo alrededor de sus rulos. Papá ya está vestido de calle, con pantalones y un polo. Ambos parecen ansiosos.

—¿Qué pasa? —pregunto cogiendo otro trozo de beicon de la enorme pila que hay en el centro de la mesa. Nadie dice nada y espero aguantando un embarazoso silencio.

Mi madre está estresada, y cuando está estresada hace que su chef cocine mucha comida. Ahora eso significa más beicon del que nadie necesita, aunque a mí me gusta.

—Tu padre está perdiendo la cabeza, Thomas. No sé ni qué decir. —Me doy cuenta de que tiene una mimosa y me pregunto cuántas se habrá tomado ya. No arrastra las palabras, pero la forma despreocupada en que sostiene el vaso y lo apura me preocupa.

—No estoy perdiendo la cabeza, Thomas. Nunca he estado más despejado en toda mi vida. ¿Qué son realmente las cosas materiales? No son lo importante. —Está sentenciando y aún no sé hasta qué punto tomarlo en serio. Decir que mis padres pueden ser excéntricos es decir poco, aunque nunca haya escuchado esto antes.

Nunca había oído a mi padre hablar así y me pregunto a dónde quiere llegar. Me acerco a la cafetera y me sirvo una taza grande antes de reunirme con mi madre en la mesa. Tengo cuidado de no desordenar sus cartas. Es muy exigente a la hora de mantenerlas alineadas.

—Dime, ¿qué se te ha ocurrido, papá? ¿Qué es importante? —Los observo mientras doy un sorbo al café pensando que está a la temperatura perfecta de caliente. Si no lo estuviera, podría haberme escapado a la cocina para calentarlo mientras papá organiza mejor sus pensamientos.

—Ah, pero esa es la cuestión, ¿no? He decidido que ya no soy rico, ya no quiero el dinero. Voy a regalarlo.

Trago mi café y lo dejo, mi dedo rodea el borde lentamente para darle a mi mano algo que hacer.

—¿De verdad? —Me sorprende. Mi padre siempre ha estado muy orgulloso de lo que teníamos. Siempre ha sido generoso y nunca avaricioso, pero regalarlo todo, bueno, esto no se parece en nada a él.

—Lo estoy haciendo. Está el asunto de tu herencia. Quería hablarte de ello.

—Vale, te escucho. —Sigo sin estar seguro de adónde va esto, pero veo que mi madre ha dejado la mimosa y se agarra al borde de la mesa con una mano mientras golpea furiosamente las cartas con la otra. Voltea una carta resoplando y agarra otra con un chasquido. Está claro que no está contenta con lo que está pasando, pero no interrumpe a mi padre.

Él se aclara la garganta y empieza de nuevo:

—Necesitas un bebé y una mujer en los próximos doce meses para conseguir algo de mí. Eres demasiado mayor para salir con modelos y famosas. Es hora de encontrar una buena chica y sentar la cabeza.

Aunque no me opongo a tener una familia algún día... siendo algún día la palabra clave aquí, estoy en shock.

—No voy a orquestar mi vida para poder ganar una herencia. Voy a conseguir un trabajo y ganarme mi propio camino. —Tiene que ser un farol. No hay otra explicación.

—Está bien, hijo. Quiero dar mi dinero a la caridad. Quiero vivir fuera de este entramado con tu madre.

Mamá sigue echando cartas, pero su voz es enfadada y forzada cuando deja la última carta con un golpe que sacude la mesa.

—Si crees que voy a ir contigo mientras vives una fantasía de montañero, estás loco —dice mi madre metiéndose el beicon en la boca.

—Cariño, será romántico, solo nosotros dos. —Sus brazos se abren de par en par, como si esto fuera algo que lleva años discutiendo y los demás no estuviéramos razonando al respecto. Tengo ganas de comprobar si es competente, pero no digo nada.

A veces se pone de ese humor. Hubo una vez que quiso que todo el mundo tomara una clase de acuarela con él. Decidimos intentarlo y fuimos con él a la clase. Se rindió después de una semana porque nunca se parecía a la pintura del profesor.

Entro en el salón para alejarme de sus discusiones y ridículos ultimátums. Dijo que primero un bebé, antes que la chica. Quiere un nieto, pero por qué. ¿Se estará muriendo?

Cuando entro en el salón y me dirijo al sofá me doy cuenta de que mi amiga de la infancia Julia Sugarman está sentada en el sofá con Mintzy y Pepper, los caniches miniatura de mi madre. Mintzy me gruñe como siempre.

—Mintzy, soy yo. Ya me conoces —digo extendiendo la mano para acariciar a Pepper, que me adora. Los perros se limitan a olfatear el aire en busca de comida. Bueno, eso está a punto de agotarse si papá se sale con la suya y lo regala todo. Me pregunto si los perros pueden sentir la tensión y me vuelvo hacia Julia.

—¿Por qué estás aquí? —Le pregunto a Julia. Está viendo algo sobre animales y tiene las piernas recogidas bajo ella con una almohada en el regazo.

—Tu madre quería una niñera de perros mientras intentaba hacer entrar en razón a tu padre.

Pongo los ojos en blanco.

—Están en la otra habitación, podrían estar bien sentados aquí en el sofá. ¿Te está pagando?

—Sí, con uno de sus exclusivos bolsos de Chanel. —Julia me sonrío—. ¿Has decidido si vas a seguir con todo el asunto del bebé? Si necesitas una esposa falsa, yo puedo hacerlo. —Su sonrisa es empalagosa y demasiado ansiosa para mi gusto. Voy a ser el próximo bistec que va a descuartizar si no tengo cuidado.

Sé que Julia siente algo por mí. Lo ha sentido desde hace tiempo. La cosa es que no me siento atraído por ella. La veo como una hermana. No es que no sea bonita. Es agradable de ver. Tiene una cara que uno consideraría sencilla pero bonita. Su pelo corto y rubio le llega justo a los hombros. Nunca la he visto con el pelo recogido o con un pantalón de deporte. Siempre está arreglada y lista para ser fotografiada. A veces me pregunto si eso es para demostrarme que sería la compañera perfecta para mi vida loca.

Me siento mal por tener que fingir siempre que no sé que le gusto y cerrarle el paso. Ella se arrima al sofá y yo me arrimo a la esquina. Esto no puede estar ocurriendo en serio ahora mismo, pero así es.

—Sí, claro —me río—. Eso será cuando el infierno se congele. —Me pongo de pie, porque si me escabullo más, estaré sentado en el suelo. Necesito distancia. Necesito un espacio que consista en cientos de kilómetros.

Ella sonrío con fuerza y asiente.

—Lo sé bien, pero de verdad. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a conseguir un trabajo. No necesito su dinero.

—No necesitas trabajar tanto por algo que ya tienes —dice Julia.

—Esa es la diferencia entre tú y yo Julia, yo no creo que se me deba nada porque mis padres sean ricos.

—Eso no es justo Thomas. Yo podría conseguir un trabajo tan fácilmente como tú.

—Sí, cuidando los perros de mi madre. Te digo que no necesito su dinero.

—No lo necesitas. —Mi madre entra en la habitación—. Pero yo sí. Piensa en tu pobre madre, Thomas. Está regalando todo el dinero. Eso significa que no tendré nada. Si consigues tu herencia, podrás cuidar de mí y de los cachorros. Te he llevado durante nueve meses—. Empieza a hacer pucheros y me pregunto qué hará.

—Podrías conseguir un trabajo, mamá. —Realmente no siento ninguna simpatía por ella. Ha tenido una vida muy privilegiada y un montón de oportunidades para aprender habilidades que consisten en algo más que la jardinería y los actos benéficos.

—Bien, si no lo haces por mí, hazlo por Dinah. —Por supuesto, utiliza a mi hermanita para influenciarme, pero se me acabó el cariño.

—Ella también estará bien. No creo que deba crecer con toda esta riqueza de todos modos.

—Hijo, ella está en una escuela privada. La sacarán, la alejarán de todos sus amigos. Piensa en lo que eso hará a una niña de trece años. Tendrá que dejar sus clases y todas sus actividades extraescolares. Sabes lo mucho que ama a su caballo, tendría que venderlo.

Mi hermana pequeña es mi punto débil. Mi madre sabe cómo conmovirme. Por supuesto, no quiero que ella sufra porque yo no haya podido arreglármelas. Sin embargo, tener un hijo solo por dinero me parece muy mal. Estaría trayendo al mundo una vida que no sería mejor que la que yo llevo ahora.

—Está bien, hijo. Sé que no eres capaz de ver a nadie más que a las fulanas y a los que buscan la fama. —Mi padre entra en la habitación—. Creo que serás un buen empresario. —Su apoyo no me hace sentir mejor, es más bien una bofetada en la cara.

Un plan se está formando en mi cabeza y aunque definitivamente no es a prueba de todo, es un plan. Algo sobre mi padre diciendo que veo a las chicas descocadas hace que se active un interruptor.

—Tengo novia.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. No sabía que podía mentir con tanta facilidad, pero lo hago. Por las reacciones en sus caras, es casi digno de un Óscar

—¿La tienes? —dicen tanto mi padre como Julia. Él con una enorme sonrisa y ella con el ceño fruncido. Las reacciones son esperadas y continúo con la farsa.

—Sí, se llama Sophia, es la encargada de un bar y una mujer preciosa y sofisticada. He superado lo de Rosa y sin duda podría tener un hijo con ella. Podría estar ocurriendo ya. — Pienso en lo caliente que fue nuestro último encuentro sexual y mi polla entra en acción recordando el apretado y húmedo envoltorio, bombeando profundamente dentro de ella mientras gime en el espejo del baño haciendo que el espejo se empañe. Si no tengo cuidado, voy a tener un momento incómodo con mi familia en unos diez segundos.

—¡Oh, sí! —Mi madre salta al aire—. Sabía que no me decepcionarías.

Ella, por supuesto, no lo sabía. Por eso sacó a Dinah. Ahora he exagerado y pintado a Sophia como algo que no es. En más de un sentido. Esto no terminará bien y lo sé.

—Espera, ¿la chica que llenaba la prensa sensacionalista por todas partes? Pensé que era una camarera de mala muerte que buscaba atención. —Julia se acerca a mí poniendo sus manos en mi pecho de forma sugerente y acercándose más de lo que me hace sentir cómodo. No puedo dejar que piense que mi cuerpo es para ella porque definitivamente no lo es. De ninguna manera. Agarro sus manos entre las mías y las retiro de mi pecho con severidad.

Se me calienta la sangre cuando Julia la llama sórdida.

—Cuidado con lo que dices. Estás hablando de mi bebé.

Ella arruga la cara aparentando luchar contra las lágrimas y sale corriendo de la habitación. Estoy seguro de que en unos momentos los medios de comunicación social tendrán esta información al alcance de la mano. Intento no pensar así, pero Julia no ha demostrado ser la amiga más fiable que tengo en mi vida en los últimos meses.

No estaba siendo amable con ella en ese momento, así que va en ambas direcciones. Al final tendré que disculparme por el comentario del perro. Sé que lo hace para poder venir a verme. Lo utiliza como excusa, no soy tonto.

—Bien hecho, mi querido niño. —Mamá se acerca a mí y me besa la mejilla antes de llamar a sus perros para que la sigan.

Papá se limita a asentir con la cabeza y se dirige a su despacho dejándome con la duda de qué demonios he puesto en marcha.

Subo a mi habitación dejando a todos asombrados abajo. Espero que Sophia esté de acuerdo con lo que estoy planeando, porque si no lo está, mi hermana pequeña está jodida. Una parte de mí pensó que mi padre estaba bromeando al principio. Pensé que quería ponerme a prueba por alguna razón, pero cuando mencioné a Sophia la expresión de su cara fue de pura alegría. Lo dice en serio.

Más tarde, mientras estoy tumbado en la cama, se me ocurre una idea.

—Papá —grito por el pasillo.

—¿Qué hijo?

—No te estás muriendo, ¿verdad?

—No hijo, tu madre ya lo había preguntado.

Es una buena noticia, pero ahora no tengo ni idea de por qué ha tomado este repentino cambio de rumbo. Saco mi portátil y busco trabajos en mi zona para las cosas que estudié en el colegio, para ver qué hay, hasta que me duermo.

Capítulo 8

Sophia

Cuento los cajones detrás de la barra y me preparo para una última llamada muy necesaria. Esta noche no termina todo lo rápido que yo quisiera. Estoy muerta y lista para relajarme.

El último lavavajillas se ha terminado, así que estoy lista para cerrar el bar. No me importa estar aquí sola, de hecho me doy cuenta de que puedo cerrar mucho más rápido cuando solo quedo yo. No hay nadie que me esté hablando al oído mientras cuento los billetes de 20 y tomo notas para María por la mañana. Tengo suerte de no tener que hacer el ingreso en el banco y poder guardar esto en la caja fuerte y marcharme. Sin embargo, sigo llevando spray de pimienta cuando salgo hacia mi coche. No soy tan descuidada y todos habíamos estado insistiendo a nuestra jefa para que arreglara las luces de atrás, ya que parecen más oscuras que hace un mes.

María había venido al trabajo para conversar conmigo sobre el altercado.

—He oído que hubo un joven que salió de la parte de atrás en tu defensa. —Ella había levantado una ceja y yo no podía saber si lo sabía o no. Por la forma en la que hablaba parecía que sabía exactamente lo que yo había hecho. Seguramente, no tenía cámaras instaladas en la parte trasera del bar. Era un pensamiento extraño, mi jefa viéndome hacerlo varias veces mientras estaba en el trabajo.

Supuse que si me preguntaba en qué demonios estaba pensando, podría decir que fue durante mi descanso.

—Entonces, ¿Price estaba enfadado cuando le pidieron que se fuera?

—Lo estaba, pero también creo que estaba muy borracho. Esa chica con la que iba es otra cosa.

—Ah sí, me enteré de tu ojo morado. Te he dicho que dejes que los hombres las separen.

—Lo sé, pero no se meten en las peleas de chicas porque tienen miedo de hacerles daño.

—De acuerdo —dijo María poniéndose un dedo en la barbilla—. Llama a la policía entonces. No quiero que te metas en ese tipo de cosas.

—De acuerdo, no lo haré.

Admiro mucho a María. Es diez años mayor que yo. Es dueña de este bar y de un pequeño restaurante en el que pasa la mayor parte del día. No está casada pero tiene un hijo de doce años. Es dueña de su casa y siempre viste muy bien. Sé que me prestaría dinero si lo necesitara, pero nunca se lo pediría.

—Bien, me pondré en contacto con su agente para ver si hay una forma de suavizarlo. Entiendo y estoy completamente de acuerdo en que se equivocó, pero su familia da mucho dinero a esta comunidad. Sin embargo, no toleraré que hable así con nadie.

Ella ha dicho cosas contradictorias, pero yo no digo nada. Ella es la jefa.

—Bien Sophia, te veré pronto. —Dijo ella, y eso fue todo. Exhalo un suspiro de alivio después de que ella se haya ido, ya que no mencionó a Thomas en absoluto. Estoy segura de que tal vez quería hacerlo.

Los pies me matan mientras salgo por la salida de empleados del bar. Lo único en lo que

puedo pensar es en ponerme el chándal y acurrucarme bajo la manta, después de devorar un trozo de pizza fría que me ha estado llamando. Me arrastro hacia el coche y mi mente, agotada, empieza a alucinar y me imagino a Thomas apoyado en mi capó con una sonrisa malvada en la cara. Quizá debería echarme una siesta en el coche antes de intentar volver a casa.

Al acercarme me doy cuenta de que no estoy alucinando y que Thomas está apoyado en mi coche con el aspecto de un puto modelo de revista. La chaqueta de su traje azul marino se abre mostrando la camisa con los botones del cuello desabrochados, sugiriendo los músculos que hay debajo y que mis dedos se mueren por tocar. Sus vaqueros caen sobre sus caderas y me muerdo el labio intentando no pensar en la última vez que la tela vaquera rozó mi trasero cubierto por una falda. Me paso los dedos por el pelo en un patético intento de arreglar lo que después de un turno de ocho horas no se puede arreglar. Estoy echa un desastre y espero que él pueda entenderlo.

Miro a nuestro alrededor en busca de fotógrafos o reporteros locos que se abalancen sobre mí. Él hace un sonido de cacareo como si supiera lo que estoy escudriñando a nuestro alrededor.

—No te preocupes, he hecho venir a un imitador y luego se ha ido, están siguiendo al Thomas Henry equivocado. Son fáciles de engañar. —Camina hacia mí con los brazos abiertos y me hundo en ellos. Es reconfortante y juro que siento que sus labios me besan la cabeza.

Me inclino hacia atrás para mirarle.

—¿Qué haces aquí? —pregunto tontamente.

Thomas estira la mano para enderezarme y el calor arde donde sus manos van rozando. Mi respiración se entrecorta y por la sonrisa que me envía sé que la ha oído.

—Quería verte. —El significado de sus palabras es obvio y ya sé que no voy a negárselo. No después de la última vez que le dejé hacer lo que quiso conmigo. Siento que me recorre una pequeña emoción al sacar a relucir esos recuerdos.

—Bueno, ya me has visto —digo tratando de mostrarme indiferente mientras me obligo a no saltar con ganas. Tiene una forma de conmovirme que no me puedo resistir, y quiero que se quede aquí conmigo.

—Está oscuro, ¿por qué no hablamos en tu coche? —Sugiere llevarme hasta mi coche. Parece un cubo oxidado, pero se ha portado bien conmigo y no quiero renunciar a ella. Sí, considero que mi coche es una chica e incluso le puse el nombre de *Pearl* por el color original de su pintura.

Me suelta los hombros y siento frío por la repentina ausencia de su calor. Hay algo en él que me quema por dentro y anhelo su tacto.

—No esperaba que te diera miedo la oscuridad —bromeo mientras saco las llaves y abro el coche.

Mantengo abierta la puerta de *Pearl* y le dejo entrar.

—¿Me protegerás? —pregunta mientras desliza sus vaqueros perfectamente confeccionados en mi desgastado asiento trasero.

—No creo que me gustes tanto como para protegerte.

Se aprieta el pecho burlándose de mí.

—Ay Sophia, no sabía que te habías afilado las garras desde la última vez que te vi. —Palmea el asiento a su lado, moviéndose solo un poco para que yo esté muy cerca de él cuando suba al coche.

—Te gustaron mis garras la última vez que te vi, si no recuerdo mal. —Me deslizo en el asiento junto a él.

Su mano dibuja pequeños círculos en mi muslo y yo los aprieto para darles la fricción que

están pidiendo. En los diminutos límites de mi coche, no se puede negar el puro aroma masculino que desprende. Es más potente que el café y enseguida me animo con él a mi lado.

—Bueno, no te puedo discutir eso.

—Además, pensaba que el hombre debía ser el protector, no la mujer.

—¿Estás cuestionando mi hombría? —Se ríe y yo me encojo de hombros de forma pasiva y agresiva.

Antes de que pueda pensar en una respuesta inteligente, Thomas me coge la mano y la coloca sobre su innegable hombría, que hace fuerza contra sus vaqueros. Mis pezones se endurecen detrás de mi sujetador mientras el calor del coche aumenta. No me sorprendería que los cristales se empañaran. Me niego a dejar de mirar a Thomas el tiempo suficiente para comprobarlo.

Aprieto suavemente su polla cubierta de vaqueros. Sisea al contacto y me siento poderosa. Tiene una forma de intensificar todas mis emociones, haciendo que las cosas parezcan más intensas. Con Thomas, todo se siente más fuerte.

—Te deseo. —Thomas me tira de la mano y yo me muevo a horcajadas sobre él.

Me abrazo a él, dispuesta a dejar que me tome allí mismo. Mis manos tantean su cremallera y él me detiene. Le miro confundida. Los dos respiramos con dificultad. No quiero hacer una pausa, quiero lanzarme a la piscina.

—¿Por qué me has detenido?

—Porque no quiero que uno de tus compañeros de trabajo venga aquí mientras te doy placer.

Parpadeo y vuelvo a la realidad. En ese momento me había olvidado de dónde estaba y habría dejado que me tomara delante de todo el bar.

—¿Quieres volver al baño de empleados? —No me muevo de su regazo disfrutando de la sensación de su erección clavándose en mí. Casi deseando que no tenga los medios para detenernos. Obviamente, él es el maduro esta noche.

Suspira.

—No puedo esperar tanto.

Sus manos suben hasta mis pechos y los masajea. Sus dedos pellizcan los pezones a través del encaje y yo gimo pidiendo más. Mis pezones se clavan en sus palmas y me muevo en su regazo. Es demasiado y a la vez insuficiente.

—Podemos ir al callejón —sugiero, todavía moviéndome sobre su polla vestida, dispuesta a bajarme como sea. Su asentimiento es la única indicación que necesito para salir de allí.

Me apresuro a salir del asiento trasero y me pongo en el lado del conductor. Mis piernas se pegan por la excitación que se ha filtrado desde mi núcleo. Él se pone en el del copiloto. Por suerte, el coche arranca sin darme problemas. Pearl podía ser quisquillosa cuando quería, y yo no quería que mi viejo coche impidiera mi vida sexual esta noche. Con las manos temblorosas, conduzco un par de metros hasta el callejón trasero alejado de la parte posterior del bar.

Aparco y miro las cámaras de seguridad del lateral del edificio preguntándome si debo seguir conduciendo. Lo desconocido me anima a seguir.

Thomas se acerca a mí y me echa el asiento hacia atrás todo lo que puede. El asiento se sacude y yo suelto una risita cuando él se acerca a mí.

—No sé si estamos fuera de la visión de la cámara —le digo mientras sus dedos se introducen en mi cintura. Me estremezco cuando su mano se sumerge provocando mis labios y hace subir mis jugos por mi centro.

—No puedo esperar más —admite mientras sus dientes me muerden el lóbulo de la oreja—. ¿Te importa que nos vean? —Sus dedos bailan en círculos alrededor de mi clítoris sobre el

encaje, golpeando el montículo y luego presionando el pliegue para burlarse de mi centro extendiendo mi deseo.

Me recorre un escalofrío y no estoy segura de si es por la posibilidad de que nos pillen o porque el dedo de Thomas está subiendo y bajando por mis bragas empapadas. Tengo la sensación de que es una combinación de ambas cosas y estoy tan ansiosa como él.

—No me importa. Que se pongan celosos.

Se inclina y sonrío antes de que sus labios se estrellen contra mí. Su lengua entra en mi boca en el momento exacto en que introduce un dedo en mi interior. Todos los pensamientos sobre la cámara y sobre cualquier otra persona que no sea Thomas salen volando de mi mente con la presión de un segundo dedo. Lo tomaría todo si pudiera sentir esto con él una y otra vez.

Le devuelvo el beso dejando que nuestras lenguas luchan mientras él me mete los dedos. Abro las piernas todo lo que me permite el asiento y le dejo todo el espacio posible para que sus dedos hagan su magia.

Su pulgar rodea mi bulbo hinchado y me arqueo sobre el asiento. Thomas utiliza su otra mano para bajarme la camiseta y el sujetador. La tela se rompe por algún lugar y no me importa. Mis pechos están en su boca y no puedo evitar que mis caderas se muevan del asiento para ayudarle a alcanzar el punto que me llevará al límite.

—¡Oh, sí, más! —Sus dedos se lanzan antes de enroscarse hacia arriba, mis ojos se ponen en blanco por el maremoto de emociones.

—Ven por mí. No me tendrás del todo hasta que lo hagas.

Empujo con más fuerza en su mano dejando que su pulgar me lleve a un frenesí. Me muerde el pezón y el éxtasis orgánico me atraviesa.

—Mierda —grito mientras mis dedos se clavan en su hombro y mis uñas dejan marcas de media luna en su piel.

Thomas saca su mano de mi cintura y se lame los dedos. Al verle saborear mi liberación, estoy casi lista para correrme de nuevo. Deseando saborearlo, lo empujo hacia atrás en su asiento y le bajo la cremallera de los pantalones. Quiero que me penetre todo lo que pueda.

Su polla está en mi boca antes de que tenga la oportunidad de darse cuenta de lo que estoy haciendo. Dejo que mis mejillas se ahuequen al chuparlo y lamo su polla.

—Sí, nena —gime mientras sus dedos se enredan en mi pelo.

Dejo que mi mandíbula se relaje intentando meterme en la boca todo lo que pueda. Utilizo mi mano para estimular lo que no cabe. Con la lengua, presiono hacia arriba y hacia abajo su polla dura como una roca mientras me muevo. Sus dedos se contraen contra mi cuero cabelludo cuando rozo ligeramente con mis dientes la cabeza de su virilidad.

—Con cuidado, cariño —gime, sé que le encanta cada minuto de esto.

Cuando la punta llega al fondo de mi garganta, hago un movimiento de deglución antes de sacarla del todo. Sus muslos están apretados bajo mí y la tensión es palpable. Vuelvo a deslizarme hacia abajo y esta vez su mano me agarra del pelo y tira de mí para que no continúe.

Me levanta y pega sus labios a los míos compartiendo la sal de su deseo y el almizcle del mío. Nuestro beso es salvaje y lleno de necesidad. Mis labios se sienten hinchados y calientes por haber bajado sobre él.

—Eso se siente demasiado bien. Tuve que detenerte antes de perder el control. Quiero sentirte alrededor de mi polla. —Acompaña cada palabra con duros besos en mis labios, mi cuello, mis pechos y cualquier otro lugar que pueda alcanzar.

Reclina su asiento hacia atrás y me pone encima de él. Me inclino y me quita la ropa,

arrancándome mi ropa interior. Thomas se coloca en mi entrada y yo me empalmo en su enorme erección emitiendo un suspiro de felicidad cuando me llena por completo.

Se desliza fácilmente dentro de mí, ya que mi boca lo ha preparado. Ambos nos detenemos cuando estoy completamente sentada sobre él, disfrutando del momento y mirándonos a los ojos.

—Móntame —me ordena mientras sus manos se extienden por mis caderas y me obligan a apretarme contra él.

Me deslizo hacia arriba y lo asfixio con mis pechos. Entiende la indirecta y empieza a chuparme los pezones como sabe que me vuelve loca. Las manos de Thomas me aprietan las caderas mientras empiezo a apretarle.

Siento su pulso dentro de mí y sé que está tan cerca como yo. Sus manos me mueven hacia arriba y hacia abajo necesitando su propia liberación. Le chupo el pecho y le muerdo los pezones como él me ha mordido los míos. El juego es justo, me digo.

Sus embestidas se vuelven más frenéticas. Nuestras bocas y manos están por todas partes lamando, chupando, mordiendo y arañando. Intentamos acercarnos aún más de lo que ya estamos. Thomas mueve un dedo entre nosotros para añadir más presión a mi clítoris.

Me aprieto contra su mano y su polla, dejando que la sensación aumente hasta ser insoportable. Estoy tan tensa que podría salir disparada hacia el cielo a este ritmo.

—Vamos —gruñe y me empuja más rápido.

Mis ojos se cierran y mis dedos se enroscan en él mientras oleadas de intenso placer recorren todas mis terminaciones nerviosas. Cada músculo se tensa mientras me enfrento a la enorme cantidad de placer. Siento que mis paredes se convulsionan alrededor de él.

Me obligo a abrir los ojos mientras Thomas se abalanza sobre mí con brutalidad, para poder montar la misma ola en la que estoy. Sus ojos se fijan en los míos mientras su mandíbula se aprieta y sé que se va a correr. Puedo sentir cómo se expande su polla antes de que la suelte. Mi cabeza choca con el techo del coche mientras me inclino hacia atrás y él se abalanza sobre mí.

Con los miembros flácidos, lo cabalgo con fuerza prolongando el orgasmo que aún me recorre, queriendo exprimir todo el placer que pueda darle.

Me asombra la cruda emoción de su rostro cuando siento que su polla salta dentro de mí y se libera. Sus dedos me marcan las caderas porque se aferra a ellas con fuerza, pero no me importa por el placer que me produce.

Me derrumbo sobre él y ambos intentamos recuperar el aliento. Su mano me acaricia la columna vertebral y mi cuerpo se estremece con las réplicas, mientras mi respiración empieza a ralentizarse. Hace frío en el coche, pero él me calienta y me siento segura.

Capítulo 9

Thomas

No había planeado tener sexo con ella cuando llegué al bar, pero Sophia es como mi talón de Aquiles, con su cuerpo sexy y sus dulces gemidos. Tengo que hablar con ella sobre el trato. No va a ser fácil contarle algo tan loco, y ahora, después de haber tenido sexo en su coche, no sé cómo empezar. Me sitúo en el asiento del copiloto y me doy cuenta de que está esperando que me vaya. Es lo que he hecho después de todos los demás encuentros, así que ¿por qué iba a esperar algo más de mí?

—¿Sophia? —Miro y la veo arreglándose el pelo en el espejo retrovisor, su concentración le hace morderse el labio. Está tarareando una canción que no reconozco, igual podría ser una canción de rap cursi con un ritmo genial. Y yo, todo lo que quiero hacer es meterme dentro de ella de nuevo.

—¿Sí, Thomas?

—Necesito hablar contigo. ¿Podemos ir a tu casa a hablar? —Mis propios nervios me hacen frotarme la nuca con las manos.

Ella deja de revolverse el pelo y se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres ir a mi casa?

—Sí, vivo con otras personas. No sería privado —le digo. Probablemente debería decirle que vivo con mis padres. Si acepta tener a mi bebé, tendré que ser sincero con ella y quizás mudarme a mi propia casa. Estoy bastante seguro de que cualquier hombre adulto que viva con sus padres probablemente pierda su encanto, no importa cuál sea la razón.

—Thomas, sé que vives en una mansión. No encontrarás mi apartamento ni siquiera un poco encantador —dice, y me doy cuenta de que habla en serio. ¿Tiene alguna razón para no querer que vea su casa?

—Sophia, no me importa si vives en una caja de cartón. Vámonos. —Estoy cansado y quiero terminar con esto.

—Vale, no quería hablarte de mi casa de cartón, pero estás a punto de adentrarte en mi mundo, amigo.

Se ríe y no estoy seguro de si está bromeando o no. Siento que debería saber si vive en una caja de cartón. Me siento aliviado cuando entramos en un complejo de apartamentos, pero ella se detiene y miro hacia arriba para ver por qué.

—Mierda —dice— hay paparazzis esperándome. Tienes que ir por detrás.

—No pasa nada si me ven. Tiene que ver con lo que quiero hablar contigo —le digo. El corazón me late muy rápido y me siento nervioso sentado en su coche. Cuando empecé a pensar en este plan no sabía que iba a estar tan nervioso al preguntarle. No todos los días le pido a una mujer que tenga mi bebé.

—Vale, pero esto va a ser extraño para mí, ¿te das cuenta?

—Sí, y lo siento. Camina con normalidad e ignóralos. El objetivo es fingir que no están ahí.

Ella refunfuña.

—Para ti es fácil decirlo. —Es muy amable y agarro su mano entre las mías apretándola suavemente de una forma que espero que la tranquilice mientras aparca.

Mientras aparcamos, me doy cuenta de que uno de los fotógrafos ve su coche. Esta vez están de enhorabuena, porque yo abro la puerta y salgo el primero, dando la vuelta para abrir su puerta. Nos dirigimos a la parte delantera del apartamento y dos fotógrafos más se unen al primero. Se empujan caminando hacia atrás para hacernos fotos.

A su favor, Sophia hace un gran trabajo al ignorarlos. Eso es hasta que uno grita:

—Camarera, ¿quién ha destruido tu apartamento?

Mi cara se calienta cuando veo que no saben su nombre. No está bien, sé que es mi culpa por arrastrarla a esto.

—Se llama Sophia, imbécil, apréndetelo —le digo al tipo. Hago una rápida comprobación para asegurarme de que ninguna de sus cámaras está grabando.

Sophia se ha detenido y se ha girado para preguntarle al tipo de la cámara qué quería decir, pero la agarro suavemente del brazo y ella toma el mío para que podamos seguir caminando hacia su casa. Hacen fotos mientras entramos y siguen gritando. Ya me ocuparé de las consecuencias más tarde, ahora solo quiero protegerla.

—Thomas, ¿vas a pasar la noche aquí? Thomas, ¿es mejor que Rosa? Thomas, ¿qué te parece el nuevo disco de Kanye? —No les contesto y espero que no sea la canción que Sophia estaba tarareando antes. Es una locura, no había nadie.

Les cierro la puerta en las narices mientras sigo escuchando el sonido de las cámaras.

—Sigo pensando que deberías haberte colado por detrás —dice mientras entra por la puerta principal—. Reconozco que no sé muy bien cómo va esto, pero me imagino que esas fotos estarán por todas partes mañana.

Observo su apartamento y, aunque no es una caja de cartón, definitivamente no es nada espectacular, pero no digo nada.

—Sí, y sé que suena extraño. Necesito hablarte de algo y al principio va a sonar raro.

Me doy cuenta de que se ha detenido y está de pie en medio de su apartamento. Por lo que puedo ver, los cuadros de la pared han sido rotos y tirados. Hay algunos platos rotos justo delante de ella en el suelo.

—Jesús —murmuro al ver la destrucción.

—Maldita sea. —Ella aprieta el bolso contra su pecho y respira profundamente.

—¿Qué está pasando Sophia? —le pregunto.

—Ese gilipollas me ha destrozado toda la casa. Debería haber sabido que los paparazzi lo decían por eso —dice. Me doy cuenta de que no me está escuchando mientras se adentra en el apartamento. Su apartamento es del tamaño de mi habitación y me sorprende que viva en un espacio tan pequeño.

Todas las cosas tiradas y la forma en que están apiladas en el suelo hacen que parezca mucho más pequeño.

Empieza a recoger las cosas y a moverlas, pero no parece hacer muchos progresos dándole vueltas a los objetos y volviéndolos a colocar en la pila. Tiene un aspecto derrotado. Finalmente, se da por vencida y va a buscar una cerveza a la nevera. Recojo algunas cosas del suelo y me dirijo a la zona del salón, que parece ser toda la parte delantera, y despejo el sofá.

—Te ayudaré a limpiarlo —le digo.

Ella no responde, pero sigue bebiendo la cerveza de un trago antes de dejarla en la encimera y limpiarse la boca con el brazo. Busca en el frigorífico y coge una segunda, que abre para beber

un trago. Decido darle un momento antes de preguntarle quién ha hecho esto. Una vez que se ha tomado la mitad de la cerveza, creo que ya ha pasado suficiente tiempo.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Es vergonzoso y no lo vas a entender. —Se pasa una mano por el pelo y empieza a caminar.

—Prueba —digo. Realmente quiero saber qué está pasando en su vida. Todavía me siento protector con ella.

—Hace unos cinco meses me iban a desahuciar. Llevaba tres meses de retraso en el alquiler debido a un desafortunado problema que había que arreglar en mi coche. —Se apoya en la pared y mira hacia abajo—. Le pedí prestado el dinero a alguien que no debía y ahora me acosa para que le devuelva el dinero y los intereses. Es como si, por mucho que le dé, nunca fuera suficiente.

El tipo suena como un usurero y no me gusta que ella haya estado lidiando con esto todo este tiempo y yo no lo haya sabido hasta ahora.

—Lo siento. Qué imbécil. Creo que lo que tengo que hablar contigo podría ayudarte con ese problema y algunas otras cosas.

—¿Necesito otra cerveza? —dice, ya terminando la segunda.

—Sí. Tráeme una a mí también por favor.

Una vez que trae las cervezas respiro profundamente. Creo que la mejor manera de contarle lo que está pasando es sacarlo todo. La respiración profunda no me ayuda, pero fuerzo las palabras.

—Voy a perder mi herencia si no tengo un bebé. Quiero pagarte para que tengas ese bebé para mí.

Mi corazón se ha acelerado aún más y espero para intentar adivinar lo que está pensando por la expresión de su cara. La respuesta que obtengo no es la que esperaba. Se ríe a carcajadas y se sujeta el estómago mientras se agacha. Es hermosa, pero entonces recuerdo que se está riendo de mi situación y me cabrea.

Espero a que se desahogue. Cuando se levanta limpiándose las lágrimas de los ojos, la miro tan seriamente como puedo.

—Sophia, hablo en serio —le digo, y doy un trago a mi cerveza dejando que asimile la información. Una parte de mí se siente insultada por que no se haya entusiasmado con la idea de tener a mi hijo.

Sigue riéndose durante un minuto, pero luego deja de hacerlo y se sienta en el sofá. La observo mientras da un trago a su cerveza y no sé qué pensar sobre cómo se está tomando esto.

—Quieres pagarme por tener un bebé. Ni siquiera entiendo por qué está pasando esto. —Sus manos se retuercen y yo las cubro con la palma de la mano.

—Créeme, yo tampoco lo entiendo, pero mi padre tiene la idea de regalarlo todo si no hago esto.

—¿Tan rico es? —Lo dice con el mismo nivel de disgusto que actualmente siento yo. Sí, mi padre tiene cubos de dinero y nos manipula a todos para conseguir lo que quiere.

—No haría esto solo por mí, pero le va a quitar el dinero a mi hermana pequeña. Mi madre y mi padre pueden prescindir de la riqueza, pero ella no se merece que se la quiten.

—¿Tienes una hermana? —me pregunta. Me sorprende que sea su primera pregunta.

—Sí. Se llama Dinah y si no lo resuelvo, mi padre nos va a repudiar a todos nosotros. A mi madre también, aunque creo que ella podría conseguir un trabajo.

Canturrea un momento pero no dice nada hasta que le doy un codazo con el hombro.

—¿Y bien? —le pregunto.

—Esto es una locura. ¿Qué dinero se paga por algo así? —Se queda con la boca abierta y pienso en los besos que me ha dado antes en el pecho y en cómo me la ha chupado. Gruñendo me acomodo en el sofá y le doy una cifra que me parece justa.

—Te doy quinientos mil dólares.

Ella escupe su cerveza y parte de ella salpica mis zapatos.

Parece avergonzada y se disculpa.

—Lo siento mucho, Thomas. Es tanto dinero que por un momento me asusté. Nada de esto parece real y desde que los paparazzis me acosan, todo parece un sueño extraño del que no puedo despertar.

—No pasa nada. Solo quiero que valga la pena para ti, yo me encargaré de todo este lío. —Hago un gesto a mi alrededor, hacia el desorden que la gente dejó en su casa—. Le pagaré con intereses y traeré aquí un equipo de limpieza, Sophia. No tendrás que preocuparte. —No quiero que tenga que pensar en nada más que en acoger a mi bebé dentro de su sexy cuerpo.

Empieza a decir algo y rompe a llorar. La veo correr hacia el baño, dejándome completamente confundido en cuanto a lo que he dicho para molestarla. Su apartamento es tan pequeño que la oigo hablar sola en el baño. Sigue llorando pero parece estar razonando algo. Me siento en silencio esperando a que salga, cuando esté lista para decirme si estoy loco o si esto es algo que realmente puede suceder. La necesito más de lo que ella me necesita a mí, pero tengo que convencerla de que vale la pena el riesgo.

El llanto de las mujeres me remueve. Quiero hacer lo que sea para que se sientan mejor. Sobre todo si me importan. Mi mente empieza a dar vueltas tratando de idear formas de mejorarlo todo. Esto es un territorio completamente desconocido para mí. Sé que lo que le estoy pidiendo no es algo vanal. Esto es algo enorme y no voy a tomar su decisión a la ligera.

Capítulo 10

Sophia

Me echo agua en la cara y me maldigo por haber llorado delante de Thomas. Solo quería que me viera como la chica sexy a la que le gustaba montárselo donde quisiera. Ahora me había convertido en la chica que hace que unos matones saqueen su apartamento porque no puede devolver el dinero, y es un desastre emocional. Lo achaco a mis hormonas y al hecho de que me va a bajar la regla. Estoy segura de que le encantará oírlo todo si vamos a hacer esta locura que me ha sugerido. Me imagino siendo llevada a todos los ginecólogos de primer nivel y haciendo que pinchen mi cuerpo para conseguir el espécimen perfecto. No sé si debería estar más disgustada u honrada de que me haya elegido.

Las lágrimas vinieron de saber que si solo tuviera un poco de dinero, el alivio sería mucho mayor. Era como música para mis oídos, pero está el asunto de tener que hacer crecer un ser humano dentro de mi cuerpo para él. Siempre he querido tener hijos, pero cuando estuviera felizmente casada con un sexy hombre de negocios que me comprara un cachorro maltés porque sí. He tenido una fantasía muy específica en mi cabeza sobre tener hijos durante mucho tiempo. Esta no es la fantasía, es como hacer un pedido a Amazon con una fecha de entrega concreta y no sé cómo sentirme al respecto.

Esto no es lo que me imaginaba. Los pros son obvios: me convierto en madre, tengo toneladas de sexo con Thomas y consigo todo ese dinero. Puedo pagar a los deudores y comprar un bonito lugar para el bebé y para mí. Mi madre se pondría furiosa si supiera que estoy pensando en que me paguen por tener un bebé, pero tendría que superarlo si decido hacerlo. Tiene opiniones sobre todo, y no necesito el estrés añadido de que piense mal de mí o de que haga algún comentario sarcástico que degrade todo lo que me gusta de Thomas.

Me agarro al lavabo y miro mi reflejo. Mis ojos están inyectados en sangre por todas las lágrimas, y quedan muy bien con mi ojo magullado, haciendo que los morados y los amarillos resalten. Realmente odio llorar, especialmente delante de la gente, pero sobre todo delante de Thomas. Esta es probablemente la mirada menos sexy que ha recibido de mí y no me hace ningún favor ni me hará ganar ningún concurso de belleza. Suspiro y ruedo los hombros para intentar aliviar parte de la tensión que se ha ido acumulando allí.

—¿Estás bien ahí dentro? —Thomas grita y yo aprieto los ojos. No puedo moverme del baño y tampoco puedo pedirle que se vaya con esta decisión rondando mi cabeza.

Así que ahora tengo que tomar una decisión. Esto es un gran problema. No estoy preparada para decir: «oh, claro, aquí está mi cuerpo. Úsalo todo lo que quieras». No soy de usar y tirar. Sería preocupante si él lo enfocara de esa manera. «Hola, muñeca, necesito tomar prestado tu cuerpo durante nueve meses, no te importa, ¿verdad?». A ver, está claro que me pagará generosamente. Ese dinero sería un salvavidas. Tengo que salir del baño ahora y hacerme cargo de esta situación.

«Puedo hacerlo», susurro a mi reflejo. Sin embargo, no importa cuántas veces me lo diga, todavía puedo ver la duda en mis ojos. «Tú puedes», me digo, intentando darme ánimos a mí

misma. Esto es algo que puedo hacer. Son solo unos meses de mi vida, menos de un año completo, y al final tendré unos buenos ahorros para el futuro.

Salgo del baño y lo encuentro todavía sentado en el sofá.

Respirando profundamente, empiezo la conversación.

—¿Cómo funcionaría?

Parece nervioso y doy un paso lento hacia delante situándome frente a él en el borde del sofá. Parece que quiere acercarse a mí, pero se contiene. Me gustaría que se estirara para cogerme. Sería mucho más tranquilizador que esto.

Se aclara la garganta.

—Te daré la mitad del dinero para la consumación y la otra mitad cuando tengas el bebé. Nos separaremos amistosamente después del acuerdo. Visitaré al bebé cuando sea apropiado y será tuyo.

—Entonces, ¿se acabó el sexo en lugares públicos? —Intento aligerar el ambiente y él se ríe.

—Oh, podemos seguir haciéndolo —dice sonriéndome.

—Bueno, no has huido de mis locos arrebatos emocionales. Eso probablemente es algo bueno, teniendo en cuenta que las mujeres embarazadas son lo peor —digo mientras me siento a su lado. Toma mi mano entre las suyas examinando mi palma.

Se mueve a mi lado hasta que me mira de frente.

—¿Por qué te has enfadado tanto? —Parece realmente preocupado, y siento una ligera opresión en el pecho. Alarga la mano y me la pone en el brazo. El movimiento parece tierno y cercano, pero dejo que se quede ahí.

—El dinero. No podía soportar el alivio que supondría pagarle. No tener que preocuparme de si había ganado suficientes propinas durante la noche. Era simplemente abrumador. Me golpeó todo a la vez, ¿sabes?

Quiero decir que hice una mala elección. Esta vez había confiado en la gente equivocada. Pero no lo digo. Es difícil admitir que me he equivocado.

Asiente con la cabeza.

—Entonces, ¿esto significa que lo harás?

Siento que me muevo en mi asiento y respiro.

—¿Puedo tomarme algo de tiempo? —Traer un hijo al mundo es una decisión enorme. Algunas personas lo hacen sin pensarlo dos veces, pero esto es diferente y lo que viene después del nacimiento podría ser aterrador, al estar completamente sola con él apareciendo cuando le apetezca. ¿Seré capaz de tener una relación? ¿Querría siquiera hacerlo?

—Por supuesto. ¿Qué tal si me das tu decisión el próximo domingo? Es una semana y puedes sopesar todos los pros y los contras. —Es generoso, pero es obvio que él es el ganador en esto, no importa cómo lo vea ahora.

—Ya hemos debutado en público. Lo que no te va a gustar es que las cámaras van a estar encima de esto.

—¿Ese fue nuestro debut? —Me molesta un poco que no me haya informado del plan al principio.

Se inclina y me abraza. Me siento extraña con que nos toquemos de una manera que no conduzca al sexo. Solo hemos sido una cosa para el otro. Ahora todo eso va a cambiar.

—Me voy a ir —dice Thomas sacándome de mis pensamientos—. Te dejaré hasta el domingo, para que puedas tomar tu decisión. —Nuestras manos se detienen hasta que finalmente me suelta.

Me besa la parte superior de la cabeza en otro gesto desconocido. Echa un vistazo a la habitación y al enorme desorden que ha dejado Sonny.

—¿Quieres que te ayude a limpiar?

Noto que sonrío.

—No, no te preocupes. Puedo encargarme de todo.

—¿Seguro?

No, quiero que te quedes aquí conmigo, pero no lo digo en voz alta.

—Sí. Lo prometo.

Me dedica una suave sonrisa antes de darse la vuelta y salir por la puerta de mi casa.

Miro a mi alrededor y veo el desorden que ese imbécil ha dejado en mi apartamento. Sonny no juega, pienso en lo bonito que será decirle aquí está todo tu dinero. Voy y trato de cerrar la puerta dándome cuenta que cuando entraron rompieron la cerradura. Deben haber abierto la puerta de una patada. Suspiro preguntándome si la silla de mi juego de comedor barato aguantará la puerta hasta que pueda arreglarla.

No me atrevería a presentar cargos porque estaría demasiado asustada. Apuesto a que el fotógrafo captó todo lo que sucedió. Mi casero va a querer presentar cargos. Eso es algo que intentaré evitar y probablemente me costará un ojo de la cara.

Contemplo la posibilidad de darme un baño después de intentar limpiar un rato. Alguien se acerca a mi puerta y se me erizan los pelos de la nuca. Miro a mi alrededor en busca de algo que pueda usar como arma si lo necesito. No hay mucho donde elegir. Finalmente, cojo la escoba y la pongo delante de mí.

El tipo es joven y está bien afeitado. Lleva un pantalón caqui y un polo verde que dice *Luck's Locksmith*. Suelto la respiración ansiosa que había estado conteniendo porque parece bastante inofensivo, teniendo en cuenta la semana que he tenido.

—Vengo a arreglar tu puerta y a poner un cerrojo —dice, y se pone a trabajar en la puerta.

Me quedo confundida con la boca abierta y aún sosteniendo la escoba. Me mira y levanta una ceja.

—El señor Henry me ha enviado a arreglarla. Todo está pagado y no me llevará mucho tiempo. Puedes dedicarte a tus asuntos.

¿Ha enviado a un cerrajero y le ha pagado?

Es muy considerado por su parte y no es para nada insultante. Entonces, ¿por qué siento que mis mejillas se calientan y mis manos se cierran en puños? Porque cree que no puedo ocuparme de ello. Cree que soy una chica indefensa.

No, calmo la rabia. Se preocupa por mi seguridad y de eso se trata. Está protegiendo del peligro a su posible mamá y eso está bien. Satisfecha de que esto es algo bueno, me pongo a limpiar y decido que me bañaré cuando se haya ido y la puerta esté bien cerrada.

Cuando Sonny me amenazó pensé que era una broma. Estoy un poco sorprendida de ver lo equivocada que estaba. Dijo que iría a por mí si me retrasaba en los pagos, y ahora tengo que vigilar mi espalda. Al menos podré dormir esta noche con la puerta cerrada.

Tengo toda una semana para pensarlo, pero si la paz que siento ahora es la que me dará el dinero, entonces ya he tomado mi decisión. No quiero tener que vivir mi vida mirando constantemente por encima del hombro, y ahora mismo Thomas Henry es la respuesta para resolver todos mis problemas.

Me meto en la cama después de ordenar algunas de mis cosas, agradeciendo no tener nada que valga mucho dinero. Todo lo que hay en mi apartamento es reemplazable y ahora tendré los

medios para reemplazarlo.

El golpe en la puerta que me despierta es fuerte y rápido. No puedo imaginar quién puede estar aquí a estas horas. Miro el reloj y me doy cuenta de que he dormido hasta casi las once, cosa que nunca ocurre. El cuerpo me duele más que los años que tengo y gimoteo tratando de incorporarme en la cama. ¿Tenía que levantarme para un turno temprano?

Vuelven a llamar a la puerta y una alegre voz de mujer grita desde el otro lado de la puerta:

—¿Hola?

Inmediatamente me dan ganas de apuñalarla con un tenedor simplemente por su vivacidad. Nadie tiene derecho a ser tan alegre tan temprano.

—¿Puedo ayudarle? —pregunto, aclarándome la carraspera.

Su respuesta es brillante y burbujeante, haciéndome gemir.

—Criadas felices.

¿Felices qué? Cierro los ojos y los vuelvo a abrir.

—Lo siento, ¿has dicho «criadas felices»? —Debería tener resaca, Jesús, debería tener resaca por la cerveza de anoche, pero es más bien por el torbellino, apodado de otro modo, el maldito Thomas Henry, que ha usurpado mi mundo.

—Sí, señora.

Demasiado cansada para quedarme ahí discutiendo con mi puerta, giro las nuevas cerraduras y tiro de la puerta para abrirla.

Al otro lado de la puerta, encuentro a dos mujeres de pie con pequeños vestidos blancos abotonados. Llevan un carrito con artículos de limpieza y un gran plumero morado. Sigo confundida.

—Estamos aquí para poner orden, querida. Sigue con tu día —dice la de delante mientras entra en mi casa como si fuera la dueña del lugar. Frunce el ceño al ver la situación. La otra hace un gesto y mete los escombros del montón que hay en el suelo en una gran bolsa de basura negra.

—¿Os ha llamado Thomas Henry? —le pregunto.

Ella asiente con la cabeza. Ya está mullendo los cojines del sofá y colocando montones de objetos sobre la mesa para que los clasifique. La otra mujer desaparece en la cocina. Pronto oigo correr el agua y revolver los platos.

Lo único que puedo hacer es quedarme de pie y sacudir la cabeza. No puedo creer a este hombre. Si el diablo viste de Prada, los ángeles deben llevar Gucci, porque Thomas es sin duda mi ángel de la guarda.

¿Cómo he tenido tanta suerte? Quiero decir que técnicamente ni siquiera estamos juntos y él está haciendo todas estas cosas bonitas por mí. También es un poco incómodo. Estoy dejando que estas mujeres hagan algo que podría hacer yo misma.

Realmente no sé qué hacer. Las criadas van de un lado a otro recogiendo cosas que se me han pasado y limpiando mi pequeño espacio. Intento ayudar, pero se limitan a apartarme como si estuviera en el medio, en mi propia casa.

Finalmente, para quitarme de en medio, voy a mi habitación y me meto en la cama con mi portátil. Empiezo a buscar historias de embarazos para ver cómo se siente la gente cuando se queda embarazada. Cometo el error de buscar en Google sobre partos y acabo viendo la peor película de terror de la historia: una mujer dando a luz. Se me revuelve el estómago. Eso no puede... Quiero decir que no podría... ¿cómo demonios se recupera alguien de algo así? Mi cuerpo no podría hacer eso. ¿Podría hacerlo?

Cierro el ordenador e intento quitarme la imagen de la cabeza, pero estoy bastante segura de

que esa imagen se ha grabado para siempre en mi cerebro, junto con mi deseo de no volver a comer una sandía.

Capítulo 11

Thomas

He estado en vilo esperando la respuesta de Sophia. De su respuesta depende en gran medida mi propio futuro. Me he paseado tanto por la alfombra del dormitorio que he hecho hasta marcas en ella, hasta el punto de que el personal de limpieza se ha ofrecido a sustituirla. Sin embargo, solo es sábado y le había dado una semana entera. He evitado todos mis lugares habituales pensando que podría ponerse en contacto conmigo antes y sacarme de mi miseria, pero no ha habido suerte. Una vez que llegó el martes, me estaba volviendo demasiado loco y decidí hacer algo. Llamé a un amigo del máster para ver si podía conseguir algunas entrevistas de trabajo. No tenía ni una pizca de experiencia laboral, pero él parecía pensar que no me iba a perjudicar el hecho de no tener experiencia, por mi nombre y mi educación. Por una vez, mi nombre está dando sus frutos.

Este era mi plan de contingencia. Si por alguna razón mi padre cambia de opinión o Sophia no puede quedarse embarazada, tener mi propio dinero me ayudará. No mantendrá a Dinah en su lujosa escuela con ponis y fiestas ni a mi madre feliz solo con sus perros, pero es un comienzo.

Me concertaron dos entrevistas de inmediato. Una el martes por la tarde y otra el miércoles. Al parecer, en cuanto mencionó que estaba buscando, esas dos empresas se lanzaron a por mí con ofertas que serían difíciles de rechazar. Pensé que las entrevistas habían ido bien y que parecían realmente interesados en mí. Baxter y Church me dijeron que el tipo al que iba a sustituir tenía un despacho con unas vistas espectaculares, una secretaria personal y un becario que sería mi asistente personal si conseguía el trabajo. En todo caso, el trabajo me mantendría en el camino correcto para asegurar mi futuro.

Hoy es sábado y he bajado a buscar algo para comer. Mi madre tuvo ayer un club de lectura y aún quedan panecillos y crema de queso. Ojeo las noticias en mi teléfono mientras me como dos y tomo café. Todos siguen durmiendo y son casi las diez de la mañana. Después de haber estado trabajando toda la semana para mantener mi mente alejada de Sophia, empiezo a ver a los demás bajo una nueva luz. No sé si podría volver a dormir más allá de las diez o pasar la noche fuera hasta recibir la llamada. La responsabilidad me pisa los talones como un amante celoso al que no puedo apaciguar.

Mi teléfono empieza a sonar con el número de John Baxter. Su oferta de trabajo es la que realmente espero, pero no pensé que me responderían tan pronto ni durante el fin de semana. Me trago el último bocado de panecillo y contesto.

—Thomas Henry —digo, y empiezo inmediatamente a pasearme detrás de la mesa de la cocina.

—Hola Thomas, soy John. Escucha, nos ha encantado conocerte y creemos que encajarías bien como uno de nuestros directores de marketing. Si puedes empezar el lunes, para nosotros sería perfecto. —Me cuenta un poco más sobre el trabajo y sus expectativas, pero dejé de escuchar justo después de la oferta. Lo necesitaba con urgencia y ahora tengo una parte de mi lista completada. Termina y me doy cuenta de que está esperando mi respuesta. Ese panecillo

quiere repetirse en mi garganta y me lo trago.

—Es una gran noticia, no puedo esperar. No puedo creer que estés trabajando un sábado. Ustedes no paran.

—Hay que perseguir siempre el sueño, pequeño —dice.

—Nos vemos el lunes. —Cuelgo y y hago un gesto de victoria con el puño. La emoción me invade y miro el teléfono con ganas de marcar a Sophia y decírselo. ¿Es raro que sea a ella a quien quiera llamar primero para contar este tipo de noticias? Este es el comienzo de llegar a algún sitio en la vida. Nunca podré ganar el dinero necesario para mantener a mi hermana en la escuela, pero si lo de Sophia fracasa quizá pueda ayudarla a seguir con el estilo de vida que lleva.

Sin embargo, si tengo que depender solo de estos ingresos, mi madre tendrá que convertirse en una aficionada a la acampada o encontrar un viejo con pasta. Ese pensamiento me hace volver a sentarme a la mesa. Nunca había pensado en mi madre como una mujer codiciosa, pero ahora me pregunto si se plantearía dejar a mi padre si el dinero ya no estuviera a su disposición. Seguramente, ella lo amaba. El malestar se apodera de mi estómago.

Por supuesto, Rosa había dicho que me quería. Había dicho que estaríamos juntos para siempre. Incluso había contemplado la posibilidad de ponerle un anillo y luego había encontrado a otro, así que a quién se puede creer.

—Hola, ¿qué haces? —alzo la vista para ver a Julia entrando en la cocina con Pepper bajo el brazo.

—Acabo de comerme unos panecillos, ¡y tengo un trabajo! —grito esta última parte.

Ella levanta una ceja ante mi entusiasmo.

—¿Qué tipo de trabajo vas a hacer? —Supongo que me equivoqué al pensar que alguien de este entorno se entusiasmaría por mí y por el esfuerzo que estoy haciendo.

—Director de marketing para Baxter y Church. Jiji, alégrate por mí. —Realmente espero que este trabajo sea al menos el comienzo de mi mudanza. Puede que Julia no sea mi persona favorita, pero espero que esta noticia sea algo bueno.

Las comisuras de su boca se levantan cuando escucha mi apodo para ella. Hay un pequeño rubor en sus mejillas. He deseado muchas veces enamorarme de ella, pero siempre la veré como mi mejor amiga y me esfuerzo para que ella lo sepa.

—¿Por qué vienes a vigilar a sus perros? Ella está literalmente arriba ahora mismo —le pregunto.

Ella pone a Pepper en el suelo y él corre a la otra habitación ladrando a la nada.

—Si crees que tus padres son demasiado, deberías estar en la casa de los Sugarman últimamente. Mi madre ha estado preguntando por qué no has venido desde hace tiempo.

Pongo los ojos en blanco, seguramente sus padres se preguntan por qué no he puesto un anillo en el dedo de Julia, pero no podía. Son buenas personas, pero no sentía atracción por Julia como debería. No podía hacerle eso a ella.

—¿Qué hay de malo en Frank y Carla? —pregunté. Siempre me gustó ir a la casa de Julia cuando éramos más jóvenes. Era un gran escape de mi casa y de todas las cosas que mis padres esperaban de mí cuando era pequeño.

—Carla se ha vuelto más dependiente de sus píldoras de Viagra y Frank no se da cuenta. Literalmente no hace nada más que sentarse en su silla y gemir ante la televisión. Ya no me siento cómoda en casa.

Me doy cuenta de que quiere hablar más, pero mi teléfono vuelve a sonar con el número de Sophia. Sin pensarlo, levanto la mano para que no diga nada más. No quiero ser grosero, pero

podría ser la madre de mi bebé. Es un pensamiento embriagador que no puedo dejar pasar y no quiero hacer esto con Julia y sus ojos de cachorro triste mirándome.

—Tengo que coger esto Julia, espera. —Me alejo de ella—. Hola Sophia.

—Hola, Thomas. No quiero hacer de esto algo incómodo y prolongado. Estoy a punto de ir a trabajar, pero tengo que decirte que he decidido tener tu bebé. Envíame los, umm, los detalles de cómo tiene que ser todo para que vaya bien. —No parece ser ella misma, pero estoy tan aliviado de escucharla que no investigo más. Tenemos tiempo para resolver esos otros detalles y estoy muy contento de que vayamos a hacer que esto funcione.

—Es una gran noticia Soph, me alegro mucho. Hablaré contigo pronto.

—Bien, entonces será mejor que me vaya. —Cuelga y me deja con el teléfono en la mano, mirándolo un segundo antes de dar otro golpe con el puño al aire. Hoy es un día de bandera. Todo está saliendo como yo quiero.

—¿Quién era? —pregunta Julia mientras se mete un poco de pan en la boca y repite mi movimiento de bombeo de puño. No estoy seguro de si está siendo sarcástica, pero estoy demasiado extasiado como para pensar en ello.

Es el momento de empezar a actuar y Julia me conoce mejor que nadie. Si ella se cree la mentira, entonces soy de oro.

—Mi novia —digo sonriendo y sirviéndome más café, mientras me giro y miro a Julia fijamente a los ojos.

—Tu novia —dice con el panecillo en la boca. Parece que preferiría atragantarse con él, pero es algo a lo que tendrá que acostumbrarse.

—¿Sabes qué sería divertido? Tú y Mason deberíais salir con Sophia y conmigo. Sería una divertida cita doble. A él le encantaría y creo que tú lo disfrutarías. —Puse el suficiente entusiasmo en mi voz.

—No, gracias, paso —dice Julia. Se mete el resto del bollo en la boca y se va. Me pregunto cuántas veces vendrá a cuidar a los perros de mi madre después de esta noticia.

Le envío un mensaje a Sophia porque no puedo esperar:

«Te recogeré mañana para una buena cena y luego iremos a un hotel y conseguiremos una suite. Voy a cenar con mi pequeña mamá.»

Miro las palabras «pequeña mamá» durante mucho tiempo e intento imaginar todas las formas en las que mi vida va a cambiar.

Sophia no me devuelve el mensaje durante un tiempo, y para entonces ya tengo reservado el mejor hotel con champán y fresas en su suite nupcial esperándonos. Veo que el teléfono se ilumina con puntos como si ella estuviera escribiendo algo profundo, pero nunca llega. Es una mujer de pocas palabras cuando por fin me responde con un «Suena genial».

Tendré que emocionarme por los dos cuando suba corriendo las escaleras y saque mi mejor traje para recogerla.

Capítulo 12

Sophia

Casi me muero cuando salgo y veo que Thomas ha aparecido en una limusina para recogerme. Es elegante, negra, llamativa, y nunca había estado dentro de una. Recuerdo que cuando fui al baile de graduación, mi cita y yo no pudimos reunir esa cantidad de dinero ni siquiera juntándonos un grupo de amigos, así que nos las arreglamos con los coches de nuestros padres, y un toque de queda a medianoche nos llevó a casa antes de que pudiera ocurrir algo demasiado sexy. Hay muchas cámaras fuera de mi apartamento y el constante parpadeo de flashes me hace sentir que voy a tener un ataque. Extiendo las manos para tranquilizarme y estoy segura de que parezco ridícula. Intenté arreglarme mucho, pero ahora estoy completamente acomplexada por todo lo que llevo puesto. A pesar de que este vestido costó una fortuna que no tengo, me siento como una modelo de la revista *Target*, con una prenda del estante de liquidación, en comparación con su traje y el coche de lujo. *Target* está bien si quieres pizza y un polvo, pero creo que Thomas es más del tipo de caviar y Chanel. Después de todo, prometió cortejarme.

Sale del coche y me mira. Llevo un vestido rosado ceñido a la cintura con un cinturón negro de Rosa. Mis tacones son demasiado altos, pero él sigue siendo más alto. Me he recogido el pelo en trenzas a un lado. El vestido cuesta más de lo que podría ganar en el bar en un mes, pero él me abrió una cuenta en tres grandes almacenes e hizo que su nueva asistente me enviara los nombres por mensaje de texto. Al final le dije que eligiera ella algo, porque no podía decidirme, pero le dije que no se volviera loca. Estoy bastante segura de que sin un límite específico se volvió loca y esto es con lo que terminé.

En serio, es como vivir en un cuento de hadas. Me siento como si estuviera viviendo en la vida de otra persona en este momento.

—Estás preciosa Sophia, no puedo esperar a pasar esta noche contigo. —Me siento incómoda con él mirándome como si fuera un trozo de carne, porque en cierto modo lo soy. Ahora mismo soy una fabricante de bebés de primera categoría.

—No has reparado en gastos, ¿verdad? —Dejo escapar una risita nerviosa y me echo el pelo hacia atrás.

—Pensé que si íbamos a hacer un bebé, deberíamos hacerlo con estilo. Quiero decir que sería una historia mejor que si lo hiciéramos en el baño de un bar.

La forma en que lo dijo rebajaba nuestros anteriores encuentros y mis sentimientos estaban un poco heridos. Tenía razón, pero mi vergüenza no me permitió tomar sus palabras a la ligera.

—Espero que nunca hables de la concepción donde quiera que sea. No quiero ni pensar en mis padres juntos. —Se aparta y me invita a subir al coche para comenzar el silencioso viaje al restaurante.

No soy capaz de comer mucho en la cena. La comida es increíble y el ambiente también. Es uno de los restaurantes más caros y exclusivos a los que podríamos ir, pero no me apetece.

No sé si estoy nerviosa, pero me preocupa que si como demasiado no me dé tiempo a hacer la digestión antes del sexo. Finalmente, decido que necesito energía y me ventilo la mitad de la

pasta. Me paga para que lleve a su bebé, no para que me preocupe por lo hinchada que me pueda sentir después de una comida de carbohidratos.

—¿Has comido suficiente? —me pregunta Thomas cuando volvemos a la limusina. Su mano se desvía hacia mi espalda guiándome y su tacto me produce un escalofrío. Me parece un gesto cariñoso. No es algo que espere de él. Me pregunto qué otras sorpresas me tiene preparadas para hoy.

—Mucho. ¿Dónde nos vamos a alojar?

—He reservado un hotel que tiene las mejores suites. Nuestra habitación tiene una piscina dentro de ella. Creo que te impresionará.

—¿Es eso lo que intentas hacer? ¿Impresionarme? —Sale más sarcástico de lo que quiero decir. Está intentando hacer lo correcto por mí y por esta situación, pero no puedo evitar sentirme hastiada. Esto no es amor. Nuestro bebé, mi bebé, no está siendo concebido por dos padres que planean permanecer juntos. Estamos haciendo esto por dinero.

—Bueno, solo quiero demostrarte que te cuidaré, ya que estás haciendo algo tan maravilloso por mí.

—Lo sé, pero me estás pagando. No tienes que hacer todo esto. Es casi como si te gustara. — Levanto el hombro y él rehúye.

—Claro que me gustas, Sophia. ¿Hace cuánto tiempo que nos divertimos juntos? Eres la mejor persona para esto porque no te atas a tus sentimientos. Sabes lo que te gusta y vas a por ello. —Debería ser un cumplido, pero no puedo dejar de pensar en lo despiadado que suena.

Pienso en esto mientras nos detenemos frente al hotel. *The Regional*. El exterior es precioso, con grandes fuentes y pilares dorados. Me siento como si hubiéramos viajado a Las Vegas y estuviéramos en el Strip. Si el Strip fuera más elegante y respetable, sería este.

—Esto es precioso —digo y empiezo a salir, cuando me doy cuenta de las cámaras. Están alineadas a lo largo de la calle del hotel. Había algunas frente al restaurante. Me había dado cuenta de ellas, pero no me había molestado, probablemente porque Thomas me había estado protegiendo y guiando desde la mesa hasta el coche. La mayoría de los destellos cegadores habían sido fuera de mi apartamento, pero ahora esto era el doble.

Nos registra mientras yo me quedo en una esquina con aspecto recatado. Espero parecer recatada de todos modos. De lo contrario, parecería un escándalo. Dios, ¿y si piensan que soy una prostituta? Intento evitar la mirada de cualquier empleado detrás del mostrador o del botones, que está cerca.

Por suerte, él me rescata de mí misma y se acerca para guiarme hasta el ascensor. Subimos a la última planta. Cuando abre la puerta de nuestra habitación, se me corta la respiración. Es enorme. La habitación es más grande que cualquier casa o apartamento en el que haya vivido. Entro y miro a mi alrededor.

—¿Dónde te gustaría hacer nuestro primer intento? Tenemos la piscina, el jacuzzi, la ducha, la cama, el suelo, contra la ventana. Escoge. —Da una palmada para llamar mi atención y me cuesta entrar en el ambiente. Claro, él es sexy y sí, me gusta, pero una vez que esté dentro de mí sin protección, empieza la cuenta atrás para este bebé.

Mi estómago se agita y me pongo la mano sobre él para calmarlo. Por muy poco que haya comido sigo teniendo el estómago nervioso.

—Quizá deberíamos alejarnos del agua. Ya sabes, para asegurarnos de que nada... bueno, para que no se lave. —Aprieto los ojos para deshacerme de los pensamientos.

Thomas se ríe y me atrae hacia su duro cuerpo. Le sonrío pero aún no puedo luchar contra los

nervios.

—Oye, somos nosotros. No es que no hayamos hecho esto antes. —Me levanta la barbilla para que tenga que mirarle.

Las ganas de salir corriendo se apoderan de mí hasta que me concentro en su cara. Un rostro que he memorizado dentro y fuera de la pasión. Un rostro que se va a mezclar con el mío para formar un pequeño humano que se va a convertir en el centro de mi mundo.

Respiro profundamente y decido ser sincera con él. Es algo que voy a tener que hacer durante los próximos dieciocho años, así que mejor empezar ahora.

—Sé que es estúpido sentirse incómoda. No es que no hayamos hecho esto antes. —Definitivamente ya lo hemos hecho antes y dejo de lado la ansiedad, concentrándome en sus ojos, en el relieve de su barbilla y en la sonrisa que curva su boca.

Sus manos acarician mi cara.

—Y lo hacemos bien.

Me río sabiendo que eso es lo que busca.

—Es que es una decisión enorme y ni siquiera sé si podré disfrutarla sabiendo lo que estamos haciendo.

—Reto aceptado —gruñe Thomas mientras me levanta y me lleva al dormitorio. Grito por el inesperado movimiento y su mano golpea ligeramente mi culo calentando la carne.

Puedo echar un vistazo rápido a la habitación blanca con toques modernos de gris y rojo, antes de rebotar en la cama. No tengo que esperar mucho porque se quita la corbata y se abalanza sobre mí.

Mis pezones chocan contra mi sujetador mientras los labios de Thomas se deslizan por mi cuello, lo que me pone cachonda. Sus manos suben por el costado de mi cuerpo encendiéndolo con su tacto. Necesito esto de él. Necesito olvidar por qué lo estamos haciendo y dejarme llevar.

Un escalofrío me recorre cuando me roza ligeramente los pezones endurecidos.

—Llevas demasiada ropa. Nunca te he visto completamente desnuda y eso va a cambiar ahora.

Sus manos me suben pacientemente el vestido hasta las caderas mientras me mira las piernas. Sus grandes manos sueltan mi vestido y rozan mis pantorrillas, rozando mis rodillas, y apenas rozando mis muslos. Mis zapatos caen al suelo a la velocidad del rayo.

Cuando sus pulgares empujan mi empeine, no me importa el vergonzoso gemido que sale del fondo de mi garganta. Se toma su tiempo para masajear ambos pies hasta que la tensión desaparece. Sube lentamente por mis piernas y me presiona las pantorrillas. Mis músculos se vuelven líquidos cuando los moldea con sus manos.

Cuando llega al interior de mis muslos, soy un charco de necesidad. Me sube el vestido hasta que se me pega a la parte inferior de los pechos. Me inclino con las pocas fuerzas que me quedan mientras me quita el resto de la ropa. El aire de la habitación me hiela y quiero que se dé prisa en cubrirme con su cuerpo.

Totalmente desnudo, Thomas me estudia mientras una pequeña sonrisa se dibuja en los lados de su boca. Deja que la palma de su mano se mueva sobre mi estómago y sus dedos se arrastran por detrás. Su cabeza baja y yo jadeo cuando su lengua rodea mi ombligo.

Me estremezco cuando me separa las piernas y me lame una zona caliente en mi deseada humedad.

—Sabes tan bien —gime antes de separar mis labios con su lengua y sumergirse en ellos.

Para ser alguien que se tomó su tiempo para desnudarme, ahora tiene prisa. Su lengua y sus

dedos me ponen a cien y, cuando me corro, lo único que consigo es un grito silencioso, moviendo la cabeza de un lado a otro sobre la cama.

Thomas me besa por todo el cuerpo y encuentra puntos que no sabía que existían. Siento la punta roma de la erección de Thomas antes de que me penetre suavemente. Estoy tan mojada que no hay resistencia mientras me llena completamente, tocando fondo. Sus pelotas golpean ligeramente mi culo y muevo las caderas hacia arriba para que se aloje más profundamente en mi interior. Los dos nos detenemos porque nos sentimos bien. Por el momento no estamos haciendo un bebé. No hay ningún contrato. Solo nos sentimos el uno al otro y encontramos la pasión y el placer juntos. Podría quedarme así toda la eternidad con él si las circunstancias fueran diferentes.

Cuando Thomas se queda paralizado, tomo el control. El orgasmo que me ha proporcionado su lengua me hace sentir la necesidad de otro. Mis caderas se agitan contra él y por fin despierta de su estupor. Se convierte en un hombre con una misión y no se lo niego.

Me agarra de las caderas y me levanta con él. La emoción de sentir el poder de sus manos mientras me agarra por el culo me lleva a otro estallido de energía. Las caderas de Thomas se abren paso dentro de mí sin detener sus empujones y yo no quiero que lo haga. Nuestra piel se golpea de forma mecánica mientras su polla se hunde.

—Más —le grito mientras recibo cada empujón, cubriendo su polla con mi excitación.

El golpeteo de nuestra piel es un sonido erótico y me estremezco mientras me corro alrededor de él. Thomas da tres empujones más. Me asombra ver cómo su cara se contorsiona de placer. Su boca se redondea en una O silenciosa y mi boca se convierte en labios sueltos queriendo decirle cosas dulces que no debería. Me muerdo el labio para guardarme esos secretos.

Nunca había sido tan consciente de que alguien encontraba su final dentro de mí. Los nervios que se habían desvanecido mientras chocábamos en nuestro sensual baile vuelven a aparecer a toda velocidad.

—Por los sonidos que acabas de hacer supongo que lo has disfrutado. —Thomas se tumba en la cama y me lleva con él para que quede pegada a su lado. Mi cabeza se apoya en su corazón, que late erráticamente.

Le pellizco el pezón burlonamente.

—O simplemente soy un buen actor.

Thomas se ríe a mi lado y yo sonrío mientras el intenso sonido masculino me envuelve.

—Iba a tomarme mi tiempo contigo, pero verte desnuda y saborearte me ha hecho romper mi determinación —admite Thomas mientras me acaricia el pelo.

—Me gusta cuando pierdes el control. —Me imagino que como él admite cosas, yo también puedo hacerlo.

Frunzo el ceño y le miro. Sus ojos estaban medio cerrados mientras se relajaba sobre su espalda.

—Ya sabes. No me has besado.

Mira hacia abajo y parece sorprenderse por mi observación.

—Tienes razón.

—Bueno, ¿qué vas a hacer al respecto? —le incito.

Cuando estoy con Thomas me siento más aliviada. Tiene la capacidad de tranquilizarme en las situaciones más oscuras.

Thomas se lleva la mano a la barbilla como si estuviera sumido en sus pensamientos. Intento no reírme. Acerca sus labios a los míos y me besa hasta que ambos nos quedamos sin aliento. Nuestras manos se mueven lentamente al principio, pero pronto se vuelven tan insistentes como

nuestro beso. Cuando Thomas me atrae hacia él y me penetra, somos tan apasionados como la última vez. Intenta ir despacio, pero no le dejo.

Como no quiero que Thomas vaya más despacio, cierro mis piernas alrededor de sus caderas y clavo mis talones en sus nalgas para mantenerlo cerca de mí. Los dos nos liberamos al mismo tiempo. Gemimos y jadeamos mientras nos desplomamos en la cama y caemos en un profundo sueño. Es la mayor paz que he sentido en mucho, mucho tiempo. No se trata del dinero, sino del consuelo que me da cuando lo necesito.

Me despierto enredada en los brazos y las piernas de Thomas. Lo estudio en la habitación, que está totalmente iluminada. Su pelo tiene una forma extraña de alisarse cuando está dormido, y su cara parece más juvenil y menos preocupada que últimamente. Intento no mover ni un músculo para prolongar este tiempo juntos. Anoche nos despertamos con menos frenesí. Thomas se deslizó dentro de mí y lentamente alcanzamos juntos nuestro punto álgido, cayendo rápidamente en el sueño con su miembro aún dentro de mí.

Alargo la mano para tocar la barba de la barbilla de Thomas, pero me detengo antes de conectar con él. Tengo que tener cuidado para asegurarme de no desarrollar ningún sentimiento por Thomas que altere mi vida. Me importa y quiero a nuestro bebé, pero no puedo permitir que me haga daño cuando me deje.

Vamos a estar juntos durante mucho tiempo si somos capaces de hacer un bebé. Aunque Thomas haga esto por dinero, él seguirá siendo parte de mi vida y enamorarse de él de cualquier manera sería una estupidez.

Podría estar ya embarazada. La realidad empieza a derrumbarse mientras me meto en la enorme ducha de mármol. Ya no hay vuelta atrás.

Las cinco alcachofas de la ducha hacen magia en mis músculos, que se han ejercitado toda la noche. Un par de brazos rodean mi frente y siento la ansiosa polla de Thomas empujando mi espalda. Mis palmas conectan con las frías paredes de azulejos y él separa mis piernas para deslizarse entre ellas.

Su voz matutina es más sexy de lo que debería permitirse.

—¿Por qué no me has despertado?

—Me imaginé que te había cansado —le digo mientras me doy la vuelta entre sus brazos.

Nuestros labios chocan y, antes de que me dé cuenta, Thomas me tiene pegada al lado de la ducha. Mis piernas lo rodean y cuando entra en mí, nuestro beso se vuelve animal. Bajo el agua, Thomas me empuja hasta llevarme al olvido. Mi espalda se llenará de moratones, pero no me importa.

Cuando me corro, le muerdo el hombro y me dejo llevar por el placer que solo Thomas puede proporcionarme. Me deslizo por su cuerpo y él me ayuda a lavarme. No hablamos mucho mientras nos preparamos para enfrentarnos al mundo exterior.

—Te recogeré después del trabajo. ¿A las dos y media?

Me sobresalto ante las palabras de Thomas que me sacan de mi pequeño mundo.

Después de todo, ¿qué le dices al hombre empeñado en dejarte embarazada por quinientos mil dólares?

—Oh, no he terminado contigo.

—¿Otra vez? —digo con voz ronca, aunque ya estoy deseando que esté dentro de mí inmediatamente. No es que sea una flor tímida, pero pensé que él querría más distancia entre nosotros, como nuestro acuerdo anterior.

—No creas que no voy a aprovechar esto, Sophia. Hasta que sepa que estás embarazada,

estaré dentro de ti todo lo que pueda. —Thomas se acercó a mí y me besó profundamente. Mi núcleo se aprieta, y probablemente lanza su semilla más arriba en mi cuerpo. Una parte de mí espera que tarde mucho tiempo en dejarme embarazada porque podría acostumbrarme a Thomas Henry con regularidad—. Voy a llevarte a casa para que puedas descansar. Tenemos mucho que hacer esta noche. —Thomas cogió nuestras maletas con una mano y mi mano con la otra mientras me sacaba de la habitación del hotel.

Miré hacia atrás por última vez viendo el lugar más bonito en el que había estado y preguntándome si este sería el último de sus comportamientos caballerescos.

Capítulo 13

Thomas

No me voy a quejar de estar dos meses teniendo sexo con Sophia. Sin duda, lo hemos tenido un poco más convencional de lo que nos gustaba, pero es un proceso. Hemos pasado de los buenos hoteles a encontrarnos en su nuevo apartamento. El que estaba viviendo no era aceptable ni para ella ni para mí. La ayudé a encontrar un lugar estupendo que fuera más seguro y que tuviera una puerta para que los fotógrafos no puedan entrar a molestarla. Estaba un poco reticente a dejar su antigua casa.

—Siento que me estoy aprovechando de tu generosidad. Ya me estás dando demasiado —me dijo cuando le mostré las fotos que había tomado del lugar.

—Tonterías —le respondí—. Esto es algo que te mereces.

Finalmente cedió y se mudó al apartamento la semana pasada. Hice que una empresa de mudanzas lo hiciera todo por ella y le abrí algunas cuentas en tiendas cercanas.

Necesitaba sentir que ella estaba segura mientras yo tenía que estar en algún lugar todos los días. En cualquier momento podría estar llevando a mi pequeño heredero. Mi trabajo consiste principalmente en que los chicos que trabajan justo debajo del director general me lanzan ideas que podría financiar. Estoy empezando a pensar que la única razón por la que me contrataron fue para que pudiera pagar la factura. No tengo muy claro hasta qué punto es legal hacer eso. Parece que pueda haber algún conflicto de intereses.

No quiero descartarlo todavía. Han escuchado un par de ideas mías y será genial ver cómo una de ellas cobra vida.

Anoche llevé a Sophia a cenar con mis padres. Fue todo lo bien que cabía esperar. Por alguna razón, mi madre había invitado a Julia. Probablemente su razonamiento fue hacer la velada lo más incómoda posible. La noche transcurrió así.

Llegamos temprano a casa y mamá dijo que la cena era a las siete. Ella no estaba en ninguna parte quince minutos antes. Mi padre dijo que todavía se estaba preparando, así que no debería haberme sorprendido cuando bajó con un largo vestido verde y una tiara.

—No me dijiste que esto era formal —le dije mientras se deslizaba en la sala, copa de vino en mano.

—No hay nada de malo en arreglarse para conocer a tu amorcito, hijo. —Mi madre se acercó a Sophia y le tendió la mano.

Sophia la cogió y sonrió. Estaba preciosa con un vestido morado.

Julia entró también demasiado arreglada para la cena y miró descaradamente a Sophia cuando dijo:

—Oh, pensé que era una cena de gala.

Sophia no pareció darse cuenta o ignoró el desaire.

—No sabía que tenías una hermana, cariño —dijo tendiendo una mano a Julia.

—No soy su hermana. Somos muy buenos amigos. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Julia es una cuidadora de perros encantadora —dijo mi madre.

Tuve que luchar contra una sonrisa porque mi madre le había cortado las alas.

—Me encantan los perros. —Sophia se sentó en la mesa frente a mi madre y yo tomé el asiento junto a ella.

—Entonces, Sophia, ¿a qué te dedicas? —preguntó Julia. Le había dicho a qué se dedicaba, por supuesto, pero el periódico no había dicho que era gerente y no le había puesto al tanto de que mentía un poco sobre lo que hacía.

—Trabajo en un bar. Seguro que lo has visto en los periódicos —dice llevándose un poco de sopa a la boca.

—Sí, Julia —dice mi padre—. Recuerda que nos habló de ella.

El resto de la cena fue igual de incómodo, con mi madre cada vez más borracha según iban avanzando los platos, y Julia haciendo preguntas inapropiadas. Me habría encantado retirarme.

Mi padre me acompañó fuera cuando nos habíamos preparado para irnos.

—Sophia parece encantadora hijo, espero que seas tan feliz como parece.

Aquella afirmación me descolocó un poco, pero no creí que hubiera forma de que se diera cuenta de lo que estábamos haciendo. Sophia me hacía feliz como amante y como amiga, así que probablemente eran sentimientos genuinos los que percibía de mí. No había razón para que supiera que la seriedad de nuestra relación no era real.

—Gracias, papá. —Sonreí y me dirigí hacia el coche.

—También estoy orgulloso de que hayas conseguido un trabajo, hijo. Es bueno ver que no te duermes en los laureles. Todo este asunto del heredero fue un poco para despertarte, pero si terminas casándote y teniendo hijos con Sophia, lo honraré. Sabes que tu madre está muy enfadada conmigo. Solo quiero ver cómo es la vida cuando no tienes nada.

—Seguirás teniendo lo que necesites de mí, ya lo sabes.

Me dio una palmada en la espalda y sonrió. Se me había pasado por la cabeza un par de veces que había algo que mi padre no me estaba contando. No sabía qué podía ser, tal vez era solo un presentimiento.

Busco mi dirección de correo electrónico anónima y envío a un par de revistas de cotilleo un aviso sobre el lugar donde Sophia y yo vamos a comer. Creo que la llevaré a *Chopped*.

Una vez que esté embarazada, no haré más esto. Es simplemente por darle autenticidad en este momento. Una vez que esté embarazada, tendrá que evitar ser acosada por los fotógrafos. He estado revisando la prensa rosa para ver qué dicen. Necesito que mi padre piense que esto es algo que se desarrolló de forma natural.

Uno de ellos dijo que estaban haciendo un seguimiento de la barriga de Sophia, lo que, según ella, la hacía sentir extraña. Pensar en los hombres que vigilan constantemente su apartamento me hizo sentirme protector con ella. A veces me siento culpable, no había pensado en lo mucho que todo esto iba a interferir en su vida.

Me encuentro ansioso por almorzar con ella. Solo tengo que reunirme con los socios primero.

—Thomas, tienes buen aspecto —dice Baxter cuando entro en la sala de conferencias. Han puesto un montón de aperitivos y bebidas. No me di cuenta de que íbamos a reunirnos con un cliente. Creía que solo eran los socios. Hay una pelirroja preciosa sentada en la cabecera de la mesa con un hombre mucho mayor. Lleva un traje blanco con un sombrero blanco y parece muy ofendida por los bocadillos.

—Señora y señor Bernard, les presento a Thomas Henry —dice Jeffrey Church, el otro socio, mientras me señala. Me pongo de pie y le doy la mano a la pareja.

—Son dueños del viejo teatro del centro y están buscando a alguien que les ayude a reconstruirlo. Nuestra empresa se encargaría de toda la publicidad de los espectáculos una vez reconstruido.

—Eso es increíble. Promocionar obras de teatro y actos musicales sería un sueño hecho realidad —asiento.

—Thomas, los Bernard creen que tienen fondos suficientes para empezar la renovación, pero puede que necesiten un empujoncito extra una vez que se ponga en marcha de verdad. Les mencioné que te gustaba financiar eventos benéficos y pensamos que esta podría ser una oportunidad para ambos.

—No me malinterpretes —dice la pelirroja con voz gutural. Debe fumar muchos cigarrillos—. Tenemos mucho dinero. Solo que no es dinero que estemos dispuestos a atar en esta inversión en particular.

Porque eres tacaña con eso. Lo pienso, pero no lo digo.

Si así es como quieren jugar Baxter y Church, ha empezado el juego. No voy a dar dinero a quien ellos quieran.

—Creo que podríamos hacer algo grande con ello. Un teatro para la comunidad o un campamento para niños. Podemos recoger dinero para varios eventos de recaudación de fondos a lo largo del año. Una vez que empieces, sabremos cuánto necesitarás y cuántos eventos tenemos que hacer.

—Jeffrey, dijiste que solo nos daría el dinero —dice la señora Bernard.

Intento que no vean la rabia que se acumula en mi interior. Cada vez es más evidente que solo me han contratado para ser su monedero.

—Bueno —balucea Jeff— dije que veríamos si quería contribuir.

—Harold —la señora Bernard se dirige a su marido, que no ha dicho nada—. Nos vamos. Encontraremos a alguien serio para la financiación.

—La última vez que lo comprobé, éramos una empresa de marketing —dije cuando se fueron—. No estoy aquí solo para invertir en las necesidades de tus clientes. Pensé que me querías aquí por mi experiencia y mis buenas ideas. Estaré en mi despacho.

Creo que mi orgullo está herido más que ninguna otra cosa. Estuve a punto de decirles en ese momento que mi padre me estaba repudiando. No es bueno tener mucho dinero. La gente no te toma en serio. Mato el tiempo hasta mi almuerzo con Sophia y ninguno de los dos hombres viene a decirme que estaba completamente equivocado. Sus acciones lo dicen todo.

Capítulo 14

Sophia

Hoy me siento muy hinchada y superada. La ropa que Thomas me ha dejado comprar es preciosa. Me siento como una princesa hinchada. Todo me cuelga raro y la goma de mis bragas de maternidad se me clava en la piel. No me siento nada cómoda.

Me hice una prueba y descubrí que ya habíamos tenido éxito. Estas cuatro semanas han sido increíbles y me siento cerca de Thomas. Como todo esto es una estafa no quiero sentir nada. Espero que solo sean las hormonas de la nueva fuerza vital que crece dentro de mí. Siento que se me llenan los ojos de lágrimas. Me preocupa que ya no quiera tener sexo conmigo cuando lo sepa. Siento que necesito estar cerca de él y con el tiempo he desarrollado algunos sentimientos que necesito mantener enterrados profundamente.

No me he encontrado mal ni nada parecido, solo lo supe al no venirme la regla. Me hice tres pruebas y todas dicen que estoy embarazada. Solo no se lo digo porque es muy pronto y quiero ir al médico y saberlo con seguridad. Estoy a punto de recibir una gran paga y tengo sentimientos encontrados al respecto.

—No puedo creer que no me hayas dicho que estabas saliendo con él, Sophia. Me tengo que enterar por un blog que me enseñó la mujer de tu hermano.

Mi madre por fin me llamaba para decirme lo decepcionada que estaba conmigo, pero sorprendentemente estaba siendo muy amable. Casi quería decírselo, pero sabía que no debía hacerlo.

—Solo quiero que seas feliz mi amor, pero tu abuela se está muriendo. Está muy emocionada con esto. Tendrás que traerlo a casa.

—No quería decir nada hasta saber que era algo serio. Ahora que va en serio, lo llevaré. Ya ves las fotos, ya sabes que la prensa no deja en paz a nadie.

—Vale cariño, te quiero. Estoy deseando veros a ti y a él.

Cuelgo preguntándome a dónde se han llevado a mi madre, ya que su cuerpo ha sido obviamente tomado por los extraterrestres. Tal vez se emocionará porque ella misma vaya a ser abuela. Espero que así sea, la aprobación de mi madre siempre ha sido importante para mí.

Thomas se ha portado tan bien cuidando de mí que no he necesitado nada. Me pongo delante del espejo y me pongo una mano en la barriga.

Puedo usarlo para que el bebé vaya a la escuela donde quiera. Será su dinero para empezar una vida. Mi hijo nunca tendrá que luchar como yo.

Es una buena sensación. Pase lo que pase con Thomas, podré mantenernos. No he vuelto a su casa, gracias a Dios. Su madre me hizo sentir incómoda y me he dado cuenta de que cada vez que lo llamo allí está Julia.

No le gusto nada y solo puedo suponer que es porque siempre ha estado enamorada de él.

Mientras me ducho y me preparo, me pregunto cuándo debo dejar el bar. Podría hacerlo en cualquier momento, pero ¿cuándo sería apropiado? María siempre se ha portado bien conmigo, así que detesto dejarla tirada. Sobre todo porque George está pensando en irse.

También sé que no puedo aparecer con una barriga redonda con una camiseta recortada de *The Spot*. Había estado leyendo mucho más, y sabía que todo se iba a hinchar. Mis pies no podrían soportar estar de pie durante horas sirviendo copas. Creo que las propinas que recibiría serían de pena.

No, necesito otro trabajo. No quiero depender solo de que el bebé gane dinero. Creo que me volvería un poco loca. Tal vez no justo después de que llegue el bebé, pero sin duda una vez que él o ella puedan quedarse con otra persona.

Lo llamo para ver si puede ir a comer.

—Baxter y Church, le atiende Brianna.

—Hola, ¿está Thomas?

—Sí está, Sophia querida, te paso.

Solo he visto a Brianna un par de veces pero me gusta mucho. Es del sur, así que tiene un acento adorable. Ella y su marido se mudaron aquí por el trabajo de él, y ella aceptó el trabajo como secretaria personal del hombre que trabajaba en el lugar de Thomas antes que él. Ahora, ella era su secretaria.

Thomas estaba encontrando realmente su camino en la empresa. Me contaba con entusiasmo las campañas en las que estaba trabajando y me gusta que se entusiasme con algo.

Una parte de mí se preocupa de que no le importe nuestro acuerdo, ya que le va tan bien. Ya es demasiado tarde.

—Hola Sophia, ¿cómo estás?

Es tan formal conmigo. Quiero decir, que antes me llamaba cosas muy sensuales y ahora a veces me siento como un medio para un fin.

—Hola Thomas —me doy cuenta de que no sé cómo expresar que necesito decirle algo—. ¿Podemos quedar para comer hoy en esa casita de pasta con cabinas privadas?

—Vale, está bien. Tendré que volver a enviar un correo electrónico a los paparazzis y decirles la nueva ubicación.

—Ah, todavía les avisas. —Me siento un poco decepcionada de que siga dando tanta importancia a la relación. Parece como un gran truco publicitario, que lo es. Bueno, en cierto modo lo es.

—¿No quieres que lo haga? —pregunta.

—No, está bien. Solo que no sabía que seguías haciéndolo. Te veré en tu oficina. No puedo esperar. —Cuelgo y voy a mirarme al espejo una vez más. Un poco de maquillaje ayudará.

Cuando llego a su despacho siento que he recobrado un poco la compostura. El maxi vestido púrpura y las sandalias doradas que ha elegido su asistente son muy bonitos. Llevo varias joyas grandes de oro y un enorme bolso negro. Me siento como una estrella de cine cuando varias cámaras me hacen un flash mientras entro en el edificio. La prensa no había tardado en darse cuenta de que Thomas trabajaba aquí y estaban fuera todo el tiempo. Era una locura que el único trabajo de esta gente pareciera ser sacarle fotos a él y ahora a mí.

Cuando entro en el vestíbulo de su oficina me sorprende lo bonito que es todo. Las sillas de la sala de espera son de felpa con grandes almohadones negros. Hay dos televisores con las noticias puestas y una enorme pecera con peces de colores cubre toda una pared. Sin embargo, no esperaba ver a Julia de pie frente a la pecera.

Lleva una falda de tubo negra y una blusa dorada con los hombros descubiertos. Lleva el pelo largo trenzado y unas gafas con montura de ojo de gato.

—Hola Julia —le digo tratando de ser cortés.

—¿Qué haces aquí? —No se molesta en devolverme el saludo—. He venido a ver si Thomas quería almorzar en un descanso entre mis reuniones.

No sé lo que hace y realmente no me importa.

—En realidad voy a almorzar con Thomas porque tengo una noticia importante que contarle. Estoy emocionada por ello. Tal vez puedas almorzar en otro momento.

Ella se eriza visiblemente como un gato que ha visto un perro grande.

—No vais a durar Sophia. No eres más que una zorra de bar de mala muerte de la que está encaprichado desde que la loca de Rosa le dejó. Es una fase que superará y, ¿sabes quién estará ahí? Yo. —Sonríe de forma engreida.

No puedo evitarlo.

—Estoy embarazada Julia. Voy a tener su bebé y vamos a ser tan felices con nuestro pequeño hijo nacido del amor. Probablemente nos casaremos después de que nazca.

Por dentro doy saltos de alegría por haber podido darle semejante noticia. Por fuera mantengo la calma esperando su respuesta.

—Te obligaré a deshacerte de él. No hay forma de que puedas atraparlo. No se va a dejar atar por un bebé de una basura con la que se estaba divirtiendo.

Quiero abofetearla. ¿Cómo ha podido decir algo tan horrible sobre su amigo y sobre mi bebé? Pienso en describirle con detalle lo que se siente al tenerlo dentro de mí y cómo me dice que es el mejor lugar para estar. En lugar de eso, le digo:

—Me aseguraré de decirle a Thomas que has dicho insensiblemente que querrá deshacerse de su propio hijo. Estoy segura de que le va a encantar tu verdadera opinión sobre él, Julia. Que tengas un buen día.

Me satisface por completo la forma en que se le cae la cara antes de marcharse. Dos pueden jugar a su horrible juego, solo que a mí se me da mejor.

—Hola, cariño —Thomas tiene una excelente sincronización y me atrae para darme un abrazo justo antes de que se pierda de vista. Ella es capaz de verlo todo y yo simplemente sonrío por encima de su hombro.

—Hola, ¿estás lista para ir a comer?

Me siento mucho más nerviosa de lo que pensaba mientras caminamos desde su oficina hasta el pequeño local de pasta. Tienen la mejor comida, así que intento concentrarme en eso.

Una vez que estamos sentados en el reservado. Sonrío y él se limpia la cara.

—¿Tengo algo en la cara? ¿Por qué me miras así?

Las cabinas de este restaurante son completamente privadas. Por eso quería que me trajera aquí.

—Lo hicimos, estoy embarazada —digo, porque realmente no hay otra forma de hacerlo.

Me mira durante un minuto como si tratara de comprender lo que acabo de decir y entonces me coge entre sus brazos en el reservado.

—¿Lo hicimos? ¡Qué rápido! —exclama.

Presiona sus labios contra los míos y me besa de forma tierna. Me sorprende y le devuelvo el beso antes de que me abrace de nuevo.

—Nos vamos a vivir juntos. He conseguido mi primer sueldo y he encontrado un apartamento estupendo para los tres. —Sonríe y mi pecho se pone un poco tenso.

—¿Los tres? ¿Quieres vivir conmigo y con el bebé?

—Bueno, quiero decir que ya somos tres. Podemos decidir cómo romper y todas esas cosas más tarde, pero ahora mismo lo estamos vendiendo y ¡estás embarazada! —Vuelve a su lado de

la cabina y el camarero viene a tomar nuestro pedido.

—Thomas, me acabas de mudar a ese bonito apartamento. Me siento mal si me mudo otra vez.

Podía imaginar a los vecinos y a mi casero preguntándose quién me creía que era. Pero, ¿por qué me importaba lo que pensarán? No importa, este es mi futuro. Este es mi momento. Voy a tener el bebé de Thomas Henry y aunque la seriedad de nuestra relación no es real, nadie puede quitarme eso.

—Está bien Sophia. Se supone que debes vivir con tu novio. Se lo diremos a mis padres durante la cena de esta noche. Me mudo y nos mudamos.

La palabra novio me produce un pequeño escalofrío. Es mi novio, el padre de mi bebé, mi compañero de piso. Es surrealista.

—¿Podemos, por favor, no invitar a Julia? —pregunto mientras llega nuestra comida a la mesa. Me doy cuenta de que me muero de hambre.

—¿Por qué no? No te gusta —pregunta espolsando su servilleta y poniéndola en su regazo. Es tan refinado que yo hago lo mismo.

Le cuento mi encuentro con ella en el vestíbulo y veo cómo su cara se pone roja. Está visiblemente molesto por sus palabras hacia mí.

—Me ocuparé de la pelele de Julia, no tendrás que preocuparte más por ella. Por supuesto, ella no está invitada.

—Entonces, ¿cómo va el trabajo? —Quiero cambiar de tema por ahora. Llega nuestra comida y me zambullo en la pasta con entusiasmo.

—Bien, supongo que bien. —Mira su plato y me pregunto en qué está pensando.

—Dime, ¿qué te preocupa?

—Es que siento que me han contratado porque tengo dinero. Parece que quieren que financie cosas para sus clientes en lugar de darme trabajo de verdad. Tengo un montón de buenas ideas y es una mierda sentirse inútil, ¿sabes?

Nunca le había visto vulnerable. Sentí una verdadera alegría en él cuando le conté lo del bebé. Ahora puedo decir que está desesperado. No sé cómo ayudar cuando se trata de cosas como ésta. Pienso por un momento qué decir.

—Bueno, solo tienes que demostrarles que eres algo más que dinero, Thomas. Sé que puedes hacerlo. Eres inteligente, y si esta empresa no puede ver eso tienes que dejarla o empezar la tuya propia.

—Confías demasiado en mí, muñeca. —Él tiene una sonrisa tímida mientras tomo un trago de agua.

—No, Thomas. No te valoras suficiente.

Me creo las palabras que estoy diciendo. Creo que es inteligente y, aunque empezamos este viaje para salvar su herencia, creo sinceramente que podría abrirse camino por sí mismo y tener el mismo éxito. Ahora bien, a ver si consigo que se lo crea.

Capítulo 15

Thomas

—¡Está embarazada! —le digo a Mason cuando aparezco sin avisar después del trabajo.

—Suenas emocionado por esto. ¿Es algo bueno, tío?

—Sí, verás, es que no te lo he dicho. Mi padre está regalando toda su riqueza. Tenía que tener un heredero o no me iba a dar nada para salir adelante. Le dije que se aguantara, pero entonces mi madre sacó el tema de que Dinah no tendría nada.

—Amigo, esto es una idea terrible. Se va a enamorar de ti y te va a demandar por no sé qué.

—Le voy a pagar —le digo pensando que de alguna manera eso lo hace mejor.

—Vaya, eso es justo. No puedo creer que estés pagando a alguien para que tenga tu bebé.

—Lo sé, pero yo también estoy emocionado. Voy a ser padre. Sophia va a ser una gran madre.

—¿Estás seguro de que no te has enamorado de ella? —pregunta Mason caminando hacia la nevera y cogiéndome una cerveza.

—Sí, estoy seguro. A ella le parece bien el acuerdo.

—No es que esté fingiendo ser tu amante. Va a tener tu bebé. Eso es un gran problema, amigo.

—No me estoy tomando esto a la ligera —digo—, me doy cuenta de que suena como si fuera una cosa de usar y tirar, pero me estoy tomando esto en serio. Ambos estamos comprometidos a asegurarnos de que el bebé tenga una buena vida.

—¿Estás seguro? Ahora no lo ves, pero cuando tenga quince o dieciséis años y quiera saber por qué sus padres no están juntos no le vas a decir la verdad.

—Claro que sí —argumento, pero no sé si realmente lo haremos. Ahora me ha hecho dudar de que quizá no esté haciendo lo correcto. Creo que no he pensado en cómo va a afectar esto al niño.

Suena mi teléfono y veo que Julia me llama. Me había dado cuenta de que me había estado evitando, así que ver que me llamaba es un poco chocante. Había estado fuera de la ciudad el mes después de hablar con Sophia en el vestíbulo del trabajo. Este mes se había empeñado en no estar cerca.

—He estado esperando esta llamada —le digo a Mason mostrándole la pantalla.

Él levanta las cejas y asiente yendo a sentarse en su silla para ver la televisión.

—Julia mi vieja amiga —empiezo sabiendo que esta no va a ser una conversación agradable.

—Sí, y como tu amiga más antigua, quiero preguntarte qué demonios crees que estás haciendo. ¿Un bebé, Thomas? Tu madre ni siquiera confía en ti para cuidar a sus perros.

Ella me ha dado un golpe bajo, ¿no es así? No me molesta, pero en nuestros muchos años de amistad, nunca la había oído hablar así.

—Permíteme detenerte justo ahí. Como alguien que creía que me conocía mejor que nadie, me parece una locura que digas lo que has dicho. Nunca haría que alguien se deshiciera de mi hijo por mi imagen o por cualquier otra razón.

—Nunca dije eso, Thomas.

—Sí, lo hiciste. Eres alguien en quien siempre he confiado Julia, y ahora has perdido esa confianza. Olvida mi número.

Cuelgo mientras ella dice:

—Te arrepentirás de esto Thomas, te lo prometo.

Mason sacude la cabeza.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, tío. Siempre he pensado que Julia estaba buena, pero parece que está loca.

—No sé, es como si sus celos la hubieran convertido en una persona diferente. Esas cosas que dijo son imperdonables. Quemando puentes y creando otros nuevos.

Me siento muy protector con Sophia y si Julia sigue por ese camino, le detendré. Es domingo y mañana tengo una reunión que durará todo el día, seguida de una cena con mis padres. Sophia se reunirá con nosotros en el restaurante. Hace casi dos meses que Julia les dio la noticia de que Sophia iba a tener un bebé.

Fue tan vengativa que ni siquiera nos dio la oportunidad. Habíamos planeado esperar hasta que el embarazo estuviera más adelantado, para asegurarnos de que todo estuviera bien. Sophia no quería que fuera a la primera ecografía con ella, pero lo hice. Había paparazzi en la puerta de la consulta del médico, por lo que el rumor ya había dado vueltas por todos los medios de comunicación. La primera visita era solo para ver si estaba realmente embarazada, y lo estaba. La siguiente será a los tres meses para escuchar el latido del corazón.

La reunión va un poco mejor. Los socios escuchan mis ideas aunque en el fondo creo que me están apaciguando para conseguir mi dinero. Ninguno de los dos se ha disculpado por el incómodo encuentro con la señora Bernard, pero me han dado el visto bueno para empezar a recaudar fondos para el teatro.

Sophia sigue siendo muy alentadora, lo que me alegra. Cree que puedo hacer cualquier cosa y me hace sentir que es verdad, al menos cuando estoy con ella. La llamo para asegurarme de que sabe dónde vamos a cenar. Es un sitio que le gusta a mi madre. Mi padre ha tratado de apaciguarla lo más posible mientras sus abogados estudian la mejor manera de repartir su patrimonio. Según mi madre, ya ha regalado mucho.

He visto algunas cosas en el periódico. Donó mucho dinero al hospital, lo cual fue estupendo, y luego giró el rumbo y donó un montón de dinero a un club de aficionados a las miniaturas.

—Me encanta que lo hagan todo pequeño. Es como si pudieras tener todo un mundo de cosas en miniatura.

Por supuesto, mi padre no tiene miniaturas, así que me pareció una opción extraña para hacer donaciones benéficas. Me presento en el restaurante a eso de las seis menos cuarto y espero fuera a Sophia.

—Hola Thomas, ¿ha quedado Sophia contigo aquí? ¿Cuándo os vais a casar? —El primer fotógrafo empieza a hacer fotos.

Intento ignorarlos mientras espero de pie.

—Hay un rumor de que está embarazada, Thomas. ¿Vas a ser papá pronto?

Sigo sin decir nada. Veo a Sophia llegar en coche y encontrar un sitio para aparcar en la calle. Hasta ahora se ha negado a que le compre un coche nuevo, pero eso será lo próximo que consiga que deje. Juro que ese montón de metal puede romperse en cualquier momento.

Los fotógrafos no se fijan en ella al principio, pero cuando empieza a caminar hacia mí se dan cuenta.

—Sophia, estás preciosa esta noche. Sophia, ¿de dónde es tu vestido?

Ella también ha aprendido a ignorarlos. El apartamento al que nos hemos mudado es cerrado, como la casa de mis padres, así que no tiene que preocuparse de que la molesten mientras está en casa. He dejado que se ocupe de la mudanza y de los decoradores, y le he pedido que se haga responsable de ellos cuando no esté trabajando.

Otra cosa que no puedo controlar es que sigue trabajando en el bar. No quiero que piense que intento controlar su vida, pero me gustaría que trabajara en un entorno más seguro.

—¿Lista para esto? —pregunto mientras dejo caer mi mano en la parte baja de su espalda y la guío hacia el interior. Mis padres ya están sentados, así que es cuestión de que nos lleven a nuestra mesa.

—Hola cariño. —Mi madre, excesivamente vestida con un vestido de cóctel negro y una diadema que roza la tiara, se levanta para abrazarme.

—Hola, mamá, papá. ¿Cómo estáis los entusiastas del camping esta noche?

—Muy bien —dice papá.

Mientras, mi madre dice:

—No lo suficientemente borracha.

Mi padre la ignora.

—Sophia querida, prácticamente estás brillando.

—Gracias —dice ella. La miro para ver que efectivamente está radiante.

—Simplemente hermosa —le digo apretando su mano. Me mira a los ojos y creo que capto un momento de algo que no había visto antes, pero desaparece antes de que pueda decir qué es.

—He estado un poco desorientada porque Julia no ha estado cerca para cuidar a los perros. Creo que se sienten solos. —Intento pensar en una respuesta que suene como si me importara, pero realmente no lo hago.

—Ella estaba un... —empiezo a decirle exactamente lo que pienso cuando siento que Sophia me agarra la pierna y me aprieta.

—Un poco ocupada. Seguro que echa mucho de menos a Mintzy y a Pepper.

No me pregunto por qué me ha interrumpido. Con solo una mirada a mi madre, radiante de orgullo, lo sé. Ella quiere a esos perros mucho más que a su familia.

—¿Qué hay de los nombres? Está claro que si es un niño le vas a poner Thomas, pero si es una niña me gusta bastante Gloria —dice mi madre mirando a Sophia.

—En realidad no hemos hablado de nombres, señora Henry. Me gusta Gloria, pero no estoy segura de que sea para mi niña.

—Es su nombre, Sophia. Mamá, no vamos a ponerle tu nombre a nuestra hija —le digo con toda franqueza.

—Bueno, ¿y qué tal Ofelia? Es un nombre bonito, sofisticado. Irá bien con Gloria en el medio. —Se encoge de hombros y toma un trago de vino. Ofelia era el nombre de su madre.

Sophia me mira con una mirada que parece decir: «Por encima de mi cadáver», y yo me río.

—Como he dicho, lo hablaremos y te diremos lo que se nos ocurre.

El resto de la cena transcurre igual. Mi madre hace sugerencias para el bebé a las que Sophia sonríe amablemente. Ninguna de ellas es una buena sugerencia. Me impresiona su paciencia, sobre todo cuando mi madre le dice que quiere estar en la habitación cuando su nieto Nazca.

—Vamos a discutir nuestro plan de parto una vez que nos acerquemos a la fecha prevista. En ese momento solo estaremos Thomas y yo en la habitación —dice Sophia sonriéndome. Siento un pequeño escalofrío al pensar en estar a su lado mientras da a luz a mi bebé.

—Eso es ridículo. ¿No quiere tu madre estar en la habitación?

—Iré a visitar a mi madre cuando sepamos lo que vamos a tener y se lo contaré. Todavía no sabe que estamos embarazados. —Mi madre le lanza una mirada que no consigo descifrar.

—Tú tampoco lo sabrías —le digo—, si Julia no te lo hubiera dicho.

—¿Por eso no le hablas? —A mi madre le encanta estar en medio de todos los chismes.

—Entre otras cosas —digo.

Mi padre empieza a hablar de miniaturas y le promete a Sophia que, si es una niña, le hará unas piezas de casa de muñecas a medida. Doy un trago a mi bebida y observo la cara de mi madre. Si sospecha algo de Sophia y de mí, no lo demuestra.

Cuando nos separamos de mis padres, la acompaño hasta el coche.

—Nos vemos en casa —sonrío, me encanta lo bien que suena decirle eso.

—Nos vemos en casa —dice, y se mete en el coche mientras le grito a los fotógrafos que den marcha atrás y la dejen salir.

Es bonito oírle decir eso. Es bueno que vayamos al mismo sitio. Cada día que pasa disfruto más de pasar tiempo con ella.

Capítulo 16

Sophia

Hoy descubrimos el sexo del bebé, estoy más que emocionada. No puedo esperar a determinar si hay un pequeño Thomas o una pequeña Sophia dentro. Ya estoy de un poco más de cuatro meses pero todavía no se me nota mucho. Siento que voy a ser una de esas mujeres a las que le sale la tripa en el último momento y se ve enorme. Estoy muy emocionada por empezar a elegir los colores de la habitación del bebé y la ropita una vez que sepa lo que voy a tener. Habrá muchas cosas con las iniciales de él o ella.

Además, es mi segundo día en la oficina. Thomas se alegró de ayudarme a encontrar un trabajo cuando le dije que ahora el bar me ponía nerviosa. Algo en el hecho de estar embarazada no me hacía querer guiñar el ojo a los chicos, ni separar las peleas de chicas durante toda la noche. Me consiguió un trabajo para una amiga suya del colegio, como seguridad. Estaba de baja por maternidad y volvería cuando yo estuviera preparada para irme. Era perfecto.

Cuando entro en el trabajo en mi segundo día hay una sensación extraña en la sala. Todo el mundo parece mirarme. Cuando llego a mi mesa, mi teléfono suena y veo un mensaje de Gina. Hay un enlace a un artículo que dice: «La heredera de las telenovelas se sincera sobre su mejor amigo, Thomas Henry, y la cazafortunas a la que ha dejado embarazada».

No sabía que Julia era una heredera de las telenovelas, pero es imposible que no sea ella. Mi corazón se acelera y empiezo a respirar con dificultad. ¿Qué ha dicho de mí? He tenido suerte en mi vida, nunca he tenido relaciones tóxicas con otras mujeres. Toda mi vida he evitado tener amigas, pero tengo la sensación de que esto podría ponerse desagradable.

Empiezo a leer. «Julia Sugarman, la heredera de la empresa de su padre, Happy Beauty, sale a hablar de su preocupación por la nueva mujer de Thomas Henry. La novia de la estrella del reality está embarazada de seis meses y Julia cree que no fue una casualidad. Dice que Sophia ni siquiera estaba en el radar hasta que el padre de Thomas empezó a hablar de dejarle fuera de la herencia si no producía un heredero. Sugarman dice que cree que la relación terminará poco después del nacimiento del bebé y que todo habrá sido en vano».

Hay un vídeo adjunto al artículo. Le doy al play con ansiedad y veo a un tipo caminando fuera de un gran edificio que parece una catedral.

Un reportero pudo hablar con la hermana de Thomas, de catorce años, que dijo lo siguiente: «Mi hermano no se mete en relaciones a la ligera. Julia siempre ha querido que fuera ella la elegida. Creo que le gusta esta mujer y estoy deseando conocerla».

Mi fibra sensible sintió un tirón ante la sincera respuesta de Dinah. No había pensado en que probablemente todas esas noticias locas le llegaron a ella y tuvo que lidiar con ellas.

Mi teléfono suena y dejo de leer.

—Han ido a por mi hermana Soph, voy a matar a Julia. ¿Cuál es su problema? —Nunca lo había escuchado sonar tan angustiado. El amor que siente por Dinah me conmueve el corazón.

—Lo sé Thomas. Ella no parecía muy molesta por eso. Qué gran chica.

—Voy a buscarte para esta cita, no quiero que te lastimes o te sientas incómoda. No sé si

saben dónde trabajas, pero supongo que sí.

—De acuerdo, nos vemos pronto.

Mis compañeros de trabajo me miran. Por suerte, mi jefe está detrás de una puerta cerrada, pero hay otras dos secretarias y un director financiero con los que comparto el espacio de la oficina.

—Hoy vamos a saber si es niño o niña —les digo sonriendo.

El coro de «oohs» y «aahs» sustituye mi ansiedad cuando todos rompen a preguntar sobre los nombres y el sexo que prefiero. Que esté sano, por supuesto, ¿no es esa siempre la respuesta? Me imagino a un pequeño Thomas Henry con traje y corbata. La imagen aparece en mi cabeza. Me la quito de encima.

Quiero un bebé sano, vuelvo a pensar, sea niño o niña.

Thomas no bromeaba con lo de la prensa. Nuestra cita es a la una y media y cuando salgo a la una me acribillan los fotógrafos. Algunos de ellos son los mismos de siempre.

—Estás preciosa Sophia, ¿qué te parece el nuevo trabajo?

—Por aquí Sophia, mírame por favor.

Luego hay algunos que no son nada amables.

—Golpe de efecto. ¿Cómo pudiste hacerle esto a Thomas?, él te ama. Este bebé es una abominación.

Me estoy confundiendo y mareando. Parece que se acercan a mí por todos lados. Todo lo que quiero hacer es volver al edificio y esconderme bajo mi escritorio. En algún lugar fuera de la refriega, Thomas me alcanza y me atrae hacia él de forma protectora.

—¿Qué te pasa? Está embarazada y la estás agobiando.

—¿Es cierto que estás perdiendo tu fortuna y que por eso Sophia y tú vais a tener un bebé?

—Podría perder toda mi fortuna, pero mientras la tenga a ella y a mi bebé estaré bien.

—Sophia, ¿crees que eso es cierto? —pregunta uno de ellos. He apoyado la cabeza contra Thomas y ya ni siquiera intento verlos mientras me guía hacia el coche.

—Os equivocáis de cabo a rabo. Yo la quiero. Estáis locos, alejaos de ella. —Thomas está frenético mientras tira de mí hacia su coche. No me sorprende que Julia haya continuado su ataque contra mí, pero esto se está convirtiendo en algo ridículo.

Las cosas que está diciendo son tan bonitas y románticas. Es una pena que no sean reales.

Llegamos a la clínica y todavía estoy tan nerviosa que no quiero salir. Los fotógrafos nos han seguido, por supuesto, pero no todos.

—Atrás —grita Thomas mientras se acerca para ayudarme a salir—. Déjanos tener nuestro día. Vamos a descubrir si es una niña o un niño.

Me siento segura mientras me guía hacia el interior y llegamos al segundo juego de puertas dobles. El lugar está acostumbrado a este tipo de locuras. Es una clínica a la que una de las Kardashians había acudido para sus citas previas al embarazo. La señora de la recepción nos lo había dicho la última vez que estuvimos aquí.

—¡Hoy vas a descubrir lo que vas a tener! —chilla la misma señora cuando nos acercamos al mostrador. De repente, estoy nerviosa. No puedo esperar a saberlo, pero tengo miedo de saberlo. Creo que una parte de mí se da cuenta de que, una vez que lo sepamos, va a ser muy real.

Cuando entramos en la habitación y me acuesto junto a las máquinas me siento mejor. Me llevo la mano al estómago y miro a Thomas. Él sonrío.

—Ahí está, mira cómo se mueve —dice el técnico y señala la pantalla.

Miro y veo algunos destellos en la pantalla. No es hasta que el ecógrafo sube por mi vientre y

enfoca un perfil cuando entiendo lo que estoy viendo.

—¡Esa es la cara! —exclamo y señalo la pantalla.

—Sí, lo es. Ahora voy a bajar y tratar de ver las pequeñas intimidades. Si el bebé no tiene las piernas cruzadas, hoy deberíamos poder decir qué es.

Empuja y mueve el ecógrafo sobre mi vientre, y va deslizando el gel. Contengo la respiración al ver lo que parece un pequeño trasero que me ilumina.

—Ahí está —dice señalando una parte de la pantalla—. ¿Ves esas tres líneas?

Asiento inclinándome hacia delante. Veo tres líneas tenues, pero no puedo distinguir lo que estoy viendo en cuanto a partes del cuerpo se refiere.

—Es una niña —sonríe y nos mira a los dos.

Inmediatamente me pongo a llorar. No hay razón para ello, es solo por saber que hay una niña dentro de mí.

—Aurora —digo sin pensar.

—¿Así es como quieres llamarla?

—Lo siento, las hormonas. —Me limpio las lágrimas—. Tengo un nombre de niña elegido desde que tenía seis años. Sé que es raro. Aurora June Henry.

—Es precioso, Sophia. Es perfecto.

Lloro un poco más y la mujer sale para darnos un minuto. Dejo que me abrace. Esto se ha vuelto muy real y descubro que soy feliz.

Al cabo de un rato, vuelve a entrar para medir la cabeza y mirar otras cosas. Cuando salimos, estoy flotando en el aire y me muero de ganas de decirle a mi madre que va a tener una nietecita. Puede que así calme lo enfadada que se va a poner cuando se entere de que estoy embarazada fuera del matrimonio.

—¿Quieres salir a comer? —me pregunta Thomas cuando nos vamos.

De repente me asalta un antojo y las ganas de cocinar. No sé si es una forma de preparar el nido.

—Quiero cocinar, vamos a casa —le digo esperando que no se oponga. Él no tiene ni idea de si sé cocinar o no.

—Suena genial —dice, y salimos a la calle ante un coro de fotógrafos que nos gritan. Los ignoro porque no quiero que nada empañe mi estado de ánimo.

Capítulo 17

Thomas

—Me alegro de que hayas aceptado quedarte, Thomas. Cada vez me asusta más que los fotógrafos nos sigan a todas partes. Creo que en parte es paranoia inculcada por mi madre, y en parte esta judía que crece. ¡Ya puedo dejar de llamarla judía!

Sophia está fuera de sí y parece más feliz de lo que ha estado en meses. No me había dado cuenta de lo mucho que le molestaban las cámaras hasta que las he visto hoy. Algo cambió dentro de mí cuando vi el miedo en sus ojos. Quiero a esta mujer y tengo que protegerla a toda costa. Esas fueron las palabras que me recorrieron mientras corría para salvarla. Quería apartar a todos los paparazzi y alejarla del peligro.

Es un sentimiento muy extraño para mí ser tan territorial y tan posesivo. Nunca fui así con Rosa. En todo caso, era un cachorro dócil. Sacudo la cabeza pensando en ese patético bobo que la seguía por la televisión.

Observo a Sofía cortando la ensalada para la comida en la encimera. Lleva el pelo suelto como una cortina oscura y está haciendo pequeños cortes en las verduras. Nunca pensé que vería a una mujer haciendo la comida como algo sexy, pero podría acostumbrarme a esto. Hemos compartido comidas antes, pero las elegantes a las que la he llevado, nada que ella haya hecho para mí y se siente diferente, quizás más íntimo.

—Estás mirando —dice por encima del hombro sin mirarme. Sus cortes de las zanahorias son precisos y limpios.

—¿Cómo lo sabes, Soph? —le pregunto, moviéndome para colocarme detrás de ella y apoyar mis manos en sus caderas y mi barbilla en su hombro.

—Porque puedo verte en el reflejo de la nevera. —Se encoge de hombros, y yo miro los electrodomésticos de acero inoxidable de nuestro apartamento y me río. Claro que me ve, pero eso no cambia el motivo de mi mirada.

Estoy hipnotizado por ella.

Mis manos se desplazan cubriendo la hinchazón de su pequeño vientre y pienso en nuestro bebé y en lo mucho que lo echaré de menos si no estoy cerca todos los días. Me arrepiento de las estipulaciones de nuestro contrato en este momento porque quiero algo más con ella.

—Deja el cuchillo, cariño. —La atraigo contra mí y el utensilio cae con estrépito en la encimera mientras sus manos suben y me rodean el cuello.

—¿Quieres algo, Thomas? —Ella sonrío y yo le doy la vuelta para levantarla sobre la encimera. Mis manos se apoyan en sus muslos antes de subir por su cuerpo.

—Te quiero a ti. —Acojo su cara en mis manos.

—Sabes que el acto está muy hecho, ¿verdad? —me dice con sorna. Sacudo la cabeza pensando en lo frívola que ha sido últimamente, y no sé cómo me siento al respecto. Quiero más.

—Eso no significa que no pueda seguir practicando contigo. —Le beso el cuello deslizando su vestido por encima del hombro para dejar al descubierto la curva y la línea de su clavícula.

—¿Conmigo? —Le lamo el cuello y le muerdo suavemente el lóbulo de la oreja. ¿Cómo

puede pensar que quiero a alguien más?

—Solo contigo.

Ella gime retorciendo su cuello y yo aprovecho para deslizar mis manos bajo su culo y llevarla al dormitorio. Quiero hacer lo que quiera con ella.

—¡Thomas! —ella chilla casi estrangulándome en mi camino hacia el dormitorio.

—Eres mía, Sophia. —La dejo caer en la cama y se echa hacia atrás. Me saco el cinturón y me desabrocho la cremallera quitándome los pantalones de una patada. Estoy ansioso y necesito estar dentro de ella pronto. No puedo esperar.

Me pongo de espaldas y la atraigo hacia mí. Le subo el vestido y le quito las bragas. Ella me obedece y se inclina y me chupa la polla hasta que estoy bien mojado.

—Eh, nena, aquí arriba. —Le tiro del pelo y la subo. Vuelve a subirse y se coloca encima de mí. Su funda está más que preparada para mí y me toma con facilidad. Todavía está tirante y se tensa al bajar, pero mueve las caderas hasta que se acomoda.

—Thomas, se siente tan bien. —Ella gime y yo levanto las caderas para empujar hacia arriba y profundamente dentro de ella. No duraré mucho después de haberla deseado y haber pensado en ella todo el día. Es casi vergonzoso lo rápido que puede hacer que me corra así.

—Te sientes bien, nena. —Me meto entre nosotros y la presiono con el pulgar frotando círculos suaves hasta que se queda sin aliento y rebota sobre mí. La veo perderse mientras se corre, y yo la sigo poco después liberando dentro de ella. Me encanta no tener que usar preservativos y, si no estaba embarazada antes, estoy seguro de que este acto también lo habría hecho.

—¿Qué ha provocado todo esto? Creía que antes tenías hambre. —Se ríe rodando hacia su espalda con las piernas y los brazos en estrella sobre la cama, sin aliento.

Giro la cabeza para mirar su perfil. Su rostro está sereno y sus mejillas sonrojadas. Es absolutamente hermosa. Me levanto sobre el codo y le quito el pelo de la cara.

—Siempre tengo hambre de ti.

Pone los ojos en blanco.

—Oye, hablo en serio.

—Eh, sí. —Se mueve para salir de la cama y se aleja de mí. La distancia se siente como kilómetros en lugar de metros.

—¿Sophia?

Se vuelve para mirarme.

—La ensalada se mantendrá, pero los filetes no.

La agarro de la mano y tiro de ella hacia atrás.

—He estado pensando, quiero más.

Su ceño se frunce.

—¿Más?

—Me gustaría participar más.

—¿Con la cocina? Asa el filete si quieres.

—No, Soph. Hablo en serio. Quiero estar en tu vida con el bebé.

—Oh. —Se queda sin palabras igual que yo, y sé que es mucho para asimilar pero, creo, creo que amo a esta chica.

—Di algo, por favor. —Le tiendo la mano y ella se arrodilla en la cama.

—Creo que estás atrapado en el momento, Thomas. Todo esto es... —ella mira a su alrededor antes de terminar con el ceño fruncido— bastante intenso.

Es intenso, pero no es por eso que quiero más con ella y el bebé. Mi bebé.

—Quizá, pero, ¿no podemos intentarlo?

Ella aplasta mi esperanza después de negar con la cabeza y me pregunto cuánto ha pensado en esto.

—Thomas, será más difícil para cuando te vayas. No querrás esto cuando todo termine. Se volverá complicado y no creo que pueda lidiar con eso; ¿lo entiendes?

—Sí, supongo. —Pero no me lo creo ni por un momento.

—Entonces, ¿qué tal una cena? —Ella sonrío, pero no parece que le llegue a toda la cara.

—Creo que pasaré al postre en su lugar. —Me levanto de la cama y me pongo delante de ella para quitarle el vestido y seguir con ella. Tal vez pueda hacerla cambiar de opinión, pero, mientras tanto, quiero estar con ella todo lo posible.

Capítulo 18

Sophia

He estado distante con Thomas. Vivimos juntos igual que antes, pero me he propuesto estar cansada cuando él llega del trabajo y mantener las distancias. No me gusta hacerlo, pero es algo que siento que debo hacer. Estoy protegiendo mi corazón y un poco mi ego.

Sé que él ha notado el cambio. No me está presionando en nada, lo cual aprecio, pero puedo decir que está triste. Y eso solo empeora mis emociones. No me gusta verlo así, pero ¿qué puedo hacer? Si me meto en esto con todo mi corazón, después de haber tenido un plan de cómo sería desde el principio, entonces todo se echará a perder. No quiero sentirme unida a él porque vayamos a tener un bebé y luego, después de que llegue el bebé, sentir que esa era la única razón por la que estábamos juntos. Esa no sería una forma de vivir.

Si salimos juntos a algún sitio, hago el papel para la cantidad insana de cámaras. No sé si alguna vez me acostumbraré a la gente que está delante de nuestras caras todo el tiempo. No son solo los fotógrafos, también los fans. Thomas tiene algunos *haters*. Hay toda una cultura de mujeres que se pusieron del lado de Rosa después de la ruptura. Le gritan y le llaman cosas terribles, y todas se visten igual. Es una situación extraña con la que hay que lidiar.

También hay montones de chicas a las que les encanta tirarse encima de él delante de mí. No tienen ninguna vergüenza y apenas llevan ropa. Le cojo la mano y hago un esfuerzo por sonreírle con cariño, pero una vez que estamos a una buena distancia de las cámaras vuelvo a la frialdad.

Puedo distraerme. Eso es lo que puedo hacer. De hecho, he pasado mucho tiempo con George porque ha roto con su novio y tenía ganas de llorar por ello. Sé que es algo cobarde por mi parte, esconderme detrás de la ruptura de mi amigo, pero soy una especie de gallina en este momento.

Vamos a tomar café casi a diario. No estoy segura de cómo se llevarían Thomas y George. Es posible que se quieran, George es ciertamente un fanático. Lo he mencionado un par de veces y le he preguntado a Thomas si quería conocerlo.

Ha dicho que le encantaría y, por alguna razón, todavía no le he invitado.

Sé que no puede estar realmente enamorado de mí. He leído sobre ello. La gente se siente cerca cuando han creado una vida juntos. Él solo está envuelto en todo este asunto del bebé. Lo sé porque yo también lo estoy. Sé que no puede suceder, pero eso no me impide soñar con ello. Me encuentro pensando en este bebé y en cómo sería tener uno con Thomas. Nuestro bebé. Sería un padre excelente. No lo dudo, pero me niego a estar con alguien que no me quiere. Me di cuenta antes de que me dijera que quería estar conmigo.

Estoy enamorada de él. Sinceramente, creo que lo estoy desde hace tiempo, pero no sabía cómo reconocerlo. Intenté luchar contra ello. Diablos, todavía estoy luchando. Lucho porque sé lo que va a pasar. No puedo dejarme caer. Él no va a estar cerca y yo voy a tener un pequeño que cuidar.

Thomas no puede pasar de tener aventuras sexys a sentar la cabeza. Simplemente no es quien es. Tal vez lo era antes de que Rosa lo arruinara para todas las mujeres. La gente no pasa de divertirse a querer estar contigo para siempre. Cuando se dé cuenta de que no soy lo que quiere,

será demasiado tarde. Ya estaremos hasta las orejas de pañales, gritándonos el uno al otro sin dormir.

Tengo tantas ganas de llamar a Regina y hablar sobre esto. No quiero parecer desagradecida mientras ella sigue luchando en el bar cada día y cada noche.

He optado por venir a casa de mi madre los fines de semana y dejar que cocine para mí. Seamos sinceros, ¿quién no quiere volver a casa? Me encanta que mi madre cocine para mí. Así que, cuando se ofrece, aprovecho la oportunidad.

Está encantada no solo de que tenga una hija sino también de darle su segundo nombre. June es el nombre de mi madre y es el que siempre he querido ponerle a mi niña, es especial porque es una parte de ella. Me ayuda a transmitir algo que espero que continúe.

—Me alegro mucho de que estés aquí, hija preciosa. Aunque me pregunto si vuestra relación no se está resintiendo.

Mi madre se sienta conmigo mientras devoro un plato de sus tamales. Su largo pelo oscuro está trenzado y enrollado varias veces en un moño limpio. Es igual que yo, pero más vieja. Espero estar tan bien como ella cuando envejezca. También es muy sabia al pensar en mi relación. Las madres realmente saben lo que hacen.

Mastico pensativa, intentando que no se noten mis emociones, pero mi madre me ve. Siempre lo ha hecho, la verdad. En realidad, es bastante inquietante cómo siempre parece que es capaz de leer mis pensamientos.

Suspiro con fuerza y pienso en qué decir.

—Es que ha sido duro. Creo que me siento mal y no quiero pelearme con él, ya sabes. Estoy embarazada de seis meses, no estoy en mi mejor momento.

El rostro de mi madre se ilumina con una cálida sonrisa. Unas diminutas patas de gallo se acumulan en las esquinas de sus ojos, pero no hacen más que realzar su belleza.

—Ahora es cuando una mujer es más bella. Estás resplandeciente y preciosa. Deberías aceptarlo. —Mi madre me da unas palmaditas en la mano y se dirige a la nevera—. ¿Zumos de naranja?

—No, Ginger Ale, por favor. Tengo mucha acidez ahora mismo. —Ella asiente con conocimiento de causa y saca una botella de la nevera.

—Siempre me diste acidez —se ríe mientras se acerca a donde estoy sentada. Me pone la bebida delante y le doy un trago. Siento un ligero alivio cuando la carbonatación hace su magia.

—No puedo pretender conocer tu relación porque no lo he conocido. —Mi madre aprovecha esta oportunidad para lanzarme una mirada que dice que es para avergonzarse. Capto la indirecta y me sonrojo.

—Sí, lo siento.

Se ríe ligeramente y agita la mano.

—Sin embargo, tienes que pensar en cómo se siente él por su parte. ¿Cómo le afecta todo esto? Tú eres la que está embarazada, pero, ¿has considerado que él también puede estar pasando por algunas cosas? Si fuera una mujer de apuestas, apostarí a que este hombre tiene algunas emociones conflictivas al igual que tú. No eres la única que tiene derecho a estar confundida.

Oomph. Mi madre no se anda con rodeos. Supongo que de ahí viene mi espíritu. Pero aun así, ha dado en el clavo con esa frase. Me dan ganas de negarlo y patalear. Quiero actuar como un niño petulante de cinco años diciendo «yo, yo, yo». Todo se trata de mí, pero sé que tiene razón. Probablemente esté pasando por lo mismo que yo emocionalmente, sin tener que lidiar con lo físico.

—Tienes razón. —Suspiro.

La culpa me golpea el pecho. No debería haberle tratado con tanta insensibilidad. No fue justo, ni fue correcto por mi parte. Tenemos que hablar de su confesión de amor. Y definitivamente tengo que disculparme por mi rechazo inmediato. No fue amable por mi parte. Al menos debería haberle escuchado. Vale, ahora me siento bastante mal. ¿Quién soy yo para decirle sus sentimientos? No ha sido más que cariñoso conmigo. ¿Es tan difícil para mí sentarme y escucharlo? Me ha adorado y me ha dado todo lo que he querido. Tal vez haya algo malo en mí.

Libero una lenta respiración y asiento con la cabeza.

—Tienes razón. He sido un poco egoísta.

Mamá me lanza una mirada de indignación fingida.

—Nunca he dicho tal cosa —dice con un pequeño brillo en los ojos.

Pongo los ojos en blanco.

—Sabes muy bien lo que has hecho. Hablaremos cuando vuelva a casa y te diré cómo va.

Mi madre no ha hecho más que apoyarme. Pensé que se enfadaría y me juzgaría. Es cierto lo que dicen, convertirse en abuelos realmente cambia a una persona. En el caso de la madre de Thomas puede que no sea cierto, pero sí en el de personas que no están acostumbradas a que les hagan todo.

Cojo el teléfono y llamo a un taxi. Voy en taxi hasta la casa de mi madre porque no está muy lejos. No quiero conducir sola a estas alturas del embarazo. Siempre me preocupa que algo salga mal y me quede sola. Mi madre me acompaña hasta la puerta principal y, cuando el taxi se acerca, me abraza.

—Hablaremos pronto, mamá —le digo, abrazándola como si mi vida dependiera de ello. Ella me devuelve el abrazo y yo bajo los escalones y subo al asiento trasero.

Unos minutos después, nos detenemos frente a la casa y veo que un camión de reparto descarga cajas y las lleva al interior.

Es un domingo por la tarde, así que es extraño que hagan repartos hoy. Después de pagar al conductor, subo a nuestro apartamento sorprendida al ver que nos las están entregando a nosotros.

—Hola —digo entrando, y encuentro a Thomas enterrado en cajas y armando un cochecito.

—Hola —dice sin levantar la vista hasta que se da cuenta de que los repartidores están detrás de mí—. Oh, la cuna. Traedla aquí, por favor.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras dejo caer las llaves y el bolso sobre la mesa.

—Bueno, Aurora necesita una cuna, y un parque, y tantas cosas. Solo nos quedan tres meses más o menos hasta que esté aquí. Tengo que hablar contigo. —Todo parece salir a la vez de su boca.

Me invade la emoción de que se preocupe por prepararse para el bebé y me asusta que lo haya seguido inmediatamente con «tenemos que hablar».

—Ven aquí y siéntate conmigo, por favor.

—De acuerdo. —Camino con las piernas tambaleantes hasta el sofá y me siento esperando a que se una a mí.

—Bien, sé que tienes miedo de entrar en una relación real conmigo. Creo que sé por qué. Son las circunstancias en las que nos conocimos. —Me agarra las manos y giro mi cuerpo hacia él. Soy consciente de lo redonda que se me está poniendo la tripa.

—Thomas, yo... —empiezo a decir.

—No, no me interrumpas. En serio, estoy intentando sacar esto que he practicado todo el día, ¿vale?

Me limito a asentir y a escuchar. Me parece increíblemente adorable que realmente haya practicado su discurso. Así que escucho atentamente.

—Cuando nos conocimos, fue una relación puramente sexual porque yo era reservado. La relación con Rosa me había dejado muy tocado, pero siempre me he preocupado por ti. Sé que parecía que solo buscaba sexo, pero la verdad es que eres la chica más hermosa que he visto nunca y ahora llevas a mi bebé. Quiero que esto funcione. Te quiero.

Se inclina hacia delante y me besa suavemente. No sé qué decir, pero, por supuesto, empiezo a llorar de nuevo. ¿Me quiere? ¿Me quiere de verdad? No sé qué decir. Ahora mismo, las lágrimas caen como cascadas y no puedo controlar mis sollozos.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta en voz baja. Sé que quiere que le diga que también le quiero. Pero por alguna razón no puedo hacerlo.

—¿Cómo podemos empezar de nuevo a estas alturas de nuestra complicada relación?

—Así de fácil —dice sonriendo. Puedo ver el alivio en su cara de que no le he cerrado el paso.

—De acuerdo. —No estoy segura de hacia dónde ir con esta conversación a continuación.

—No, lo digo en serio, vamos a empezar de nuevo. Vamos a tener una primera cita, salir juntos como si nos acabáramos de conocer. Será genial.

—Realmente eso suena genial. —Sonrío y me siento verdaderamente a gusto con él por primera vez en meses.

—Vale mamá —dice ayudándome a ponerme en pie—. Tenemos que montar una cuna.

Capítulo 19

Thomas

Voy a por todas. He salido de casa para recoger a Sophia para nuestra primera cita. Las cámaras se han calmado un poco, pero ahora que su barriga está completamente fuera siguen clamando por fotos. Cada vez que salimos de un lugar, me inquieta que corran y se acerquen tanto.

—Lo tienes mal, ¿eh? —dice Mason mientras me ve prepararme en su casa. Tengo un traje y una corbata preparados. Le dije que se vistiera como si fuéramos a la ópera. Tengo planeada una gran sorpresa.

—Así es, y no me importa lo que digas. Esto es de verdad.

Levanta la mano en señal de protesta.

—Me alegro. Es mucho mejor que el acuerdo que teníais antes. Ahora podéis ser una familia de verdad.

Se seca una lágrima falsa, pero no puedo enfadarme con él. Es la verdad. Vamos a ser una familia, Sophia, Aurora y yo. Solo espero que le guste lo que he montado.

Mientras cojo un agua de la nevera llaman a la puerta.

—Debe ser Sara —dice Mason.

Cuando abre la puerta, le rocían de mayonesa y ketchup.

Al menos eso es lo que parece.

—¿Qué demonios? —exclama retrocediendo.

—Somos las tres fatídicas de Rosa Díaz. —Las chicas gritan y entran a empujones en la casa. Tienen más botellas y yo no he traído una muda de ropa.

Me apresuro a entrar en el dormitorio de Masons y cierro la puerta. Las fans de Rosa siempre han estado locas. Cuando salíamos juntos la acosaban todo el tiempo. Hay un blog entero dedicado a machacarme y a cómo la maltraté. Me parece increíble cómo algunas personas se ciegan tanto cuando se trata de alguien que idolatran.

Reconozco el peinado corto que lleva ahora y el body con vaqueros. Ella solía decir que era su look característico. Estas chicas y muchas como ellas llevan las mismas cosas.

Mantengo la puerta cerrada y grito:

—¡Mason!

—Estoy llamando a la policía, hombre, solo aguanta. Putas locas entrando en mi casa. —Suenan bastante molesto y espero que se vayan si saben lo que les conviene.

—Sal de ahí, gilipollas —llaman a través de la puerta—, da la cara.

—Ella me engañó chicas. Ella me engañó. —¿Por qué me defienden ante estas locas? Han entrado en la casa de alguien y le han tirado salsas.

—Chicas, no estoy bromeando, la policía está en camino. Me habéis agredido y habéis entrado en mi casa.

—Mierda Vickie, no puedo ir a la cárcel —oigo decir a una.

—La próxima vez Henry —grita otra y luego se ríen mientras salen corriendo por la puerta.

—¿Cómo demonios sabían que estabas aquí? —Mason entra, con su camisa blanca cubierta

de ketchup.

—Hicieron una muy buena investigación —digo—. ¿Cerraste la puerta con llave?

—Sí, y no llamé a la policía de verdad. Eso es lo que me faltaba para llamar más la atención sobre toda esta situación.

—Bien, ¿cómo voy?

—Estás de maravilla —dice Mason—. Déjalos con la boca abierta. —Me sigue fuera y va a meterse en su coche. Una amiga suya, Sara, está esperando allí con una barriga falsa y el pelo peinado como el de Sophia. El primer paso para una cita perfecta es engañar a los paparazzi.

Una vez que he dejado que me vean entrar en mi coche y conducir hasta el apartamento, Mason me sigue a unos cuantos metros. Cuando llego a nuestro apartamento, ambos vamos a aparcar por la parte de atrás.

Yo entro primero en el apartamento y los dos me siguen para esperar en el pasillo. Por suerte, tenemos las puertas en la parte delantera, así que aunque los paparazzi entren en el aparcamiento, no pueden entrar por la parte de atrás para ver nuestro pequeño cambiazo. Hago esto mucho por mí mismo. Contrato a alguien o consigo que un amigo se vista como yo y salga a atraerlos. Nunca lo he intentado con dos personas así que esto va a ser interesante.

Llamo a la puerta y ella responde con un vestido rojo que deja ver su barriga de embarazada.

—Hola, vengo a buscarte para nuestra primera cita. No estoy tan nervioso —digo y hago como que me muerdo las uñas. Dios mío, ¿cuándo me he convertido en un adolescente tonto?

Ella suelta una risita.

—Estoy emocionada por ir a la ópera.

—Oh, no vamos a ir a la ópera, eso era para despistar. Tengo algunas sorpresas preparadas para la noche.

—Oh, gracias a Dios. No tenía ni idea de qué hacer en la ópera. —Se ríe. Se le ilumina la cara y me invade la admiración por ella.

Cuando salimos al vestíbulo y vemos a Mason y Sara esperando allí, ella levanta las cejas hacia mí.

—¿Cita doble?

—No, son nuestra distracción.

La llevo hacia la parte trasera del apartamento mientras Mason lleva a Sara por el mismo camino hacia la parte delantera. Se pone unas gafas de sol y un sombrero y Sara se aparta el pelo de la cara. Creo que pasarán por nosotros al menos el tiempo suficiente para que podamos salir de aquí.

—Es muy gracioso. ¡Tenía barriga! —dice Sophia cuando salimos y no hay fotógrafos atrás.

—Sí, hemos planeado esto para asegurarnos de que todo fuera perfecto.

—No puedo esperar a ver a dónde vamos.

Entramos en el coche y arranco echando un vistazo para ver todos los flashes mientras Mason y Sara corren por la calle. Salimos sin que nadie note nuestra presencia. Es la mejor sensación del mundo.

Me sonrío y me doy cuenta de que está mucho más relajada de lo normal.

—Sé que no te gusta tratar con ellos, especialmente con la pequeña Aurora nadando por ahí.

—Gracias, Thomas. Esto ha sido muy considerado.

Conduzco hasta el destino sin mucho tráfico que me disuada. Supongo que a estas alturas ya se habrán dado cuenta de que mis señuelos no son quienes creían que eran. El camino desde nuestro apartamento solo llega hasta cierto punto y lo único que podían alcanzar era un pequeño

parque.

Les dije que fueran al parque y se quedaran junto al estanque abrazados. Empezaba a oscurecer cuando nos íbamos, pero al final, cuando se dieron la vuelta para volver a entrar en el coche, los paparazzi se dieron cuenta.

Entré en el aparcamiento de *The Bistro*. Es un lugar que Sophia ha mencionado que le gustaba en el pasado. Me doy la vuelta para dejarla salir del coche.

—Pero *The Bistro* solo está abierto para el almuerzo, ¿no? —Me mira con una sonrisa curiosa.

—Lo sé, pero he alquilado todo el local solo para nuestra cena, para que podamos conocernos. La primera cita perfecta para dos personas que nunca tienen intimidad.

Ella chilla:

—¡Me encanta todo lo que hay en el menú de aquí!

Entramos y vemos un buffet colocado a un lado, con un asistente para cortar las carnes. Hay una de cada cosa del menú dispuesta y lista para que la disfrutemos.

—¡Estoy en el cielo! —No tiene ninguna vergüenza en ir directamente a la mesa y amontonar la comida en su plato. Creo que ahora me he enamorado aún más, viendo cómo carga su plato y la felicidad en su cara. Quiero hacer siempre cosas que la hagan parecer tan feliz.

Nos sentamos después de llenar mi plato y empezamos a comer mientras el camarero se acerca a servir agua y vino. Ella tapa su vaso.

—Para mí no, gracias. Creo que tomaré un Sprite o un Ginger Ale.

—Bueno, he pensado que podríamos hacer una ronda de preguntas para conocernos mejor.

—Eso suena divertido —dice ella—. Sin embargo, voy a comer y hablar porque me muero de hambre. Tendrás que apartar la vista de mis terribles modales.

—Una de las ventajas de tener el lugar para nosotros —digo sonriendo—. Bien, ¿dónde y cuándo perdiste la virginidad?

—Oh, entrando de lleno en las preguntas jugosas —dice Sophia chupando de sus dedos un poco de la salsa de su pasta—. Tenía diecinueve años, en un barco en medio de un lago. No fue nada romántico. Había bichos y hacía mucho calor. El sol me quemó de forma horrible partes que no deberían haber estado al sol.

Me río. Es la mejor historia de todas.

—¿Y tú?

—Tenía dieciocho años y fue en la casa de la piscina de mis padres. Los dos se fueron como una semana y lo hice con dos chicas diferentes mientras ellos estaban fuera.

—Vaya, siempre fuiste un donjuán, incluso al principio. —Ella se ríe y el camarero le trae su Sprite—. Gracias, esto me ahorrará la acidez de estómago.

—¿Mayor arrepentimiento? —Sé que es una pregunta cargada de implicaciones, pero también es una buena manera de conocernos.

—No conocer mejor a mi padre. Nos dejó, y es un hijo de puta, pero ojalá me hubiera tomado el tiempo para conocerlo de verdad.

—Ese es uno bueno. El mío es un amigo que perdí en la escuela secundaria. No estaba en mis mismos círculos pero éramos amigos. Una vez que mi madre se dio cuenta de que estaba becado y no podía pagar nuestra escuela privada, me metió en la cabeza todas esas cosas. Debería haberla ignorado y haber sido su amigo.

—¿Qué pasó, se enteró?

—Lo rechacé y luego comenzaron todos esos rumores sobre mí y nunca nos reconciamos.

—Al menos nuestros remordimientos no son robar bancos y asesinar gente —dice ella.

—Eso es cierto.

El resto de la comida es más de lo mismo. Siento que hemos aprendido mucho el uno del otro solo por estar sentados y comunicarnos.

—Vamos a volver a hacer esto —le digo mientras terminamos la cena.

—Oh, sí, ¿tener más primeras citas?

—Sí, porque tenemos que conocernos y dedicarnos tiempo para nosotros aunque tengamos un hijo. Aunque tengamos diez hijos.

—Vale, es una promesa —dice Sophia.

Salimos del restaurante y me sorprende que todavía no haya cámaras esperándonos en el aparcamiento. Estoy lleno hasta los topes y solo quiero ir a casa y acurrucarme con Sophia sintiendo las patadas de nuestro bebé. La beso larga y lentamente antes de abrir la puerta del coche. Aquí es donde quiero estar y todo va a ser diferente a partir de esta noche.

Capítulo 20

Sophia

—Hola cariño, acabo de llegar a casa de tus padres. He salido un poco antes así que he venido directamente hasta aquí.

Dejo un mensaje para Thomas y miro mi reloj. Son un poco más de las cuatro. No llegará a casa de sus padres hasta un poco después de las cinco, pero no me apetece volver a nuestro apartamento después del trabajo. Me gusta la serenidad de este lado de la ciudad. Todo el mundo tiene casas enormes con puertas de seguridad, así que no hay mucho tráfico.

Me siento como una ballena. Me estoy acercando al final de mi octavo mes y mi barriga se ha hinchado de verdad. Me canso con facilidad y me encanta sentarme con los pies hinchados en alto. Thomas se ha portado muy bien durante estos dos últimos meses. Realmente estamos encarrilando nuestra relación y estoy muy contenta por ello.

Voy a tener el bebé y el hombre.

Esta noche vamos a cuidar a los perros de sus padres mientras ellos van a ver autocaravanas. Thomas padre la convenció para ir a una cabaña en el bosque. Thomas dijo que a ella no le gusta hacer eso, pero está tratando de mantenerlo contento con la esperanza de que decida quedarse con el dinero.

«Thomas y yo estaremos encantados de ir a ayudarte con los perros», me oigo decir. ¿Por qué? No lo sé. No me siento cómoda en casa de sus padres y soy del tamaño de su sofá. Solo quiero sentir que estoy haciendo un esfuerzo con sus padres. El mes pasado fue conmigo a casa de mi madre y estuvo increíble. Le encantó tenerlo allí. Los dos me adoraban y me traían todo lo que podía necesitar. Incluso se ofreció a venir y quedarse conmigo cuando vuelva a casa del hospital.

Estoy encantada de tener ese tiempo para estrechar lazos con mi madre. Creo que será bueno tenerla cerca cuando Thomas vuelva al trabajo. No sé qué voy a hacer con un recién nacido. Al menos durante las dos primeras semanas, tener a alguien cerca que lo sepa me ayudará a sobrellevarlo.

Entro en la cocina y veo que hay un plato de fruta y unas galletas que han sobrado de algo. Cojo una galleta y me siento en la mesa de la cocina. Cuando me siento es la mejor sensación del mundo.

Me siento un rato antes de que la señora Henry entre en la cocina con sus perros. Lleva una copa de vino, lo que no es raro, pero me doy cuenta de que su forma de caminar es algo torpe.

—Hola, ¿cómo estás hoy? —pregunto sin levantarme, pero pensando que tengo una buena razón.

—Oh, eres tú —las palabras se deslizan y me doy cuenta de que ha estado bebiendo más que un vaso de vino.

—Um, sí. Lo siento, llegué antes que Thomas, salí temprano del trabajo. —Me froto la barriga y espero su respuesta. No está lanzando las vibraciones más amistosas.

—Este es el asunto señorita. Tengo fotos tuyas con otro hombre. Deja que te las enseñe. —

Ella balbucea un poco más. Observo cómo intenta hacer algo en su teléfono y cierra un ojo para verlo.

Finalmente, me empuja el teléfono y se bebe el resto del vino en su vaso. Se dirige a la nevera y saca una botella.

Miro las fotos y veo que somos George y yo. Le estoy abrazando fuera de *The Bistro* y él me besa la cabeza. Hacemos eso cuando nos separamos porque sí. Desliza y otra foto nos muestra comiendo helado juntos en un banco. Su brazo me rodea y sonreímos. Es una foto muy bonita.

—Oh no, este es George. Es totalmente gay. —Sonrío y le devuelvo el teléfono pensando que eso debería explicarlo todo—. A Thomas en realidad le gusta George.

Esa última parte no es una mentira, pero no es toda la verdad. Sé que a Thomas le gustaría George, pero todavía no se han conocido.

—No te creo, Sophia. Esta es la cuestión. Eres una basura de bar. Mi hijo te dejó embarazada. —Se sirve más vino en su vaso.

Me aprieta el pecho cuando me insulta y me anticipo a lo que podría decir a continuación.

—Sé que él cree que te quiere y que te vas a casar y serás feliz. La cosa es que no te quiere. Conozco a mi hijo mejor que tú. No sabes una mierda.

Se está enfadando más y no entiendo de dónde viene toda esa agresividad. Sinceramente, pensaba que le gustaba. Me digo a mí misma que es el alcohol el que habla.

—La cosa es que siempre escucha a mamá. Una vez que este bebé salga y tengamos el dinero de su padre asegurado, te vas.

—Soy su madre, no hay manera de que me vaya a ningún sitio —por fin encuentro la voz y empiezo a defenderme de este ataque no provocado.

—Te declararemos incapaz. Haré que te quiten a mi nieto tan rápido que no te darás ni cuenta. Cuando tienes mucho dinero, puedes hacer esas cosas.

Quiero decirle que tengo mucho dinero y que lucharé contra ella. Quiero decirle que su hijo me pagó mucho dinero y que voy a recibir más cuando ella esté aquí. Quiero decir todo eso y más, pero la bilis que sube al fondo de mi garganta no me deja. Siento que todas las paredes se cierran y tengo que salir de esta casa.

Nunca me habían hablado así. No sé qué hacer. Lo que sí sé es que no se va a quedar con mi bebé nunca. Si tengo que esconderme para tener a Aurora, lo haré. Este tipo de energía tóxica nunca estará cerca de ella.

Me pongo de pie y me dirijo a la puerta. Ella no dice nada más. Solo tengo que llegar a mi coche y luego iré a casa de mamá. No me siento segura aquí. Le enviaré un mensaje a Thomas cuando haya resuelto mis sentimientos sobre esto.

Si llego a casa de mamá, todo estará bien. Me repito esto mientras conduzco hasta el apartamento para coger algunas cosas. Por alguna razón, mi ansiedad está por las nubes. Supongo que porque estoy actuando impulsivamente. Mi cuerpo y mi cerebro no saben muy bien cómo reaccionar ante esta versión de mí.

Capítulo 21

Thomas

En el bolsillo me suena el teléfono. Pienso en ignorarlo, pero en lugar de eso, lo saco del bolsillo. Frunzo el ceño ante la pantalla. El número no me resulta familiar.

—¿Hola? —pregunto con desconfianza. Nunca sé quién va a estar al otro lado de la línea. Normalmente no contesto a los números desconocidos.

—Thomas, soy Julia. No cuelgues. —Estaba a punto de hacerlo, pero algo me detiene. Frunzo el ceño. Suspiro fuertemente en el altavoz, realmente no quiero tratar con ella en este momento.

—¿Qué quieres, Julia? ¿Desde dónde llamas?

—Tengo un teléfono nuevo, lo siento. Quería decirte que he visto a Sophia huir de tu madre hace un momento. Se ha subido a su coche y se ha ido a toda prisa. No sé qué le pasa, pero con lo embarazada que está, no debería alterarse.

Me quejo. Lo último que necesito ahora es lidiar con una Sophia muy alterada por culpa de mi madre.

—No, no debe. La llamaré. No te preocupes Julia, y gracias.

Ella duda al otro lado de la línea. Entonces oigo un pequeño sollozo que quita el hipo. Es increíble. Ella toma aire y yo la escucho.

—Tengo tantas cosas que necesito decirte, Thomas —llora, pero tengo que asegurarme de que mi amor está bien. ¿Qué podría haber hecho mi madre?

—No puedo hacer esto ahora, Julia. Tengo que encontrar a Sophia. ¿Cuánto tiempo hace que se fue?

Ella resopló.

—Hace unos veinte minutos.

—Gracias —murmuro justo antes de colgar la llamada. Si espero, Julia seguirá hablando. Ahora mismo, mi principal prioridad es Sophia. Rápidamente marco su número. Suena tres veces antes de saltar el buzón de voz. Cuelgo y vuelvo a intentarlo. Esta vez solo suena una vez antes de saltar el buzón de voz. Gruño de frustración. Vuelvo a intentarlo y esta vez no suena nada. Es genial. Ha apagado el teléfono.

Estoy a solo veinte minutos de nuestro apartamento. O bien ha ido a quedarse allí o, si está realmente enfadada, ha ido a casa de su madre. Si se fue a casa de su madre, cogió un taxi, pero entonces recuerdo que Julia dijo que se subió a su coche, así que al menos tuvo que cogerlo para ir a casa. Tal vez, de alguna manera, pueda alcanzarla.

Estoy tan nervioso y con tanto pánico que me tiemblan las manos. Conduzco rápido desde el trabajo hasta nuestra casa. Rezo para que no haya ningún policía entre aquí y allí porque acabo de infringir todas las leyes de tráfico en solo un kilómetro.

Llevo el coche a la entrada de nuestra casa. Su coche está aquí, pero eso no significa que ella esté. Atravieso la puerta principal a toda velocidad. Golpea contra la pared, haciendo caer las fotos al suelo. No me importa. Por favor, que esté aquí.

Uno de mis vecinos sale para verme correr por el pasillo, pero no me detengo a reconocerlo.

También hay algunos fotógrafos que se han interesado por lo que estoy haciendo. No tengo tiempo de preocuparme por ellos en este momento. Si captan mi cara de pánico y ganan unos cuantos dólares, que así sea.

—¡Sophia! —llamo. Contengo la respiración mientras espero que responda. Como no oigo nada, voy de habitación en habitación buscando. Mi corazón se hunde cuando me doy cuenta de que no está aquí. Se ha ido con su madre, o al menos eso espero.

Sintiendo una oleada de emociones, marco frenéticamente el número de mi madre mientras voy a buscar la bolsa del hospital. No está. Si se ha llevado eso, definitivamente se ha ido.

—¿Qué le has dicho a Sophia, madre? —le digo a modo de saludo.

No le doy la oportunidad de decir nada cuando contesta, así que espera un minuto para responder.

—¿Qué quieres decir, Thomas? Suenas raro —me dice. No puedo creer que esté tan borracha y aún no sean las seis de la tarde, pero no debería sorprenderme.

—Se fue de aquí enfadada. No he dicho nada. —De alguna manera, mi madre parece estar un poco sobria mientras le grito.

—Sus cosas no están en su habitación, madre. ¿Qué has hecho? ¿Dónde está ella?

—Cálmate Thomas. Solo me interesa lo mejor para ti. Esa chica te está utilizando —vuelve a balbucear. Me doy cuenta de que no hay manera de saber cuánto ha bebido.

—No es así. Yo la estoy utilizando. —Grito el pánico en mi pecho sintiendo que me oprime el corazón. Tengo que encontrarla.

—¿Qué significa eso?

—Significa que le pagué para que tuviera el bebé para Dinah. Así, podía darle a Dinah su pequeña vida perfecta y eso solo te habría beneficiado a ti. Realmente eres una madre perra egoísta. —No puedo controlar la ira que siento.

Ella se burla al teléfono, ofreciendo su máximo sentimiento maternal.

—Thomas, no puedes hablarme así. ¿Qué importa lo que haya dicho si le estás pagando para que tenga el bebé?

La rabia me recorre con la fuerza de un huracán. Quiero lanzar mi teléfono contra la pared. Quiero sacudir a mi madre hasta que le suenen los dientes. En lugar de eso, hago lo único que puedo. Grito.

—Eres una idiota, lo eres de verdad. La quiero. Me he enamorado de ella. Has echado a una mujer embarazada de ocho meses. Seguramente está alterada y podría ponerse de parto. No sé dónde está, madre. ¿Qué has hecho?

Mi madre habla en voz muy baja.

—Le dije que la incapacitaríamos y le quitaríamos el bebé.

Mis ojos se abren de par en par. Mi madre ha hecho cosas bastante escandalosas, pero esto se lleva la palma. Aprieto los dientes.

—Tendrás suerte si ves una foto de tu nieta después de esto —gruño. No le doy la oportunidad de responder antes de colgar el teléfono.

Tengo que pensar. ¿Debo llamar a su madre? Probablemente no sea lo mejor. No quiero disgustarla. Puedo esperar a ver si me llama, pero podría volverme loco.

En este momento desearía que mi madre no supiera nada de Sophia. Desearía que los tres pudiéramos vivir nuestras vidas en paz. Espero que me conozca lo suficiente como para saber que nunca le haría eso, pero ha estado muy sensible durante este último mes especialmente.

Miro fijamente mi teléfono, deseando que suene. «Por favor, Sophia», susurro, «llámame y

hazme saber que estás bien».

Ansioso, recorro la sala de estar, pero eso no ayuda. Me dirijo a la cocina. Tal vez si comiera algo. Abro la nevera, pero lo único en lo que puedo pensar es en Sophia. ¿Ha comido? ¿Tiene hambre? ¿Está bien el bebé?

No tengo ni idea de qué hacer y siento que me estoy descontrolando.

Incapaz de aguantar más, cojo las llaves y salgo a toda prisa de la casa. No estoy seguro de adónde voy, pero dondequiera que sea, espero que Sophia esté allí. Me digo a mí mismo que tengo que calmarme para poder conducir con seguridad. No será bueno para ninguno de los dos si tengo un accidente de coche en algún sitio. Me concentro en conducir e intento averiguar por la línea de tiempo en qué punto de su viaje estaría ella.

Capítulo 22

Sophia

Me meto en el taxi con bastante rapidez mientras cojo mi bolsa del hospital y mis cosas para pasar la noche. Le doy la dirección de la casa de mi madre y luego me recuesto aliviada. Ni siquiera tengo energía para llorar, que es lo que me apetece hacer. Las terribles palabras que dijo resuenan en mi cabeza. Dijo que se llevaría a mi bebé. Por encima de mi cadáver.

Todavía no conozco a esta niña, pero haría cualquier cosa por ella. Ya es tan querida y forma parte de lo que me hace ser yo.

Siento el estómago muy apretado y mi acidez es la peor de todas.

Miro el móvil y veo que me queda un tres por ciento antes de que se muera. Me presento ante mi madre. A ella no le importa si no llamo antes.

Desplazo mi peso para intentar ponerme más cómoda y un dolor tan grande se dispara por mi cuerpo que, por un momento, no puedo moverme. No hago ningún ruido, pero me agarro al asiento del copiloto con tanta fuerza que veo las marcas de las uñas cuando se me pasa el dolor.

¿Qué ha sido eso? ¿Podría estar de parto? Es pronto, pero es posible que estar tan alterada por las cosas que dijo la madre de Thomas me haya puesto de parto.

Espero a ver si el dolor vuelve a aparecer. Siento un chorro y el agua brota de mí para llenar mi ropa interior y mis pantalones. El taxi se moja al instante y sé lo que eso significa. Intentando mantener la calma, le doy un golpecito al taxista.

—¿Puede enchufar esto, por favor? Lléveme al hospital.

—Oh, Jesús, señora, ¿qué demonios es eso? —El taxista se da la vuelta para coger mi cargador y ve la enorme cantidad de agua que se filtra por mis piernas.

—He roto aguas —le digo entre dientes apretados mientras empieza otra contracción—. Si no quieres que tenga este bebé en tu taxi, me llevarás al hospital. También me enchufarás el teléfono.

No dice nada, coge mi teléfono y lo enchufa. Solo espero que se cargue lo suficiente entre donde estemos y el hospital. No importa lo que sienta por su familia en este momento, él tiene derecho a saber que su bebé está naciendo. En realidad, no si me la va a quitar por insistencia de su madre. No sé lo que siento.

El viaje en taxi parece eterno. Cada dos minutos nos detenemos. No sé cómo ha podido venir el parto tan rápido. No salgo de cuentas hasta dentro de dos semanas.

Me pasan muchas cosas por la cabeza. ¿Está bien el bebé, voy a tenerlo en esta lata, qué pasa si salgo y se cae al suelo?

Ahora me arrepiento de haberme saltado las clases de Lamaze. Parece que esta es la situación exacta en la que probablemente ayuda.

Saltamos con un bache y lo olvido.

—Mira por dónde demonios vas, imbécil. ¿Quieres que suelte a este niño debajo de tu asiento?

—No señora, no podía evitarlo sin que me golpearan.

Parece que me tiene miedo. Me veo en el retrovisor y veo por qué. Aprieto los dientes esperando la siguiente ronda de dolor para que parezca que estoy frunciendo el ceño. El sudor me cubre la frente y tengo el pelo completamente revuelto.

—Lo siento. Es mi primer bebé y estoy asustada.

—No pasa nada, cariño. Mi mujer y yo tenemos cuatro. Me han llamado de todo durante el parto. No me molesta.

En este momento, estoy agradecida con este hombre. Me río y gimo mientras llega otra contracción. ¿Se están acercando? No lo sé.

—Respira, ya casi estamos. Sé que puedes hacerlo.

Debe oír mi respiración agitada. Esta duele un poco más.

—¿Cómo te llamas? —Me las arreglo para que me salga la voz.

—Johnny. ¿Y tu nombre? Estamos a un par de calles.

—Sophia, y la que está en mi vientre es Aurora. Es la hija de Thomas Henry.

Johnny es lo suficientemente amable como para llegar hasta la zona de urgencias. Empujo la puerta para abrirla.

—No, no salgas. Haré que vengan a buscarte en una silla de ruedas.

Desaparece detrás de las puertas dobles y tengo un momento de pánico yo sola.

Parece una eternidad, pero unos minutos después Johnny sale corriendo con una señora con bata rosa que empuja una silla de ruedas.

Es diminuta.

—No vas a poder empujarme, cariño. Soy una ballena. —Bromeo, he aprendido que la embarazada utiliza el humor como mecanismo de defensa. Al menos hasta que me he puesto de parto lo he estado haciendo.

—Lo haré bien. Deja que te ayude.

Johnny y la señora me ayudan a salir del taxi y me acomodan en la silla de ruedas. Me empuja rápidamente mientras me hace preguntas que no puedo responder.

—¿Con qué frecuencia tienes las contracciones?

—Se llama Sophia —le dice Johnny.

—No lo sé. ¡Johnny mi teléfono! —Me doy cuenta de que no lo tengo.

La realidad de que este bebé está viniendo ha hecho que la respiración sea más superficial y siento que podría desmayarme. Si me caigo de la silla de ruedas podría lastimar al bebé así que empiezo a respirar muy rápido lo que parece hacerme sentir peor.

—Sophia, mírame —una bata rosa se inclina frente a mí—. Respira. Estás donde tienes que estar. Vas a estar bien.

—¿Necesitas que llame a alguien? —Johnny pregunta. Me llevan hacia la zona de partos, según veo en el cartel. No viene con nosotros. Vuelve a cundir el pánico.

—Johnny, ¿no puedes venir conmigo?

—No cariño, pero estarás bien. ¿A quién llamo?

—¡Thomas Henry!

Me llevan en silla de ruedas a una habitación y una enfermera con bata rosa me ayuda a meterme en la cama.

—Soy Angie, estaré contigo en todo esto, ¿de acuerdo?

—Hay algunos periodistas abajo preguntando por ella —entra un hombre con bata azul y trata de hablar en voz baja con Angie.

—No, por favor, nada de paparazzi. ¿Cómo saben que estoy aquí?

—Cálmate. No dejaremos que se acerquen a ti.

Otro dolor empieza a crecer en mi estómago y agarro la mano de la enfermera. Cuando se calma, lo que parece una hora después, me recuesto en la cama.

—También está ese señor de ahí. Dice que es el padre. —El hombre señala al mismo tipo que había visto en mi apartamento una y otra vez. El líder, el que apunta las cámaras hacia mí.

—¿Te parece que ese es Thomas Henry, Fred? —Angie dice las palabras con dureza.

—No, voy a hacer que se vaya. —Se acerca corriendo al tipo y veo que se inclina para decirle que no puede estar allí. Me mira y sonrío de una manera desconcertante.

—Echo de menos a Johnny —le digo. Sé que el dolor está hablando. No lo conozco.

—¿Es el padre del bebé?

—No, el taxista. Oh, mierda, le debo el viaje. —Empiezo a intentar levantarme pero ella me empuja suavemente hacia abajo.

—Estoy segura de que se arreglará. Aquí está la Dra. Simpson. Te va a contar un poco lo que está pasando.

—Sophia, como has roto aguas tenemos que sacar al bebé lo antes posible. Esto significa que vamos a comprobar si estás dilatada y partir de ahí hacemos. ¿Puedes darnos el nombre de tu médico antes del embarazo para que podamos obtener tu historial?

Les doy la información y luego aguanto mientras se produce otra contracción. La doctora se pone un guante y me revisa el cuello del útero. Es como si intentara llegar a mi garganta.

—Estás de unos ocho —dice sacando sus dedos. Me suelto y trato de relajarme un poco.

—Está cerca, ¿verdad? —pregunto.

—Sí, cuando estés de diez será el momento de dar a luz.

—Entonces, ¿cuánto tiempo durará? —Dejo de hablar mientras otro dolor se apodera de mí y respiro lo mejor que puedo a través de él.

—Realmente depende de tu cuerpo. Así que voy a hacer que las enfermeras se queden contigo y te revisaré de nuevo en una hora, ¿vale?

Asiento con la cabeza mientras empieza otra contracción. Estoy conectada a todo tipo de cosas. Mientras la médico habla, la enfermera me pone un monitor y puedo oír los latidos del bebé. Tengo una vía intravenosa en el brazo y vuelvo a recordar lo real que se está volviendo todo esto.

—¿Quieres la epidural? —me pregunta la enfermera cuando salgo de la bruma del dolor y puedo enfocar su rostro.

—No, creo que puedo hacerlo —le digo asintiendo para convencerme.

Mi plan de parto había sido sin epidural para poder caminar inmediatamente después. No me gustaba la idea de estar confinada porque no podía sentir mi cuerpo. Estoy muy nerviosa por la salida del bebé. Realmente quiero a mi madre.

Debería haberle dicho a Johnny que llamara a mi madre en lugar de a Thomas. ¿En qué estaba pensando?

El dolor también está aumentando. Con cada nueva contracción me aferro al borde de mi cordura, pero estoy decidida a seguir sin drogas. Me han dicho que estoy de ocho. Puedo hacerlo sin epidural, ¿no? De repente siento una gran presión en el estómago y suelto un largo gemido.

No sé cómo describir la sensación, salvo que quiero sacarla de mí. Tengo ganas de empujarla fuera de mi cuerpo. Tengo miedo de decir algo, pero no quiero hacerlo mal.

—Angie, no quiero parecer extraña, pero siento que necesito empujarla fuera. —Esto no sale bien. Una de las contracciones más intensas comienza mientras digo su nombre y me agarro a los

lados de la cama y muerdo las palabras.

—Vale, espera, déjame llamar a la doctora.

Las siguientes cosas que suceden parecen ir a cámara lenta. La doctora entra y dice que ya estoy de diez centímetros y totalmente preparada. Me perdí parte de lo que dijo porque pensé que me desmayaría del dolor.

—¿Pueden ponerme ya la epidural? —pregunto sabiendo que la respuesta probablemente sea que no.

—Es demasiado tarde, el bebé ya viene —dice la doctora mientras se coloca entre mis piernas.

De repente hay varias personas rodeándome. Voy a tener este bebé solo con el personal del hospital. Es una sensación embriagadora, pero me doy cuenta de que está lista para venir.

—Ya has pasado la parte difícil del parto. La epidural no entraría en acción hasta que esto terminara —dice Angie.

—Lo siento —digo con lágrimas en los ojos—, eso fue una estupidez.

—No, no lo fue cariño. Es natural. Quiero que te prepares para empujar cuando la enfermera te lo diga. La presión va a aumentar y luego vas a dejar salir todo.

No sé si sé cómo hacer eso.

Empujo al principio de cada contracción durante los siguientes veinte minutos. Estoy muy cansada y quiero rendirme. Sé que es un proceso para que el bebé baje por el canal de parto, pero no estoy segura de cuánto más puedo hacer. Intento recordar lo que decía el libro sobre el tiempo que se puede empujar. Creo que eran hasta dos horas.

—Vale, prepárate otra vez, lo estás haciendo muy bien —dice Angie cogiéndome la mano. Empujo con todo lo que tengo gritando mientras siento que mi mitad inferior puede partirse en dos.

—Buen trabajo —dice la Dra. Simpson desde algún lugar debajo de mí—. La cabeza está fuera Sophia, ahora todo lo que tienes que hacer es darme uno o dos empujones más y lo habrás conseguido.

No sé si puedo hacerlo. Siento como si fuera a necesitar más fuerza de la que realmente tengo. El hecho de que casi haya terminado me impulsa a seguir adelante. Aguanto, cierro los ojos con fuerza y empujo con todo lo que tengo.

Un pequeño grito llena la habitación y abro los ojos para ver a Aurora June Henry sonrojada y retorciéndose mientras la médico la sostiene. Me vuelvo a tumbar en la cama y lloro.

Cuando la ponen sobre mi pecho, el amor que siento es instantáneo y abrumador.

—Estoy aquí, estoy aquí Sophia. Muñeca, estoy aquí. —Oigo a Thomas entrar corriendo en la habitación y veo cómo se detiene en seco y mira a nuestra hija.

—¿Ya está aquí? —Puedo notar que está confundido, probablemente porque pensó que estaría de parto unos días más.

—Sí, está aquí —le sonrío y me olvido de casi todo lo que no sea nosotros tres en este momento. Parece que la hemos esperado tanto tiempo y ahora que está aquí es abrumador.

—Siento mucho no haber estado aquí contigo —dice Thomas un poco más tarde. Ahora somos los únicos en la habitación y Aurora ha sido limpiada y arropada. Duerme sobre mi pecho como el bebé más tranquilo que he visto nunca.

—No puedo creer que casi la tuviera en el taxi. Fue tan rápido que no habrías podido llegar aunque hubieras sabido que venía.

—Aun así, intenté encontrarte después de hablar con mi madre. —Su rostro se ensombrece y

sé que está pensando en lo que dijo su madre.

—Mantengamos una conversación ligera, acabo de trabajar muy duro.

Sonríe y me coge la mano.

—Voy a rechazar el dinero de papá. Viviremos pobres si es necesario. Se trata de nosotros — dice Thomas y sonríe tan alegremente a su hija que mi corazón se derrite.

—Es perfecta, ¿verdad? —pregunto. Estoy cansada, pero tan llena de amor y alegría que podría bailar por toda la habitación. Eso si no sintiera que se me van a caer las entrañas.

Me pone una caja de terciopelo con un anillo en el centro del pecho. No es un diamante pequeño y capta la luz perfectamente.

—¿Quieres casarte conmigo?

Le miro, sus ojos parecen esperanzados y miro a nuestra hija. Ella tiene su mano alrededor de su dedo y se siente bien.

—Sí, lo haré. Te quiero, Thomas.

—Eso es todo lo que quería oír.

Me besa y yo me recuesto para descansar mientras él se sienta a mi lado. Una pequeña familia perfecta, como debe ser.

El bebé se despierta un poco más tarde y llora. Abro lentamente los ojos y veo que Thomas la acuna contra su pecho y le susurra. Nunca he estado más enamorada que en este momento. Me vuelvo a dormir con la tranquilidad de que todo irá bien.

Cuando me despierto de nuevo, es hora de amamantar a Aurora. Es tan pequeña que siento que voy a hacerle daño. La enfermera viene a enseñarme cómo ponerle el pezón en la boca y después de unos cuantos intentos conseguimos que lo haga. Como es un poco prematura, solo pesa dos kilos, así que la enfermera dice que puede tener problemas para engancharse.

Mis temores se calman cuando se engancha rápidamente y se pone a trabajar.

La enfermera me anima mientras le doy de comer. Es una sensación extraña y maravillosa. Thomas se queda mirándome con una enorme sonrisa.

Me estoy haciendo a la idea cuando entra mi madre. Empiezo a llorar inmediatamente al verla y me doy cuenta de que soy un desastre de emociones.

—Oh, mi querida niña —se acerca a mí y me acaricia el pelo—. Lo estás haciendo muy bien, es perfecta.

—No sabía que ibas a venir. Estaba tan metida en esto y cansada. Lo hice sin epidural, si puedes creerlo.

—La llamé —dijo Thomas—. Sabía que querrías que tu madre estuviera aquí. Cuando todo se calmó, también llamé a Regina y a George. Están esperando a que les diga que quieres visitas, y luego vendrán a conocer a la princesita.

—Este es un buen hombre —dice mi madre—, es un tesoro.

—Sí —digo con una sonrisa—. Ciertamente lo es.

Capítulo 23

Thomas

Entro en mi casa y me encuentro a una Sophia en el mostrador concentrándose mucho. Está mirando muestras de pintura para el cuarto de los niños. Nuestro hijo nacerá en dos semanas y no está contenta de que no tengamos su habitación lista. Aurora me balbucea alegremente desde su parque en el rincón. Siempre se pone contenta cuando llego a casa.

Nuestra casa está alejada de la locura de la ciudad y rara vez hay admiradores o cámaras que intenten sacarnos fotos a nosotros y a los niños. Después de que naciera Aurora fue una locura total, pero ahora se ha calmado un poco. Han pasado a otro escándalo como que Rosa está embarazada y que el señor fiestero la ha dejado. No puedo evitar sentirme un poco triunfante al saberlo, pero yo soy feliz así que espero que algún día ella también lo sea.

Levanto a Aurora y ella se agarra a mi pelo metiéndose un pulgar en la boca.

—Papá —dice, haciendo que mi corazón se derrita a través de mi pecho. Mi pequeña lo es todo. Tiene los ojos de su madre y mi sonrisa. Es como si fuera la mezcla perfecta de los dos y no puedo esperar a ver cómo es mi hijo.

—Tengo buenas noticias, cariño, cuando tengas un minuto —le digo. Sophia no ha levantado la vista de las muestras de pintura. Se está mordiendo las uñas.

—Vale, cariño. Es que se me ha dado fatal tomar decisiones en este embarazo. Mira a ver cuáles quieres poner en la habitación.

Miro las muestras y veo seis colores diferentes de gris y seis colores diferentes de azul. Todos parecen del mismo color.

—Tengo una solución. Dejaremos que Aurora elija.

Me inclino hacia la princesa de mi mundo y ella señala un color y luego coge todas las muestras. Una gris va a su boca y las otras se derraman por el suelo.

—Le gusta este gris —le digo a Sophia sacando la muestra empapada de saliva de su boca. La dejo en el suelo y se acerca a una de las azules y se la mete en la boca—. Y este azul.

—Bueno, pequeña, eso es perfecto. Ya eres una gran hermana mayor —le dice.

—Es noche de cita, ya sabes —le digo a mi mujer mientras la beso suavemente.

—Sí, lo sé. Mi madre llegará en breve. ¿Tienes tus preguntas preparadas?

—Sí, las tengo.

Sophia y yo hemos mantenido nuestro pacto de tener primeras citas continuas. Siempre vamos a un lugar agradable y hacemos preguntas rápidas mientras comemos. Así es como nos hemos mantenido tan conectados a lo largo de nuestra relación y nuestro matrimonio. Tener a Aurora, por supuesto, nos ha hecho más cercanos, pero hablar entre nosotros ha sido realmente la clave para mantenernos unidos.

—Tengo una pregunta muy picante que hacerte —dice Sophia mientras besa a Aurora en la mejilla y la coloca en su trona.

—Seguro que sí.

Ella no lo sabe, pero he vuelto a alquilar *The Bistro* para la noche. Hacía tiempo que no

teníamos una cita en condiciones y quería hacer algo especial para ella. Es una madre increíble y una compañera muy cariñosa.

—Tu padre llamó hoy, quería saber si íbamos a ir a cenar a la montaña la próxima semana. No sé qué significa eso.

—Oh, yo sí lo sé. Va a llevar esa pequeña caravana a esa pequeña colina que hay en la carretera de nuestra antigua casa. Quiere que hagamos un picnic.

—Encantada —dice, y saca la cena del bebé para poder cortarla para ella—. Dice que Julia y Steven también se unirán a nosotros.

—¿Ese es el tipo que conoció en la empresa de relaciones públicas? —pregunto. Julia realmente ha cambiado todo a su alrededor. Se fue de la casa de sus padres, consiguió un trabajo y dejó de suspirar por mí. Sophia y ella se han hecho amigas.

—No, es el tipo que la empresa de relaciones públicas contrató como DJ en el baile benéfico que celebraron —dice Sophia—. El otro tipo se mudó a Inglaterra o algo extraño y repentino como eso.

—¿Está saliendo con un DJ? —Eso me sorprende.

—Parece muy simpático —me sonrío—. Creo que te gustará. Le conocí cuando fuimos a hacer spinning el otro día.

—Bien por ella —digo. Lo digo en serio. Julia se merece toda la felicidad del mundo.

Mi madre decidió, después de su ataque de locura contra Sophia, que necesitaba ir a tratamiento por su alcoholismo. Después de salir del programa, mi padre y ella se separaron. No voy a heredar nada de mi padre y eso me gusta.

Dinah está recibiendo un fondo fiduciario como el que yo tenía y él sigue donando, pero como mi madre planea alargar este divorcio todo lo posible, él debe conservar algunos recursos.

Estoy ganando mi propio dinero y puedo vivir bastante cómodamente con mi salario y lo que queda en mi fondo fiduciario. Él es feliz acampando por todas partes y siendo libre como un pájaro. Sin embargo, no se deshizo de todo su dinero a pesar de separarse de mi madre. Me dijo que es porque ella lo va a intentar desplumar cuando se divorcien, y él tiene que estar preparado.

Afortunadamente, los socios de Baxter and Church han empezado a tomarme en serio como alguien que puede aportar valor a su empresa. No solo he conseguido grandes clientes, sino que he dirigido dos grandes campañas con vallas publicitarias y anuncios en televisión.

—¿Quién iba a pensar que un ligue en el baño de un bar podría convertirse en el chico de tus sueños? —digo mientras rodeo a Sophia con mis brazos y le beso el cuello.

—Yo, desde luego, no lo habría pensado. —Sonríe y le da a Aurora unos guisantes. Mi hija pone cara de haber probado algo amargo y los escupe.

Sí, la vida es casi perfecta ahora. Risas de bebé, una madre sexy y el trabajo de mis sueños es todo lo que podría pedir.

Epílogo

Sophia

—¿Se han dormido? —me pregunta Thomas mientras salgo lentamente de la habitación de Tommy. Está en esa etapa de los dos años en la que no quiere irse a dormir. Sí, los terribles dos años están en todo su esplendor. Quiero decir, ¿cuántas posiciones diferentes puede adoptar un niño antes de encontrar la perfecta? Puedo darte la respuesta a eso. La respuesta sería unas 857 posiciones conocidas diferentes para que un niño pequeño se contonee, se sacuda, se retuerza o se mueva de alguna manera. Aurora, como siempre, estaba dispuesta a ayudar. Siempre ha sido la hermana mayor cariñosa, y me ayudó a leerle un libro. Luego corrió a su habitación para que Papá Noel pudiera venir.

Se enfadó mucho una media hora más tarde cuando se asomó y vio que Tommy seguía sentado en mi regazo con otro libro. Después de tres tragos de agua, cuatro abrazos y una amenaza a su tablet, finalmente marchó a su habitación indignada.

—Por fin —digo y me hundo en el sofá—. Los bebés lo tienen bien, tío. Te juro que si yo fuera un bebé, estaría en el cielo.

Thomas se ríe.

—¿Y eso por qué?

—Porque todo lo que la gente quiere que hagas es comer y dormir. Quiero decir, ¿quién no quiere ese tipo de vida?

Se ríe de nuevo de mí. Ese cálido sonido hace que las mariposas se arremolinen en mi estómago. El pequeño músculo sensible entre mis piernas me recuerda lo mucho que me excita. Aprieto los muslos, esperando aliviar un poco el dolor.

—Es cierto —dice pensativo mientras cuelga un calcetín de la chimenea.

Sigue trabajando en silencio. Observo cómo se mueve alrededor de la chimenea. El pijama le cuelga de las caderas. La sencilla camiseta blanca le abraza la espalda y sus anchos hombros. De nuevo, las pulsaciones golpean un poco más fuerte. Siento que el calor ya se extiende por mi cuerpo. Está enviando un mensaje a mi cerebro diciéndome que si no hago algo ahora, voy a explotar.

Como si me hubiera leído la mente de alguna manera, dice:

—Oye, nena. ¿Recuerdas cuando nos gustaba tanto follar en público? —Arquea una sexy ceja oscura hacia mí, sé que estoy perdida. No voy a ceder tan fácilmente... bueno, todavía no.

—¿Qué ha provocado eso? ¿Es por verme con estos pantalones de chándal y el pelo sin lavar? —Me río porque es la verdad. Sinceramente, no recuerdo cuánto tiempo es la cantidad aceptable de días que uno puede usar champú en seco. Y estas sudaderas. Creo que las tengo desde que era adolescente. Entonces, ¿en cuanto al atractivo sexual? Probablemente estoy en el ranking a la altura de un chicle pegado en el zapato de alguien y de *Oscar the Grouch*.

Se ríe de nuevo.

—Sí, pero estaba recordando cómo éramos cuando nos conocimos. Creo que sería divertido volver a hacer algunas de esas cosas.

Quiero decir: «¡Claro que sí, lo haría!».

—Ahora somos adultos con hijos —digo bromeando—. Esta es nuestra vida. No podemos ir a un baño cualquiera y ponernos a la faena. —¿Podemos? Quiero decir, ¿los padres hacen ese tipo de cosas?

—Era solo una idea.

De repente me siento muy aventurera. Vale, bueno, mi motor ya se estaba acelerando, y el pensar en cómo solíamos hacer las cosas solo hace que vaya más fuerte. Miro a mi sexy marido mientras empieza a colocar los regalos para nuestros dos sanos e increíbles hijos. Soy una mujer muy afortunada. Pensar en todo lo que hemos pasado; toda la mierda y los obstáculos que hemos tenido que sortear nos han traído hasta aquí. Estoy totalmente satisfecha, y si Thomas Henry quiere sexo en lugares salvajes, lo tendrá.

—Vamos, tengo una idea —digo y le agarro la mano. Comprobamos que los niños están profundamente dormidos. El cielo sabe que no necesitamos asustarlos. Luego, de puntillas por el pasillo, le conduzco hasta las puertas correderas de cristal que dan a nuestro patio. Vivimos en un barrio residencial y tenemos vecinos entrometidos. Si alguno de ellos mira por la ventana esta noche, se va a llevar un espectáculo.

—¿Qué estamos haciendo aquí fuera? —dice Thomas riendo.

Me pongo de puntillas y busco su boca. En el momento en que nuestros labios chocan, la electricidad que siempre ha habido entre nosotros cobra vida. Tarareo en voz baja en mi garganta, mientras aprieto mi cuerpo contra el suyo. Mis pezones se endurecen bajo mi camiseta manchada de espaguetis. El roce de la tela con mi piel sensible se mezcla con las sensaciones de su lengua contra la mía.

El latido de antes se ha convertido en un dolor intenso. Las manos de Thomas rozan mis costillas y se deslizan por debajo de mi camisa. Pellizca bruscamente uno de mis pezones entre sus dedos. Una exquisita explosión de placer y dolor hace que un torrente de humedad se acumule entre mis piernas.

Un gemido se desliza por mis labios mientras rompo el beso y doy un pequeño paso atrás. La luna está casi completamente llena, emitiendo la cantidad perfecta de luz para mostrar lo que estamos a punto de hacer.

Cojo el dobladillo de mi camisa y me lo pongo por encima de la cabeza. Mi piel queda expuesta al aire fresco de la noche. La piel se me pone de gallina y mis pezones se tensan aún más. Le sonrío tímidamente mientras levanto la mano y toco uno de mis pechos, asegurándome de mostrarlo.

Se lame los labios y veo que sus ojos se oscurecen. Su erección sobresale de la parte delantera del pantalón del pijama. Le cojo de la mano y le conduzco por las escaleras hasta el centro del patio. Estamos en la línea directa de al menos dos de las casas que nos rodean. Basta con que alguien mire por una ventana.

Thomas me mira y gruñe. Se acerca a mí, pero yo suelto una risita y esquivo su agarre. Me arrodillo, agarro la cintura de sus pantalones y tiro de ellos hacia abajo, hasta que se detienen en las rodillas.

Su hermosa erección se libera y mi cuerpo responde inmediatamente. Enrollo lentamente mi mano alrededor de su pene y le doy unas cuantas caricias lentas. Él suelta un siseo entre los dientes mientras su aterciopelada suavidad se desliza por mi palma. Una gota de líquido transparente se acumula en la punta, y me inclino hacia delante, haciendo rodar mi lengua contra él.

Gime con fuerza.

Sonrío y lo tomo como una indicación de que debo continuar con lo que estoy haciendo. Y así lo hago. Abro la boca y lo llevo hasta donde puedo. Mis dedos se aferran a sus caderas, tratando de meter más de él en mi boca.

Gimo a su alrededor mientras el placer que él obtiene no hace más que alimentar el mío. Siento cómo el deseo se agolpa en mi abdomen y quiero saltar y montarlo. Pero aguanto un poco más, lamiendo y chupando.

Finalmente, me alejo y me pongo de pie. Mis mejillas están enrojecidas por el deseo y sus pupilas están tan dilatadas que apenas puedo ver el color.

Me quito los pantalones corriendo hacia el cobertizo donde guardamos las herramientas de jardinería. Esta noche tengo puesta una ropa interior semisexy, así que es un buen espectáculo. Cuando llego al cobertizo, me aprieto contra él. No hay forma de esconderse. Estamos a la vista de todos los entrometidos del barrio. Espero que disfruten del espectáculo. Sé que yo estoy segura de ello.

—Ven y consígueme, Hollywood.

A mi marido no hace falta decírselo dos veces porque se quita los pantalones de una patada, se arranca la camisa por encima de la cabeza y se acerca a mí a grandes zancadas, todo al mismo tiempo. Es un depredador y yo soy su presa.

Me aprisiona entre la pared y su cuerpo segundos antes de que su boca se estrelle contra la mía en un beso de castigo. Entonces, justo cuando nos ponemos en marcha, se separa y me hace girar.

Oh, sí. Mi cuerpo palpita de pies a cabeza. Siento que sus manos agarran bruscamente el encaje de mis bragas. El sonido del desgarrar de la tela desaparece cuando mi piel enfebrecida queda expuesta al aire fresco de la noche.

Me agarra con fuerza el trasero y lo aprieta con fuerza. Bueno, soy latina, tengo un trasero de buen tamaño, pero después de dos hijos, está fuera de control. Entonces, sin previo aviso, levanta mi pierna derecha y la cuelga sobre su brazo. Me apoyo en una pierna, en el cobertizo y en su cuerpo mientras me abre de par en par.

Tiemblo de expectación porque sé lo que viene a continuación y, con suerte, soy yo.

Thomas no me decepciona, porque con un movimiento rápido me penetra. Un grito sale de mi boca. No podría haberlo evitado aunque quisiera.

Detrás de mí, Thomas se ríe. Sabe que alguien nos va a ver porque no soy precisamente la persona más tranquila.

Pone el ritmo a tope y rápido. Mi mente da vueltas y mi cuerpo se regocija. Cada potente empujón de mi marido me acerca al borde del precipicio.

Entra y sale. Dentro y fuera él empuja. Cada vez subo más alto. Los gemidos y los pantalones se me escapan sin precaución. Los gruñidos de Thomas hacen que su aliento se expanda contra mi espalda. Empuja más profundamente, frotándose contra ese punto mágico. No sé qué tiene este ángulo, pero es el mejor de todos. Es un poco difícil, pero solíamos tenerlo como una ciencia exacta. Afortunadamente, no hemos perdido nuestro toque.

—Estoy tan cerca —jadeo. La piel se me eriza de deseo.

—Así es, nena. Córrete para mí.

Con su mano libre, se acerca y me acaricia el nódulo. No tengo ni idea de cómo se las arregla este hombre para no perder el ritmo y, al mismo tiempo, volverme loca.

Aprieto los ojos porque siento que mi orgasmo se acerca. Rápidamente me baja la pierna y

me hace girar.

Nuestras bocas se encuentran mientras me levanta contra la pared. Enrollo las piernas en torno a sus caderas mientras me penetra profundamente.

Gimoteo cuando su agarre en los muslos se hace más fuerte. De repente, grito, su beso se traga mis gritos de éxtasis mientras mi cuerpo se desboca. Me envuelvo en él, temblorosa, mientras una oleada tras otra se abalanza sobre mí.

Me empuja con más fuerza y rapidez. Oigo sus gruñidos y gemidos mientras se acerca a su liberación.

—Así es, cariño. Déjame tenerlo —ronroneo. Aprieto mis músculos internos alrededor de él y eso funciona.

Thomas echa la cabeza hacia atrás y grita su liberación. En algún lugar cercano, un perro ladra. Una y otra vez, se estremece dentro de mí hasta que finalmente se queda quieto.

Pasan varios momentos. Cuando por fin consigo enfocar los ojos, miro por encima de su hombro hacia las casas, veo el aleteo de un par de cortinas y sonrío. Espero que no llamen a la policía.

Thomas se retira lentamente de mí y odio cómo se siente.

—Creo que una pareja ha tenido un espectáculo —señalo la ventana.

—Está demasiado oscuro para que puedan ver realmente —dice.

No me convence. Volvemos corriendo hacia la casa.

Al llegar al techo de nuestra casa me giro. Me entra la risa cuando Thomas se pasea por el patio, con las manos en las caderas y la ropa desechada apretada en los puños. Parece un dios griego. Los duros planos y las líneas de su cuerpo que brillan a la luz de la luna me hacen la boca agua de nuevo.

Lo agarro de la mano y lo meto dentro de casa. Vuelve a sentir mi necesidad y, en poco tiempo, su miembro está listo para otra ronda.

Thomas pasa el brazo por la mesa, haciendo que los papeles y algunos libros caigan al suelo. Los dos nos quedamos quietos, conteniendo la respiración y esperando con toda el alma que nuestra hija no salga de su habitación.

Explicar por qué papá y mamá están desnudos en la mesa del comedor podría ser más de lo que su pequeña mente necesita saber.

Después de unos benditos segundos de contener la respiración, decidimos que no hay moros en la costa. Thomas me besa el cuello y se desliza hacia su hogar una vez más.

Mi espalda se arquea con respecto a la mesa y mis tobillos se bloquean detrás de su espalda. Lo atraigo más profundamente y esta vez se mueve más lentamente dentro de mí.

Si alguien me hubiera dicho que mi vida de casada iba a ser así, me habría reído en su cara, pero aquí estoy, con el hombre de mis sueños. No podría ser más feliz si lo intentara.